

MARIO ESCOBAR



MISIÓN VERNE

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA
EL SECRETO MEJOR GUARDADO DE JULIO VERNE

Lectulandia

El capitán Klaus Berg fue movilizado tras declararse la Segunda Guerra Mundial. A pesar de tener un destino cómodo en París, Klaus echa de menos su vida como profesor de literatura francesa en Hamburgo. Odia al régimen nazi, que ha destruido gran parte del legado literario de Alemania, pero cuando encuentra a un antiguo alumno llamado Hans, miembro de las SS, y este le comenta el proyecto en el que está involucrado, todo cambia en su vida. Tras ser invitado por Himmler a una sesión del secreto Club Verne, el dirigente nazi le informará de que entre los papeles de Julio Verne en su casa de Amiens, puede encontrarse el verdadero manuscrito de Arne Saknussemm, utilizado por escritor francés para escribir su famoso libro Viaje al Centro de la Tierra. Himmler, practicante de la ariosofía, cree que existe realmente el Rey del Mundo, según describe el mito de Agharta y el Shambhala. Klaus tendrá que viajar a Amiens con su alumno Hans Miller. Mientras, los servicios secreto británicos descubren el plan de Himmler y mandan a dos espías, para hacerse con el manuscrito. El profesor Arthur Macfarlan, profesor de literatura en Oxford y amigo de C. S. Lewis y J.R.R Tolkien, ambos pertenecientes al Club de los Inklings, será el elegido por el servicio secreto para hacerse con el manuscrito. Su ayudante, la señorita Agatha Drew, es una experta en escritura rúnica, con la que mantiene una difícil relación, le ayudará a interpretar las runas que se encuentren en su misión. La aventura ha comenzado.

¿Descubrirán toda la verdad sobre el libro más misterioso de Julio Verne?

Lectulandia

Mario Escobar

Misión Verne

Misión Verne - 00

ePub r1.0

Ronin 30.10.15

Título original: *Misión Verne*

Mario Escobar, 2014

Editor digital: Ronin

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A los lectores de la saga Misión Verne que convirtieron este proyecto soñado en una realidad en el verano del año 2012.

A Julio Verne, que supo transformar la palabra «aventura» en poesía.

A todos los que aman las letras y los mundos imaginados.

«No necesitamos continentes nuevos, sino personas nuevas».

JULIO VERNE

«Todo lo que una persona puede imaginar otros pueden hacerlo realidad».

JULIO VERNE

«El lector de ciencia ficción pilla las ideas por anticipado, y espera más información, y tiene una actitud diferente hacia lo que lee. Sabes que el mundo va a desplegarse ante ti, y esperas a conocer las reglas. Un académico dice inmediatamente: "¿Qué quiere decir con dos lunas?", "¿Qué simboliza esto?", "¿Está el personaje loco?". Porque la realidad, para el académico, no se cuestiona. Busca la metáfora. Y trata de leer metafóricamente lo que en la ciencia ficción se presenta literalmente. La ciencia ficción sigue llena de metáforas, pero se presenta alegóricamente, con objetivos en la historia, no solo en el estilo o la forma de escribir el autor».

ORSON SCOTT CARD

PRIMERA PARTE

EL CLUB VERNE

PRÓLOGO 1

La famosa librería Shakespeare and Company era uno de los pocos sitios de París en los que aún se respiraba algo de libertad. Klaus estaba paseando aquella grisácea mañana del invierno de 1941 cuando se encontró de frente con la librería en la rue de l'Odéon. Había escuchado todas las leyendas que circulaban acerca de aquel mítico lugar y de la no menos mítica propietaria, Sylvia Beach. Aquella mujer era mucho más que una simple librera. Su pequeña editorial había publicado por primera vez una obra magistral: *Ulises*, de James Joyce. Un libro prohibido en Alemania por considerarse una de las obras degeneradas de la cultura occidental. El cartel negro sobre un gran fondo de madera marrón no destacaba mucho, como si la librera prefiriera pasar desapercibida, pero todos los amantes de la buena literatura conocían aquel lugar. Sylvia había sido amiga de Ernest Hemmingway, Ezra Pound, F. Scott Fitzgerald, Sherwood Anderson y James Joyce, pero Klaus imaginaba que Sylvia era consciente de que corrían malos tiempos para la literatura.

Klaus Berg había sido profesor de literatura francesa en la Universidad de Hamburgo hasta que la nazificación de la educación le sacó de las aulas, para convertirle en un simple profesor de clases particulares de francés. La desgracia se había cernido sobre él desde aquella fatídica noche del 6 de abril de 1933 que se había grabado a fuego en su mente. No podía evitar recordarlo cada vez que veía una librería. Los libros apilados en grandes montañas, los estudiantes arrojando a las llamas todo el conocimiento de la civilización mientras cantaban canciones ancestrales que hablaban sobre la raza y la nación.

El oficial de las Wehrmach apartó de su mente aquellos recuerdos e intentó volver a disfrutar de aquella mañana parisina templada y gris. Klaus se puso a ojear las mesas de libros de la calle. Sus ojos saltaban de un título a otro, como un desesperado náufrago que había llegado de nuevo a casa tras un largo viaje. Apenas media docena de transeúntes perdían su tiempo mirando los lomos gastados de aquellos viejos libros cuando Klaus notó la presencia de otro oficial alemán. Aquel hombre imponía su presencia con su largo abrigo de cuero negro. Su uniforme de las SS amedrentó al resto de lectores, que dejaron discretamente las mesas y se alejaron de la librería. Klaus intentó concentrarse en su búsqueda, pero a él también le asustaban los hombres de negro. «Cuervos de mal agüero» los llamaba su padre cuando los veía desfilar por la calles de Hamburgo.

Sylvia salió de la librería y se puso a reordenar las mesas cuando el oficial de las SS se le acercó y con un fuerte acento alemán le dijo:

—Frau Beach, estoy buscando la famosa obra de Joyce *Finnegans Wake*.

La librera frunció el ceño y su nariz aguileña se arrugó en una desagradable mueca. El oficial, que hasta ese momento se mostraba sonriente, tornó su rostro en un horrible rictus de desprecio, que no pasó desapercibido a la mujer.

—¿Para qué quiere una obra como esa? ¿Necesita algo para encender la

chimenea, herr oficial? —preguntó Sylvia muy seria.

El hombre se acercó a la mujer y, señalándola con el dedo, la amenazó:

—¡Maldita cerda comunista, amiga de judíos! —gritó, mientras sus ojos grises comenzaban a centellear.

—Entráis en París con vuestras sucias botas manchadas de sangre, paseáis por los bulevares como turistas despistados, pero sois los mismos bárbaros que destruisteis el Imperio Romano. Hordas de salvajes incapaces de apreciar la belleza o el arte. No venderé un libro a ningún sucio oficial del ridículo Adolf Hitler —dijo Sylvia totalmente fuera de sí.

El oficial de las SS sacó su pistola Luger y apuntó a la cabeza de la mujer, pero esta no se inmutó. Le miró desafiante con un libro en la mano, mientras su flequillo le tapaba en parte los ojos. Klaus se acercó despacio hasta el hombre. Sabía que no era buena idea inmiscuirse en la discusión de un oficial de las SS, pero no podía quedarse de brazos cruzados.

—Herr oficial, no dispare —dijo Klaus, alargando su brazo.

El hombre se giró por un momento; su rostro estaba amoratado por la rabia y no tardó en lanzar a su compañero de armas una mirada de desprecio. De repente el gesto del oficial de las SS cambió por completo y dijo en alta voz:

—Klaus, viejo zorro. ¿Qué haces tan lejos de Hamburgo?

El oficial guardó la pistola y se acercó a su viejo compañero para darle un abrazo.

—Hans, no esperaba encontrarte después de tantos años en París —dijo Klaus al reconocer a su viejo alumno.

Sylvia aprovechó el encuentro para escabullirse, pero Hans miró por el rabillo del ojo a la librería y, girándose de nuevo, le indicó que se quedara quieta.

—Olvídate de ella —le pidió Klaus—, es solo una librería.

—¿Una librería? Esta maldita bruja es la editora de todos esos escritores degenerados. No entiendo qué hace abierto todavía este maldito antro —comentó Hans.

—Antes disfrutabas con esos libros —le contestó Klaus.

—Antes todos estábamos ciegos, pero ahora no podemos consentir que una maldita yanqui, medio judía y comunista, siga vendiendo este veneno a la juventud. Le estaba preguntando por el libro de ese degenerado irlandés, pero muy astutamente no ha querido vendérmelo. Pero me da igual, no necesito una excusa para clausurar la librería y enviarla a ella a un campo de reeducación —dijo Hans con una sonrisa en los labios.

—Soy ciudadana norteamericana —dijo Sylvia—, no puede cerrar este local sin incurrir en un incidente con mi embajada.

Hans empujó una de las mesas de libros y todos los volúmenes se desparramaron por el húmedo suelo empedrado. Las famosas obras de Julio Verne, Víctor Hugo, Voltaire, Dumas, Molière, Flaubert, Henry James, James Joyce y otros muchos autores comenzaron a mojarse cuando la mañana gris dejó lugar a un fuerte aguacero.

Klaus tuvo la tentación de agacharse y recoger los volúmenes, pero se quedó quieto. Hans observó desafiante a la mujer, que después de unos segundos se lanzó al suelo para recoger los libros.

—Deja que hagan el trabajo sucio tus hombres. Nosotros tomaremos una buena cerveza por los viejos tiempos —dijo Klaus, tomando del brazo a su amigo.

—Frau Beach, su librería queda clausurada y usted declarada persona non grata. Tiene cuarenta y ocho horas para abandonar el país —dijo Hans mientras se abrochaba su largo abrigo negro.

Los dos oficiales alemanes se alejaron a grandes zancadas de la librería y se refugiaron en una cervecería cercana. Mientras Klaus se quitaba la gorra y colgaba el abrigo en el perchero junto a la mesa, no dejaba de observar cómo al otro lado de la calle Sylvia se afanaba por recoger los libros mientras la lluvia le calaba los huesos. El profesor apenas pudo aguantar el nudo en la garganta e intentó disimular delante de su viejo amigo.

—Estimado Klaus, esto es un golpe del destino —comentó Hans con una amplia sonrisa.

En la cervecería reinaba un silencio molesto. Muchos de los parroquianos habían abandonado el local discretamente y los pocos que permanecían al resguardo de la lluvia apenas se atrevían a susurrar entre ellos mientras los dos oficiales hablaban en alemán en alta voz.

—¿Por qué dices eso, Hans?

—No estoy en París de turismo. Soy el enviado especial de Himmler para recuperar obras de cierto valor literario. Ya me entiendes. Estos malditos franchutes no tienen derecho a reservar para ellos un legado que es universal. Justo en este momento estoy buscando ciertas novelas de Julio Verne. Algunas se encuentran en la Biblioteca Nacional de Francia, pero otras están en la vieja casa de Julio Verne en Amiens.

—Una misión muy interesante, pero no entiendo porque consideras nuestro encuentro un golpe del destino —dijo Klaus.

—Eres el mayor especialista en Julio Verne de Alemania. ¿No te parece eso un golpe de suerte?

La pregunta quedó en el aire mientras la lluvia al otro lado de los cristales bañaba la bella ciudad del Sena. Klaus echó un último vistazo a la librería de enfrente, pero estaba cerrada. Después dio un largo suspiro e intentó disimular su pesar, mientras su alumno le informaba de los pormenores de su misión. Lo que Klaus no podía imaginar era que aquel fortuito encuentro le iba a cambiar la vida para siempre, ni que le haría vivir una de las aventuras más increíbles que jamás había leído en los libros de su amado y admirado Verne.

1 LA TENTACIÓN

Un alemán siempre cumple su palabra, por eso Klaus no se extrañó cuando su comandante le informó al día siguiente de que el cuerpo especial de las SS, el Ahnenerbe, en concreto el Volkserzählung, Märchen und Sagenkunde^[1], le había reclamado para el servicio. El oficial tomó su petate y se dirigió a la sede de la organización en París, muy cerca del Instituto de Paleontología Humana.

Klaus observó el impresionante edificio neoclásico, muy cerca del Museo del Louvre, que todavía no había podido visitar, y sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Tenía la misma sensación que debió tener Fausto al entregar su alma a Mefistófeles. Aún recordaba la famosa frase del Diablo intentando convencer a su víctima: «Lo que hace estremecer al hombre es casi siempre lo que más le conviene».

Cuando penetró en el edificio le recibieron dos soldados de negro con sus cascos relucientes y con las famosas runas en su cuello. Klaus conocía su significado. La runa *sigel* simbolizaba el rayo que cae sobre la tierra para quemar y destruir, o el sol que quema todo con su energía. Mientras ascendía por las escaleras sintió el impulso de escapar, pero se limitó a caminar en silencio hasta la puerta del despacho principal. Apenas se apercibió de las paredes tapizadas al estilo Luis XIV, los bellos muebles estilo imperio o las obras de arte colgadas a lo largo del pasillo.

Cuando los soldados abrieron la puerta, Klaus observó el inmenso despacho repleto de todo tipo de objetos interesantes. Al fondo, en una gran mesa de nogal, se encontraba un oficial totalmente desconocido para él.

—Herr Berg, le agradezco que haya venido tan rápido. Cada vez es más difícil encontrar a personas realmente responsables y leales. Llevo toda la mañana leyendo su expediente —comentó el comandante mientras se aproximaba a él y le tendía la mano. Klaus esperaba el saludo nazi, pero aquel hombre rubio, de facciones suaves y ojos infantiles, se limitó a saludarle con un fuerte apretón de manos.

—Lamento... —dijo Klaus señalando el informe.

—No tiene nada que lamentar, todos tenemos un pasado, herr profesor. Algunos hemos visto más tarde que otros los grandes logros del nacionalsocialismo, pero lo que importa es que en sus venas y en las mías corre la misma sangre que la de nuestros antepasados germánicos —dijo el comandante—. Permítame que me presente: mi nombre es Bohmers Assien. Antes de pertenecer a la Ahnenerbe me dedicaba a la paleontología, ahora sirvo al pueblo alemán desde este modesto lugar.

Klaus levantó la vista y observó el inmenso despacho de nuevo. Bohmers le tomó del brazo y se dirigió a la primera gran vitrina. Sobre un terciopelo rojo descansaba una hermosa estela en perfecto estado de conservación.

—Estos tesoros pertenecen a la humanidad. Francia es un país degenerado y el Führer quiere construir un inmenso museo en su ciudad natal, Linz. Allí se reunirá todo el legado del hombre desde que habita en la tierra. Nosotros estamos

contribuyendo con nuestro modesto conocimiento a la grandeza del Imperio Alemán —dijo Bohmers mientras se acercaban a la segunda vitrina.

Los ojos de Klaus se salieron de sus órbitas al contemplar el manuscrito de *Blanca de Beaulieu*, la primera novela histórica de Alejandro Dumas. ¿Cómo habían conseguido uno de los manuscritos perdidos de Dumas? Muchos de sus libros se habían extraviado; el genial autor francés había publicado más de 300 obras a lo largo de su vida, aunque su libro más famoso fue siempre *Los tres mosqueteros*. Ahora podía contemplar ante sus ojos uno de aquellos ejemplares únicos.

Bohmers observó la cara del profesor y comprendió que no hacía falta convencerle de nada; los hombres como él admiraban tanto la historia de la literatura que la simple lectura de un original o una edición perdida eran suficientes para que se entregara en cuerpo y alma a su causa. En cambio, él era muy distinto. No le movía el amor al conocimiento: lo suyo era pura ambición. Bohmers no era alemán de nacimiento; era natural de los Países Bajos e hijo de un enfermero menonita. El joven holandés se había especializado en la cultura frisona, pero cuando se enteró del interés de los nazis por las civilizaciones de origen ario se presentó voluntario para acceder al Departamento de Excavaciones de las SS; desde entonces había realizado varias expediciones y había ascendido en la organización.

—Su viejo amigo Hans está investigando algunos manuscritos de Julio Verne y cree que usted puede sernos de gran ayuda. Hoy mismo se le facilitará un nuevo uniforme, se le triplicará su paga, obtendrá un pase universal, que le permitirá acceder a cualquier edificio público o privado. Tendrá que guardar secreto sobre sus investigaciones y trabajos, me dará cuentas únicamente a mí. En unas horas viajará a Berlín; el propio Reichsführer, Heinrich Himmler, se ha interesado por usted. El Reichsführer es un apasionado lector del autor francés y quiere conocerle personalmente —comentó Bohmers con una sonrisa en los labios.

Aquellas palabras aterrorizaron a Klaus. El hombre más temido de Alemania deseaba conocerle personalmente. No estaba seguro de poder ponerse delante de él y proferir al menos alguna palabra inteligible. Bohmers le facilitó sus nuevos papeles, le indicó cuales eran sus habitaciones en el palacio y le informó de que su amigo Hans le esperaba dentro de una hora en las puertas de la Biblioteca Nacional para indagar en los papeles de Verne.

Klaus salió aturdido del despacho. No terminaba de creerse lo que había sucedido. En unos minutos había ascendido, vivía en lujoso palacio en París y podía tener acceso a la obra de los mejores autores franceses de la historia. No sabía cómo tomarse todo aquello. Llevaba ocho años horribles, viviendo casi en la indigencia, destinado en Francia pero con posibilidades de ir a cualquier otro frente si la guerra continuaba; sin duda el encuentro con Hans había sido un golpe de suerte del destino. No podía desaprovechar esa oportunidad, porque al fin y al cabo lo único que se le pedía era que ejerciera su trabajo. Se limitaría a buscar y estudiar los viejos manuscritos de los grandes escritores de la humanidad. No deseaba meterse en

política ni destacarse en el régimen nazi, pero a veces los sueños vienen acompañados de terribles pesadillas.

2 LA BIBLIOTECA NACIONAL

La grandeza de un país está en las estanterías de sus bibliotecas, o eso era al menos lo que pensaba Klaus Berg mientras se dirigía a la Biblioteca Nacional de París. La entrada del edificio no era muy espectacular, pero en el interior, un gran patio de inmensos ventanales con pequeños cristalitos, animaba al transeúnte a recogerse, como si entrara en algún lugar sagrado. Klaus caminaba al lado de Hans, que intentaba acelerar el paso. El sencillo y tímido oficial de la Wehrmacht, con sus ojos verdes y su pelo fino y rubio, había dejado paso a un oficial de las SS vestido todo de negro, con una gorra del mismo color, con su famosa calavera plateada. En el brazo izquierdo lucía una banda roja con la esvástica nazi sobre fondo blanco. En la hebilla plateada, el lema *Meine Ehre heißt Treue* (Mi honor es mi lealtad). El espectacular conjunto se completaba con unas botas altas de color negro. Hasta el propio Hans percibió la transformación de su amigo. Klaus ya no parecía el inseguro y dubitativo profesor de literatura que había conocido algunos años antes.

Atravesaron el gran recibidor y se encaminaron a la primera sala. Hans apretó impaciente una pequeña campanilla y cuando le atendieron requirió la atención inmediata del bibliotecario jefe. Mientras esperaban, Klaus miró sobre sus cabezas; los imponentes frescos de las bóvedas eran tan fascinantes que se hubiera quedado horas contemplándolos. Hans se entretenía hablando a una de las jóvenes ayudantes del bibliotecario, una dulce parisién de grandes ojos azules, piel pálida y pelo negro.

Un hombre gordo, calvo y con pequeñas lentes redondas se acercó sudoroso, sacó un pañuelo de su bolsillo y comenzó a secarse el cuello.

—Señores oficiales, ya tengo lo que me pidieron por teléfono. Si son tan amables de acompañarme... —dijo el hombre, con voz temblorosa.

Klaus percibió perfectamente el poder que aquel uniforme ejercía sobre las personas. Ser oficial alemán en la Francia ocupada le confería cierta autoridad, pero aquel uniforme de las temidas SS le convertía en un semidiós.

Siguieron al hombre hasta un cuarto privado. El despacho estaba ricamente engalanado con una mesa de madera marrón y sillas Luis XVI. En las paredes había varios cuadros originales del siglo XVIII y unas hermosas estanterías con la forma de columnas clásicas. Sobre la gran mesa con tapete verde se encontraba una montaña de manuscritos y libros, cuidadosamente guardados en cartapacios rojos, cerrados con cintas del mismo color.

—Esto es todo lo que tenemos del gran autor Julio Verne, el resto está en su casa-museo de Amiens —dijo el bibliotecario jefe.

—Espero que no hayan ocultado nada. Mis hombres están rastreando sus archivos en este momento —dijo Hans en tono amenazante.

El hombre comenzó a temblar, pero la sonrisa de Klaus relajó un poco el ambiente.

—No se preocupe, puede retirarse —ordenó.

Hans frunció el ceño. Disfrutaba asustando a esos malditos franchutes, siempre engreídos y con aires de superioridad. Después se acercó a la mesa y abrió el primer cartapacio. Su rostro cambió de repente al reconocer la letra de Verne.

—Son sus cartas —dijo Hans mientras comenzaba a pasar los papeles con sus guantes blancos impolutos.

Klaus se acercó con los ojos muy abiertos y tomó otro de los cartapacios. Apenas pudo aguantar el aliento cuando extrajo varios papeles del escritor.

Los dos hombres permanecieron media hora sin levantar la vista de aquellos manuscritos. Sus ojos corrieron por las cartas, las notas, los pequeños borradores de obras de teatro y relatos inacabados. Parecía como si el espacio y el tiempo hubieran dejado de tener sentido. Ya no eran oficiales nazis, tampoco alemanes en un país ocupado; simplemente eran dos estudiosos deseando desentrañar todos los misterios del genial escritor francés.

—¿Qué buscamos, Hans? —preguntó Klaus levantando la vista de los papeles.

—No estoy autorizado todavía a informarte, para eso tendrás que viajar a Berlín y hablar con el Reichsführer. Te sorprenderá el gran conocimiento que tiene de la literatura francesa contemporánea —comentó Hans.

—Pero tendrás que darme un criterio para seguir leyendo. Aquí hay mucha información —comentó Klaus, que se moría de curiosidad por saber qué era tan importante para que uno de los peces gordos del Estado se estuviera tomando tantas molestias.

—Tienes que buscar información desde 1861 al año 1864, cualquier carta, nota, escrito o borrador que puedas encontrar —dijo Hans sin levantar la vista de las cartas.

La mente de Klaus comenzó a calcular rápidamente. Si no se equivocaba, en los años sesenta Julio Verne había comenzado su famosa serie de viajes extraordinarios. En los primeros años se concentró en algunos viajes realmente asombrosos de carácter científico como *Cinco semanas en globo*, *Viaje al centro de la Tierra* y *De la Tierra a la Luna*. Por eso los intereses de Himmler debían estar centrados en algunos de estos viajes. En el primero, *Cinco semanas en globo*, el doctor Samuel Fergusson se proponía recorrer todo el continente africano en compañía de su ayudante y un amigo. La segunda historia se ponían en marcha tras encontrar un libro titulado *Heimskringla de Snorri Sturluson*, por el profesor alemán Otto Lidenbrock, sobre un supuesto camino para llegar al centro de la Tierra. El tercer libro trataba sobre un cañón gigante con capacidad para enviar un cohete a la Luna. Las tres historias eran muy interesantes, aunque la más plausible era la primera. Sabía que los nazis buscaban grandes yacimientos de petróleo en África y Klaus pensó que ese podría ser el origen de aquella misteriosa investigación. Las otras dos historias eran demasiado descabelladas para que fueran útiles al Tercer Reich. El ser humano no podía viajar hasta la Luna y mucho menos al centro de la Tierra, repleto de un magma caliente, capaz de fundir hasta un carro de combate.

Klaus miró hacia la ventana y observó la noche cerrada sobre París. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, pero aquel misterio acaba de empezar. El viaje en avión a Berlín del día siguiente prometía ser mucho más emocionante y peligroso. Las horas pasaron deprisa y cuando regresó a la sede de las SS ya eran casi las once de la noche. Se sentía agotado, pero con la certidumbre de que al día siguiente viviría uno de los días más importantes de su vida.

3 LA CASA DEL DRAGÓN

Los motores del Junkers Ju 90 rugían con fuerza en el aeropuerto de París cuando Klaus y Hans se aproximaron por la pista. Los dos oficiales llevaban una ligera maleta de mano y dos abrigos de paño negros. El invierno en Alemania era mucho más duro que en Francia, y a medida que se acercaba la Navidad el frío seguiría incrementándose. Uno de los copilotos les acomodó en las tripas del avión. Ellos dos eran los únicos ocupantes del aparato de cuarenta plazas, lo que hacía que el viaje pareciera aún más tétrico. Se acomodaron en la primera fila, cada uno a un lado del pasillo, junto a las ventanillas. No cruzaron palabra en casi todo el trayecto. El ruido del viento y el manto blanco que cubría el paisaje del camino fueron sus únicos compañeros. Klaus pensaba en las últimas horas, pero sobre todo en cómo sería el encuentro con el Reichsführer, Heinrich Himmler. Hans, en cambio, lo único que quería era ver a su novia Gretel, aunque fuera únicamente durante unas horas. Llevaba semanas sin pisar suelo alemán.

El monótono ruido de los motores terminó por dormirles, pero unas turbulencias les despertaron de repente. Cuando Klaus miró por la ventanilla le extrañó que no estuvieran cerca de Berlín.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Klaus a su amigo.

Hans se estiró y después miró brevemente por la ventana. Inmensos prados nevados parecían alfombrar el suelo de Alemania, pero no había ni rastro de las bulliciosas calles de la capital del Reich.

Hans se levantó de su asiento, abrió la puerta de la cabina y tocó en el hombro de uno de los copilotos. El soldado dejó la radio y con la mano le indicó que saliese.

—¿Dónde vamos? Esto no es el camino hacia Berlín —comentó Hans sin hacer caso al copiloto.

—No nos dirigimos a Berlín, las órdenes son dejarles en Wewelsburg —dijo el copiloto, enfadado. Después se puso de pie y empujó afuera al oficial.

Hans se dirigió hasta su amigo con una sonrisa en los labios. Sin duda el Reichsführer quería ofrecerles su más cordial bienvenida. Muy pocos mortales habían estado alguna vez en el castillo de Welesburg, una vieja fortaleza del siglo XIV, remodelada por el príncipe obispo de Paderborn. El edificio pertenecía a las SS desde 1934 y estaba en proyecto que se convirtiese en la futura escuela de adiestramiento de líderes más importante de Alemania, aunque hasta ese momento se utilizara para centralizar las expediciones arqueológicas que Himmler había mandado por medio mundo.

—Vamos a Wewelsburg —dijo Hans acercando su cara al oído de su amigo.

—¿A dónde? —preguntó sorprendido Klaus.

—¿No has oído hablar de Wewelsburg?

—Sí, claro —comentó Klaus apoyando su cabeza en el respaldo y cerrado los

ojos. Aquel lugar era uno de los secretos a voces de las SS.

Cuando el avión aterrizó en una pista cercana al castillo los dos pasajeros se prepararon para descender del avión. El copiloto abrió la puerta del avión y la luz del sol sobre la nieve les deslumbró por unos instantes. A pie de pista había una docena de soldados de las SS. Un paso por delante de ellos se encontraba el SS Obersturmbannführer, Siegfried Taubert, comandante del castillo; junto a él estaba su ayudante, el capitán Gottlieb Bernhardt.

—¡Heil Hitler! Bienvenidos a Wewelsberg, son los últimos en llegar —dijo Taubert.

Klaus se extrañó de las palabras del comandante, pero se limitó a hacer el saludo nazi y seguir a los oficiales hasta el coche. El viento gélido de la mañana les enrojeció las mejillas, pero dentro del vehículo se recuperaron un poco.

—El Reichsführer desea conocerle, teniente Berg. Se siente muy afortunado de tenerle en su nuevo proyecto —comentó el capitán Bernhardt.

Klaus se limitó a sonreír. Notaba la cabeza embotada, como si estuviera en medio de una pesadilla y fuera a despertar de un momento a otro. El coche ascendió por la montaña lentamente; la nieve cubría hasta casi medio neumático y los árboles blancos parecían estatuas amenazantes desde el borde del camino. En lo alto se alzaba el castillo, con su impresionante forma triangular, presidido con un gran torreón orientado al norte y otras dos torres menores.

Cuando el coche entró en el patio de armas las ruedas vibraron sobre el suelo pavimentado, hasta que el coche se detuvo enfrente de la escalinata. Los cuatro hombres salieron del vehículo y, rodeados de una docena de soldados en formación, entraron en la fortaleza.

El pasillo de piedra les llevó hasta la gran escalinata de piedra. La única luz del edificio consistía en gigantescas antorchas en la pared que brillaban entre grandes islas de sombras. El sonido de las botas retumbaba en las paredes. Tras subir una planta llegaron a una inmensa sala circular con doce columnas; en el suelo había un mosaico de esvásticas que formaban una gran rueda solar. El salón estaba amueblado con una mesa circular, con un gran espacio en el centro, cubierta con un mantel de terciopelo rojo, una veintena de grandes sillas vacías y algunos estandartes de las SS cubriendo las paredes.

—Por favor, pasen por aquí —dijo Taubert señalando una puerta cercana.

Entraron en una biblioteca en penumbra, únicamente iluminada por una pequeña lámpara de mesa. Se aproximaron hasta la luz y contemplaron la pálida cara de Himmler, que se había quitado sus gafas redondas y les miraba con sus pequeños ojos azules.

Encima de la mesa se encontraba una maqueta en la que se podía observar cómo alrededor del castillo de Wewelsburg estaba proyectado construir diferentes edificaciones y una muralla.

—Heil Hitler —dijeron los cuatro oficiales al unísono.

Himmler apenas les prestó atención; simplemente se quedó mirando la maqueta con todo detalle, como si la observara por primera vez. Un silencio incómodo se apoderó del grupo hasta que Himmler levantó la mirada y con un gesto indicó que salieran todos menos Klaus.

El joven oficial tragó saliva mientras escuchaba los pasos y el sonido de la puerta al cerrar.

—Herr Klaus Berg, profesor de literatura francesa en Hamburgo. Expulsado de la universidad al negarse a ingresar en el partido y por sus quejas por la quema de libros. Su expediente no es muy brillante —comentó Himmler con una voz suave, casi femenina.

Klaus se limitó a permanecer firme, sin mover ni una pestaña. Himmler se puso de pie. No era muy alto; su cuerpo delgado no parecía el del gran héroe de la nación, pero sin duda era uno de los hombres más poderosos del mundo.

—Puede que usted no lo entienda, pero me fío más de los hombres que me deben algo que de los ideológicamente fieles al partido. Los hombres dóciles nunca han conseguido nada en la vida. No es que apruebe su actitud rebelde y sediciosa, pero el valor bien enfocado se constituye en la mejor baza del hombre. ¿No cree?

—Sí, Reichsführer —contestó Klaus con voz temblorosa.

Himmler le rodeó sin dejar de observarle y después le dijo:

—Tenemos en común varias cosas, Herr Berg. La primera nuestro amor por la historia, los libros y la literatura. Sin duda aprecio más la buena literatura germana que la degenerada literatura francesa, pero el gran Julio Verne es un caso aparte. Ese hombre debía tener sangre aria, sin duda. ¿Conoce datos sobre su genealogía? —preguntó Himmler tras volverse a sentar en la silla del escritorio.

—Al parecer el apellido Verne procede de los celtas y es el mismo que se utiliza para referirse a un pequeño árbol que crece en Europa Central. Su padre era Pierre Verne, natural de Provins, era abogado y había estudiado en París, su madre era Sophie Nanine Henriette Allotte de la Fuÿe, proveniente de una familia bretona y escocesa.

—¡Ya lo decía yo! Tenía sangre bretona, o lo que es mismo, sajona —dijo Himmler, emocionado.

Klaus se quedó de nuevo en silencio. El líder nazi volvió a ponerse en pie y acercándose a él le sonrió y le dijo:

—¿No tiene usted curiosidad por saber en qué consiste la misión para la que le hemos llamado?

La pregunta quedó en el aire por unos segundos; después Klaus se limitó a afirmar con la cabeza.

—Tendrá que esperar un poco más. Primero quiero presentarle a algunos componentes del Club Verne. Estoy seguro de que estarán encantados de conocerle.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Klaus no podía dejar de darle vueltas a las últimas palabras de Himmler. Nunca había escuchado nada sobre el Club

Verne. Por unos momentos su curiosidad supero el miedo que sentía y tuvo la sensación de que estaba al límite de una crisis nerviosa, pero merecía la pena desvelar ese misterio.

4 EL CLUB VERNE

En contra de lo que imaginaba Klaus, la reunión del Club Verne no fue en el salón circular por el que habían entrado. Himmler y una escolta de soldados le acompañaron hasta los sótanos del torreón. El olor a humedad y un frío que le helaba los huesos terminaron por despejarle la mente. La entrada a la cripta fue apoteósica. Un fuerte aroma a incienso, música de Wagner de fondo y una docena de hombres vestidos con el uniforme de gala de las SS inquietaron aún más al oficial. Himmler se situó en la silla de honor y él se puso justo detrás. Una pequeña nube de incienso ascendía en el centro de la cripta de piedra, como una neblina, entre la docena de hombres. La voz de Himmler comenzó a recitar unas palabras que Klaus identificó con el sanscrito; después hubo un largo silencio y todos se sentaron.

—Desde que comenzó la guerra no hemos tenido muchas oportunidades de reunirnos, pero esta es una ocasión especial. Un nuevo descubrimiento ha cambiado por completo el objeto de nuestras investigaciones.

Un murmullo recorrió la cripta y todos los miembros del club miraron expectantes a su maestro.

—Por favor, que pase Herr Miller.

Hans entró en la sala y se situó en el centro del círculo, junto al altar del incienso. Después en un tono algo dramático comenzó a narrar sus recientes descubrimientos.

—En los últimos tiempos la Divina Providencia nos ha dirigido hacia el objetivo que tanto ansiábamos. Primero con las noticias de que el famoso manuscrito de Snorri Sturluson existió realmente, tal y como lo indica la famosa obra de Julio Verne, *Viaje al centro de la Tierra*. La mayoría de los aficionados a Verne ven en esta obra el trabajo de un principiante que simplemente aplicó algunas de las ideas del científico Charles Lyell's de su libro titulado *Evidencias geológicas de la antigüedad del hombre...* Verne era ante todo un divulgador, pero todo lo que narraba tenía una base científica. Muchos de los objetos o ideas que defendía se han cumplido, exceptuando el fantástico viaje de sus protagonistas al centro de la Tierra.

Mientras Hans continuaba con su larga disertación, la mente de Klaus no dejaba de dar vueltas a todo el asunto. Naturalmente, había leído el libro, y también como especialista conocía los rumores acerca de las teorías de Charles Lyell's y la influencia en esa obra de Verne, pero no entendía la importancia que podía tener para Himmler y sus hombres una novela sobre un viaje imaginario al centro del planeta. Verne no era el primero en escribir sobre un viaje a la tierra hueca; antes que él ya lo habían hecho Edgard Allan Poe en su famoso libro *La narración de Arthur Gordon Pym* y Lovecraft en la novela *La sombra más allá del tiempo*. Pero, ¿por qué estaban interesados en una de las novelas menos importantes del famoso escritor francés? Era cierto que muchos de los pronósticos de Verne se habían cumplido, pero eso no quería decir que todos fueran a hacerlo.

—Las teorías sobre la tierra hueca cada vez tienen más defensores. Hemos

logrado entrevistar a Richard Byrd, el piloto que vio la entrada al inframundo con sus propios ojos. El segundo golpe de suerte fue encontrar al mejor especialista de Julio Verne que hay en Alemania, el profesor de la Universidad de Hamburgo Klaus Berg —dijo Hans, como colofón a su intervención. Comenzó a aplaudir y el resto de los miembros del Club Verne le imitaron.

Todos los ojos se dirigieron a Klaus, que permanecía sentado en silencio tras Himmler. El oficial notó cómo su rostro se ruborizaba bajo la tenue luz de las antorchas.

—Muchas gracias, Herr Miller. Lo cierto es que Herr Berg nos ha venido como caído del cielo. Si alguien puede averiguar si existió ese manuscrito es él —comentó Himmler, girándose levemente hacia su invitado.

Por unos instantes Klaus no supo qué hacer ni qué decir; se puso en pie e, intentando afinar la voz, carraspeó un par de veces antes de ponerse a hablar.

—Honorables miembros del Club Verne, es un placer y un honor asistir a su reunión. Soy un gran admirador del genial escritor y visionario, pero sobre todo soy un profesor de literatura que nunca se cansa de investigar para poder entender el significado de los libros que han cambiado la historia del ser humano. La obra que han comentado, *Viaje al centro de la tierra*, fue una de las primeras que publicó el autor, al albor de su famosa primera novela *Cinco semanas en globo*, con el subtítulo original de *Voyages de découvertes en Afrique par trois anglais*. Rédigé sur les notes du docteur Fergusson. Verne era un gran aficionado a la ciencia. Se cuenta que entre sus amigos, además del gran Alejandro Dumas, estaba Jacques Arago, un gran viajero y aventurero, que influyó en sus primeros libros. También Verne leía revistas científicas en la Biblioteca Nacional de París y era un gran amante de los libros de Pierre Chevalier. Verne era miembro del Club de la Prensa Científica...

—Pero, ¿existió realmente Snorri Sturluson? —preguntó impaciente uno de los miembros del club.

Himmler le miró con desaprobación, pero Klaus interrumpió su exposición para saciar la curiosidad del hombre.

—Julio Verne siempre mezclaba realidad con ficción, por eso utilizó a un famoso jurista, historiador y escritor islandés del siglo XII para dar más credibilidad a su relato. Snorri fue un personaje controvertido, ya que estuvo en el bando del rey Haakon IV de Noruega, lo que le valió el título de traidor, pero como escritor destacó al reunir las sagas islandesas y una cosmogonía de la mitología nórdica.

—Snorri no solamente existió; este año se está conmemorando el 700 aniversario de su muerte en Islandia —apuntó Himmler.

—Es cierto —dijo Klaus.

Otro de los miembros del club se dirigió al profesor para plantearle una nueva pregunta.

—Pero, ¿Julio Verne se basó en argumentos científicos a la hora de escribir su libro? Muchos científicos han avalado la teoría de la Tierra hueca. Desde científicos

como Edmond Halley, pasando por otros de la talla de Leonhard Euler, Le Clerc Milford, John Cleves Symmes, Jeremiash Reynolds o William Fairfield Warren, han afirmado que hay un inframundo que puede albergar vida.

Otro de los miembros del club le interrumpió poniéndose en pie y discutiendo acaloradamente:

—El libro de Verne es ficción en este caso. Según las teorías de Fairfield y los otros autores que habéis nombrado, la entrada a la Tierra hueca se encontraría en la Antártida y no en la isla de Islandia.

La discusión pasó a ser acalorada hasta que Himmler golpeó su silla y todos se callaron.

—No estamos aquí para especular. La misión de Herr Berg y Herr Miller es encontrar el verdadero manuscrito de Snorri Sturluson. Espero que eso nos aclare dónde está la entrada a la Tierra hueca. Lo cierto es que desde la Grecia clásica, pasando por la Biblia, las culturas mesopotámicas, hasta nuestras propias leyendas germanas hablan de que el interior de la Tierra está habitada, incluso que el origen de nuestra raza proviene de allí. La propia Sociedad Thule intentó descubrir esa entrada sin éxito, pero estoy convencido de que nosotros sí lo conseguiremos —dijo Himmler extasiado. Su rostro reflejaba el placer que le causaban aquel tipo de asuntos. En algunos momentos parecía un niño jugando con miles de piezas sobre el tablero gigantesco en el que los alemanes habían convertido el mundo.

Cuando la reunión terminó Klaus y Hans comieron algo ligero en una sala de la planta baja y regresaron al avión antes de que anocheciera. Himmler no salió a despedirles, pero las inquietantes palabras del jerarca nazi no dejaban de dar vueltas en la cabeza de Klaus. Los miembros del Club Verne eran unos locos visionarios dispuestos a gastar millones de marcos alemanes, y vidas, con tal de ver sus delirios hechos realidad. Mientras se dirigían en coche al aeródromo Klaus pensó que él no sería el que les dijera a aquellos locos lo que tenían que creer; en los próximos meses se limitaría a hacer su trabajo e intentar pasar la guerra lo más lejos del frente posible. Después retomaría su vida como profesor en Hamburgo, se casaría y disfrutaría del resto de una vida larga, tranquila y sin apuros económicos. Cuando el avión despegó de Wewelsbur Klaus respiró aliviado. Había estado en las mismas puertas del infierno y había salido con vida; ahora lo único que restaba hacer era seguir las huellas de Julio Verne y descubrir todos sus secretos.

5 EL PROFESOR DE OXFORD

La niebla cubría gran parte de la ciudad de Oxford y un frío gélido helaba los huesos. Las calles estaban desiertas y los pocos estudiantes que no se encontraban sirviendo al ejército se refugiaban en sus habitaciones o en los pubs de la localidad. El oficial del MI6 se aproximó a las puertas del Eagle and Child y observó por unos momentos el cartel de la entrada. El niño aferrado al águila era una bonita metáfora de lo que estaba sucediendo en esa maldita guerra, pensó el oficial; mientras que los nazis estaban a punto de lanzarse sobre su presa inglesa, los británicos se agarraban a la ayuda de los norteamericanos antes de caer al vacío de la derrota. Cuando entró en el *pub* una niebla aún más densa que la de la calle hizo que sus ojos comenzaran a llorar. Aquel lugar era muy acogedor. Grandes butacones marrones, mesas desgastadas por las mil pintas servidas en todos aquellos años, una hermosa chimenea disimulada en el friso de madera oscura y las paredes repletas de retratos y libros.

A esa hora de la tarde el sitio se encontraba muy animado; medio centenar de parroquianos hablaban mientras el sonido de las jarras al chocar convertía aquel aislado refugio en un lugar perfecto para olvidar los rigores de la guerra.

El oficial caminó hasta la sala del fondo, en la que una docena de hombres charlaban animadamente. El oficial se quedó en pie, frente a la mesa, hasta que uno de ellos, con la pipa en la mano, se dirigió a él:

—Buenas tardes, ¿en qué podemos ayudarle oficial?

—Buenas tardes, buscó al profesor Arthur MacFarland —dijo el oficial en un tono cordial.

—Arthur debe estar al llegar. Hoy tenía una clase por la tarde —contestó otro de los contertulios.

—Muy amables. Le esperaré allí sentado —comentó el oficial.

—Por favor, siéntese con nosotros. Mi nombre es Owen Barfield —dijo el hombre, levantándose para acercar una silla a la mesa.

—Encantado. Yo soy el oficial Mark Preston —contestó el oficial.

—Estos son mis amigos y colegas: el profesor Tolkien, el profesor Lewis, el poeta Charles Williams, el historiador Warren Lewis, Roger Lancelyn, nuestro escritor infantil, y el también escritor Hugo Dyson —presentó Barfield.

El oficial les saludó y acto seguido continuaron con su tertulia, como si de un amigo más se tratase. Tras un par de pintas y una agradable conversación acerca de las leyendas artúricas, sobre las que Mark Preston sabía más bien poco ya que en su etapa de civil trabajaba como bróker de la Bolsa de Londres, llegó el profesor.

—Miré, allí esta Arthur MacFarland —comentó Tolkien sin dejar de aspirar su pipa.

Preston se dio la vuelta y observó la cara pecosa y el pelo pelirrojo del hombre que se acercaba sonriente a la mesa. Arthur se quitó el abrigo y el sombrero y antes de sentarse hizo el saludo ritual del grupo de los Inklings, nombre con el que se

autodenominaba aquella tertulia literaria.

—Arthur, este oficial del ejército te está buscando —comentó Lewis, poniendo su mano sobre el hombro del oficial.

Preston se puso en pie y tendió la mano al joven profesor. Arthur le devolvió el saludo y le invitó a que se volviera a sentar. El oficial dudó durante unos momentos, pero al final cedió.

—Esos muchachos van a volverme loco. ¿Tan complicado es aprender francés? No quiero saber qué nivel de latín tienen —dijo Arthur mientras levantaba el brazo para que le sirvieran una cerveza.

—El sistema educativo está hundiéndose, dentro diez años habremos vuelto a la Edad de Piedra. Eso si esos malditos germanos no terminan antes con el mundo —dijo Lewis en tono sarcástico.

—No hace falta maldecir —le reprendió Tolkien.

La charla continuó amigablemente hasta que Arthur apuró el último sorbo. Se disculpó ante sus colegas y salió con Preston del *pub* para charlar sobre el asunto que le había llevado hasta allí. Caminaron en silencio entre la densa niebla por las solitarias calles de Oxford, hasta que el oficial le lanzó la primera pregunta.

—Hemos descubierto que la Ahnenerbe está investigando la obra del escritor francés Julio Verne. Uno de nuestros confidentes en París ha visto a dos oficiales de las SS consultando los papeles del escritor francés, después acudieron a uno de los centros de la organización en Alemania, para entrevistarse con Heinrich Himmler, uno de los lugartenientes del Adolf Hitler. ¿Qué puede estar buscando?

Arthur miró con sus grandes ojos verdes al oficial y tras meditar unos segundos le contestó:

—Es muy difícil determinarlo. Julio Verne fue uno de los escritores más prolíficos del siglo XIX y principios del XX. De su serie de viajes extraordinarios escribió 64 títulos, su hijo editó póstumamente otros 9 libros, pero tiene decenas de cuentos, poemas, obras teatrales y otro tipo de escritos, la cifra ronda casi las ochenta historias —comentó Arthur, que cada vez sentía más curiosidad por aquella historia.

—Como sabrá, la Ahnenerbe es un cuerpo de científicos alemanes que se encarga de investigar mitos, buscar ruinas y todo lo relacionado con los orígenes del pueblo ario. ¿Hay algún libro de Verne que trate sobre este tema? —preguntó el oficial.

Arthur invitó al oficial a entrar en su pequeño apartamento en la universidad. Dejaron sus abrigo en el perchero al pie de la escalera y después ascendieron hasta su habitación. El apartamento era pequeño pero acogedor. Amueblado al gusto de la época victoriana, repleto de libros, la mayor parte en francés y con un pequeño escritorio y un butacón negro.

—Siéntese, por favor —dijo Arthur mientras su mente seguía buscando la respuesta.

—¿No hay nada sobre los arios en sus obras? —insistió Preston.

—Sobre los arios no escribió nada, aunque tiene un libro titulado *Los quinientos*

millones de la Begún en el que de alguna manera preconiza la ideología del movimiento nazi —comentó Arthur mientras su mente intentaba recordar algún libro más en el que tratara temas de esa índole.

—Verne era realmente un genio —dijo Preston sorprendido.

—La novela trata sobre una fabulosa herencia que termina por repartirse entre el médico francés Sarrasin y el químico alemán Schultze. Los herederos utilizan el dinero para construir dos ciudades muy distintas. El francés crea una ciudad avanzada, repleta de comodidades y en la que la gente es completamente feliz, pero el segundo construye una ciudad de hierro y acero, cerrada al exterior y con una gran fábrica de armas. En el fondo es una metáfora de la Alemania bismarckiana y la república francesa, pero que yo recuerde ninguno de los libros de Verne habla sobre los arios o su origen —dijo Arthur.

—El servicio secreto está interesado en averiguar qué trama Himmler, por eso queríamos pedirle que se una a un equipo de investigación que enviaremos antes de veinticuatro horas a Francia —dijo el oficial.

Arthur se puso pálido al escuchar al oficial; a su fobia a los aviones se unía su pánico a los paracaídas. No había sido llamado a filas por sus pies planos, pero a diferencia de muchos colegas él no lo había lamentado mucho. Sabía que no tenía madera de héroe como los personajes de Julio Verne. Admiraba a aquellos seres de ficción, pero era absurdo pensar que tenía algo que ver con el altruista Phileas Fogg, el valiente Miguel Strogoff o el aventurero profesor Otto Lidenbrock.

—No puedo hacerlo. Creo que se ha equivocado de hombre —comentó Arthur.

—Necesitamos a un experto en Julio Verne. No se preocupe por su seguridad, estará rodeado de los mejores hombres del servicio secreto —dijo Preston.

—Lo siento, no me veo preparado para una misión en tierra hostil —se disculpó Arthur.

El oficial estuvo a punto de ponerse en pie, pero permaneció sentado. Se limitó a mirar directamente a los ojos el profesor y tras unos segundos que a Arthur se le hicieron interminables se puso en de pie.

—Agatha Drew me habló de usted; estaba segura de que la acompañaría en este viaje —dijo el oficial mientras se colocaba la gorra.

—¿Agatha? ¿Qué tiene que ver Agatha con todo esto? —preguntó inquieto el profesor.

—Ella lleva tres meses trabajando en el departamento de criptografía. La mayor parte de la información militar alemana está encriptada y la labor de los especialistas es descubrir esos códigos secretos. La señorita Drew es una especialista en varios idiomas: clásico, jeroglíficos egipcios y runas; lo cierto es que nos está siendo de gran ayuda —comentó Preston.

Arthur comenzó a moverse nerviosamente por la habitación. No veía a Agatha desde hacía seis meses. La joven había abandonado Oxford tras su ruptura y no había contestado ninguna de sus cartas. Él la sacaba casi diez años y había sido su profesor.

Si alguien se enteraba de su relación sería un escándalo y él no quería perder a todos sus colegas y amigos por una mujer, pero desde que ella se había marchado había perdido la ilusión por la enseñanza y la universidad.

—Está bien, si tengo que lanzarme desde un avión sobre territorio ocupado lo haré, pero al menos deje que coja algo de ropa, unos papeles y...

—Nada de objetos personales, va en misión secreta. Si les atrapan tienen que negar su relación con nosotros e intentar no dar nombres. La vida de muchas personas puede estar en peligro —le interrumpió el oficial.

Arthur miró por unos instantes al que había sido durante diez años su pequeño paraíso y después, dando un largo suspiro, abrió la puerta. Los dos hombres bajaron por las escaleras, tomaron sus abrigos y salieron al callejón. Los adustos edificios de la universidad parecían más sombríos entre la niebla, pero algunas pequeñas farolas iluminaban el camino que les llevaba más allá de aquel reino invisible.

6 UN SALTO PELIGROSO

El aeródromo estaba en total oscuridad. Los bombardeos eran continuos y el ejército no quería que sus aviones fueran destruidos en tierra. Preston y Arthur MacFarland descendieron del vehículo y se dirigieron a una de las casetas de los pilotos. La única luz que brillaba en la oscuridad era la pequeña ventana del edificio y una torre de mando a unos metros de distancia. Preston abrió la puerta y Arthur pasó primero. En la sala había un sillón, una gran mesa con sillas y una diana colgada en la pared. Otra puerta daba a un aseo y una pequeña cocina donde los pilotos hervían el agua para hacerse el té. Al fondo del amplio salón se encontraban cuatro hombres y una mujer rubia, todos ellos vestidos con monos de paracaidistas.

—Señores, señora. Les presento al profesor Arthur MacFarland —dijo el oficial señalando al hombre.

—Encantado —dijo el profesor dando la mano a todos los soldados, pero se detuvo enfrente de la mujer sin saber qué hacer; ella le sonrió levemente y él pareció relajarse de repente.

—Arthur, sabía qué vendrías —comentó Agatha.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —dijo el profesor, encogiéndose de hombros.

El oficial les invitó a que se acercaran al gran plano que había sobre la mesa. La luz del techo alumbraba todo el mapa de Francia. Una gran X en rojo señalaba una ciudad al norte del país, la hermosa ciudad de Amiens.

—El objetivo es Amiens, pero no les podemos lanzar en la misma ciudad, tendremos que hacerlo a una media hora de allí, en Picquigny. En ese pueblo les esperan tres miembros de la Resistencia. Ellos les llevarán en coche hasta Amiens. El objetivo es la casa del escritor Julio Verne en la Rue Charles Dubois, muy cerca del centro de la ciudad. Los hombres de las SS ya se encuentran allí —dijo el oficial.

—¿Quiénes son? —preguntó Agatha.

—Klaus Berg y Hans Miller son los dos profesores. Al parecer pertenecen a las SS y la Ahnenerbe. Imaginamos que están buscando algún tipo de carta de Julio Verne, que interesa a Himmler. Deben hacerse con ella y traerla aquí —comentó el oficial.

Arthur miró el mapa y después levantó la vista para contemplar la blanca piel de Agatha, pero al hacerlo sintió un escalofrío. Llevaba meses pensando en cómo sería ese encuentro, pero nunca hubiera imaginado que se verían en los hangares de un aeródromo de una base militar.

—Una vez que recuperen el objeto la Resistencia les esperará a las afueras de la ciudad para transportarlos hasta Calais —dijo el oficial.

—¿No sería mejor que nos recogieran en Bulogne-sur-Mer? —dijo el sargento.

—No, en cuanto den la voz de alarma les buscarán por la costa; lo más lógico será que crean que han subido río arriba, pero ustedes escaparán por el norte. Saldrán ocultos en un barco pesquero —dijo el oficial.

El sargento consultó su reloj.

—Es la hora —dijo señalando su reloj.

—Pero nadie me ha explicado cómo arrojarme en paracaídas —dijo Arthur, nervioso.

—No se preocupe señor, únicamente tendrá que tirar de la anilla. Nosotros les ayudaremos a lanzarse —bromeó el cabo.

Mientras Arthur se ponía el mono y el resto se ajustaba los paracaídas, Preston se aproximó hasta el sargento y en voz baja le comentó:

—Tienen 48 horas para salir de Francia, el barco no les esperará más tiempo. En caso de que fracasasen, será mejor que intenten llegar a Bélgica y que busquen un transporte alternativo.

—Sacaré a estos novatos antes de que esos alemanes nos cierren todas las vías de escape, señor —respondió el sargento.

—Vigile especialmente al profesor, no es muy valiente y puede que cometa algún error. La señora y él hablan un perfecto francés; será mejor que ustedes se mantengan en un segundo plano y únicamente actúen si es imprescindible —dijo el oficial.

El grupo salió de la caseta y se dirigieron hasta uno de los Armstrong Withworth Whitley que estaban en la pista. El oficial Preston se despidió de ellos. Arthur miró al avión y pensó mientras entraban en las bodegas que aquel aparato parecía viejo y medio destartado. Después se sentaron en fila y el sargento enganchó sus correas a una barra en el techo.

—Nos quedan casi dos horas de vuelo, este pájaro es lento y pesado. Cuando lleguemos al objetivo tendrán que ser rápidos. Cada segundo puede suponer varios cientos de metros de diferencia. ¿Entendido? —preguntó el sargento.

Todos afirmaron con la cabeza mientras los motores rugieron. Arthur notó cómo su estómago daba un vuelco cuando el avión comenzó a elevarse en medio de la niebla.

—¿Es seguro volar con este tiempo? —preguntó al sargento.

—Sí, de otra forma nos verían los antiaéreos.

—Pero...

—Esté tranquilo. En Gran Bretaña se hacen cientos de operaciones como esta cada noche y el noventa por ciento de ellas salen bien.

El avión tomó velocidad y en unos segundos estaban sobrevolando la isla. Agatha, que se había sentado al lado del profesor, le agarró la mano y le pidió que se tranquilizara. Él se limitó a cerrar los ojos y a murmurar una oración. El resto de los soldados charlaban tranquilamente, sobre el fútbol o lo hermosas que eran las chicas francesas, sin prestar mucha atención a la pareja.

—¿Por qué te has enrolado? —preguntó Arthur a la joven cuando logró calmarse un poco.

—Nuestro país nos necesita —respondió ella muy seria.

—No creo que te saliera esa vena patriótica de repente —dijo Arthur con un gesto

de disgusto.

—Me fui de Oxford y me sentí perdida en Londres. Todo lo que conozco está en esa pequeña ciudad, pero prefería no volver a verte. Nunca me había sentido tan despreciada. Pensabas que ese maldito grupo de profesores de literatura era más valioso que yo —le reprochó Agatha.

—Estaba confundido. Habías sido mi alumna y después mi ayudante. No me pareció ético que fuéramos novios. Los profesores debemos de respetar ciertos códigos de conducta —se justificó Arthur.

—Éramos adultos y libres, nos queríamos. ¿Qué tiene eso de malo? —contestó la mujer con un nudo en la garganta.

Arthur se quedó en silencio mientras observaba los ojos vidriosos de la joven. La amaba con toda su alma; sin ella su vida carecía de sentido, pero era demasiado cobarde para cambiar sus viejos hábitos de profesor soltero.

El avión dio un giro brusco y el sargento les advirtió que quedaban diez minutos para el salto.

—Quiero que vuelvas. Nos casaremos y compraremos una pequeña casa a las afueras...

—Demasiado tarde, Arthur...

El avión comenzó a descender y cuando Arthur miró por la ventana, pudo observar algunas luces a lo lejos.

—Amiens está muy cerca. Pónganse en pie —ordenó el sargento.

Los dos estaban tan absortos que parecieron no escuchar las instrucciones.

—¿Por qué? —preguntó Arthur con el rostro ensombrecido.

—¡Maldita sea, pónganse en pie! —bramó el sargento. Tiró del brazo del profesor y le acercó a la parte trasera. Abrió la compuerta y un frío gélido penetró en el aparato.

El cielo estaba nublado, pero eso no impedía que entre los claros se viera el suelo de Francia a varios cientos de metros por debajo. Arthur comenzó a temblar, pero el sargento le puso al filo del abismo y le gritó al oído.

—Espere diez segundos antes de tirar de la anilla, si lo hace demasiado pronto, puede enredarse en el avión.

El profesor hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero estaba demasiado nervioso para escuchar lo que le decían. El sargento le dio un empujón, la arandela rozó con la barra hasta que se abrió y el profesor sintió como el vacío le absorbía con toda su fuerza. Cerró los ojos mientras su cuerpo flotaba en el aire helado de la noche. No sentía que volaba, simplemente que caía en un pozo sin fondo. El pulso se le aceleró y comenzó a faltarle el aire. Entonces respiró hondo, abrió los ojos y contempló los campos bajo la luz de las estrellas y un pequeño pueblo cercano. Tiró de la anilla y sintió como su cuerpo salía disparado hacia arriba. Ese movimiento brusco le aturdió aún más, pero a los pocos segundos comenzó a caer de nuevo, esta vez pausadamente. Durante los últimos segundos disfrutó, pero la cercanía a la

superficie le hizo asustarse de nuevo. Cuando pisó suelo francés y el paracaídas le cubrió por completo dio gracias a Dios por no haberle dado alas a los hombres.

7 LA CASA DE AMIENS

Aquella noche durmieron en Francia en la sede de las SS en Amiens. Allí les esperaban los diez hombres que se encargarían de su seguridad y les ayudarían a encontrar el manuscrito. Todos ellos eran miembros de bajo rango de las SS y fanáticos del partido nazi, menos el capitán Martin Neisser, un antiguo oficial del ejército prusiano que se había alistado en las SS para salvar a Alemania de los comunistas, pero que en ese momento no se sentía muy cómodo sirviendo bajo la bandera de la esvástica. Las habitaciones de la pequeña villa se encontraban muy próximas a la hermosa catedral gótica de Amiens. Klaus pensó que si tenía tiempo visitaría la iglesia y se pasearía por el hermoso casco viejo antes de regresar a Alemania. Le sucedía como a muchos alemanes, que pensaban que la guerra eran unas vacaciones pagadas en Francia, pero las cosas no tardarían en complicarse.

Después de tomar un succulento desayuno con huevos, leche, queso y unos deliciosos *croissants*, Klaus y Han se reunieron con sus hombres en los jardines del edificio. Tomaron dos de los coches y se dirigieron directamente a la casa, que se encontraba a poco menos de dos kilómetros de distancia.

Cuando Klaus observó la fachada de ladrillo rojo, adornada con frisos de piedra blanca y contraventanas del mismo color, se sintió un poco decepcionado. La casa se encontraba en una calle vulgar, rodeada de otras viviendas de pequeños burgueses, con sus patios enrejados y sus jardines minúsculos, pero cuando el vehículo giró por la otra calle, sus ojos se abrieron como platos. El patio interior daba a una hermosa torre rematada con un bello techo circular. Tras la verja había un porche acristalado desde el que Verne debió ver pasar los crudos inviernos de la ciudad.

Los dos hombres se bajaron del coche y ordenaron a los soldados que les esperaran en la puerta, pero el capitán les acompañó hasta el edificio. Llamaron a la puerta y les abrió una anciana dama de llaves vestida con un anticuado traje negro.

—¿Qué desean los señores? —preguntó la anciana sin prestar mucha atención a los uniformes de los oficiales.

—Estimada dama, necesitamos registrar la casa —dijo el capitán Neisser.

—Los señores no están en la casa. Durante el invierno viven en París, y no estoy autorizada para dejarles entrar. Buenos días —dijo la mujer intentando cerrar la puerta.

Hans se abalanzó sobre ella y de un empujón la derrumbó al suelo; la señora se golpeó en la frente y comenzó a sangrar. Klaus sacó un pañuelo y le tapó la herida.

—¿Qué haces? —preguntó Klaus, indignado.

—Esta maldita vieja no sabe que nadie puede negar la entrada a su casa a un oficial de las SS —dijo Hans.

—Tranquilízate, Hans, ya estamos dentro —dijo el capitán Neisser.

El vestíbulo estaba iluminado por una claraboya y la escasa luz del día apenas alumbraba los muebles tapados con sábanas. Hans se acercó de nuevo a la anciana y

en tono amenazante le preguntó dónde estaba el despacho de Julio Verne.

—En la torre —dijo la dama con voz temblorosa.

Hans subió a grandes zancadas las escaleras, mientras Klaus y el capitán seguían atendiendo la mujer.

—¡Dejad a esa vieja y subid de una vez! —se escuchó gritar a Hans desde la segunda planta.

Klaus frunció el ceño y haciendo caso omiso ayudó a la anciana a sentarse en una silla y después la dejó al cuidado del capitán Neisser.

—Si ve que no se recupera, que uno de sus hombres mande venir a un médico —dijo Klaus mientras ascendía por la escalinata en espiral.

En la parte más alta de la torre había una habitación circular muy espaciosa pintada de un color verde oscuro. Klaus pensó al verlo en los aposentos del capitán Nemo en el Nautilus. Hans estaba desordenando los cajones como un loco y lanzando los papeles por todas partes.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Klaus.

—Tenemos que encontrar alguna carta o manuscrito —dijo Hans sin hacer caso a su amigo.

—Si es algo importante no estará a la vista; debemos de pensar antes de actuar. Esos papeles son valiosos: si se destruyen, parte de la historia de la humanidad desaparecerá —dijo Klaus. Después se puso de rodillas y comenzó a recoger las cartas, fichas y carteles que había por el suelo.

Hans se cruzó de brazos y miró directamente a su amigo. Klaus se comenzó a tocar la barbilla y después miró detenidamente el despacho. Había una extensa biblioteca, una primera edición de todos sus libros, un armario de fuelle, el escritorio, varios cuadros. En uno estaba representado el capitán Nemo; en otro, una hermosa reproducción de la portada del *Viaje al centro de la Tierra*. Klaus se detuvo frente al cuadro y lo contempló en silencio. Unos personajes se movían entre gigantescas setas y después ascendían por unas grutas. Después se dirigió al mueble de fuelle y lo abrió. No se veía gran cosa: algunos papeles en blanco, varias plumas, unos secadores de tinta y varios tinteros. Abrió los pequeños cajones y vio varias brújulas, algunos relojes estropeados y una medalla: la Legión de Honor que se había concedido al escritor antes de su muerte. En ese momento fue consciente de que estaba ante uno de los lugares en los que Julio Verne había dejado reposar sus apasionantes manuscritos. Sintió un escalofrío, levantó la vista y contempló de nuevo el estudio. Ya no le importaba el secreto que había ido a buscar, lo que realmente quería era mirar cada uno de los rincones de aquella casa y respirar el mismo aire que el gran escritor, pero Hans no estaba dispuesto a perder más el tiempo. Comenzó de nuevo a arrojar papeles al suelo, mientras resoplaba como un toro a punto de investir.

8 LOS PRIMEROS VIAJES DE VERNE

La sorpresa era su mejor baza. Los alemanes no sabían que se encontraban allí y cuanto más tiempo tardaran en enterarse, más posibilidades tendrían de conseguir su objetivo. Los habían recogido en el punto convenido y habían llegado hasta Amiens sin ningún percance. Los miembros de la Resistencia conocían perfectamente los caminos secundarios para evitar los controles. Tras llegar a la ciudad les alojaron en una casa cuya fachada estaba enfrente de la de Julio Verne; desde las ventanas podían observar los movimientos de la casa e intentar penetrar cuando fuera posible.

Cuando comenzó a amanecer, Arthur apenas había dormido un par de horas. Las emociones del último día le habían excitado demasiado y lo único que deseaba era conseguir el manuscrito y regresar cuanto antes a Inglaterra. La presencia de Agatha le inquietaba y emocionaba al mismo tiempo. Disfrutaba estando de nuevo a su lado, pero temía que todos esos meses de separación los hubieran alejado para siempre. Él se había declarado en el avión, pero la joven no había aceptado su ofrecimiento.

El profesor se puso los zapatos. Había dormido vestido sobre la colcha blanca de la habitación de la segunda planta que daba enfrente de la casa de Verne; después bajó a la cocina y tras tomar algo de pan con mantequilla y un café regresó a su cuarto para orar unos momentos. Apenas había comenzado sus oraciones cuando el sonido de dos coches llamó su atención. De los vehículos descendieron unos doce hombres. Tres de ellos eran oficiales de las SS, seguramente los especialistas que había comentado el oficial Preston en el aeródromo. El profesor tomó unos prismáticos pequeños y vio cómo uno de los soldados empujaba al ama de llaves y se introducían en la casa. Arthur se sintió indignado al ver a la pobre mujer en el suelo, corrió escaleras abajo y llamó a sus compañeros.

—Los alemanes están en la casa, esperemos que no sean capaces de encontrar lo que buscan —dijo el profesor.

Agatha le miró con el café en la mano. Aquella mañana estaba especialmente atractivo, pensó mientras le saludaba. Su pelo despeinado y rojizo estaba cortado en forma de tazón, pero el traje de corte francés destacaba sus formas perfectas. Arthur no era un gran deportista; el único ejercicio que practicaba de joven era el remo, pero desde que era profesor se limitaba a jugar a las cartas con sus colegas o tirar a los dardos en el *pub*.

—¿Qué información interceptasteis? ¿Qué es exactamente lo que vinimos a buscar? —preguntó Arthur.

Agatha sacó del bolsillo un papel y escribió brevemente una serie de símbolos, y después comentó:

—Nuestra información proviene de dos partes. La primera es nuestro informador en la Biblioteca Nacional de París. Los profesores alemanes pidieron todos los documentos relacionados con Verne y la correspondencia entre los años 1860 y 1864.

—El periodo en el que escribió sus primeras tres novelas. Si no recuerdo mal son

Cinco semanas en globo, Viaje al centro de la Tierra y De la Tierra a la Luna —dijo Arthur.

—¿Qué pueden estar buscando sobre estos libros? —preguntó Agatha.

Arthur se lo pensó un poco antes de contestar. Los temas eran muy distintos, pero ninguno de ellos parecía encajar con la forma de pensar de los nazis.

—El primero trata sobre un viaje en globo, la primera novela del escritor. La historia relata el viaje del doctor Samuel Fergusson, un explorador inglés y su criado Joe y un amigo llamado Dick Kennedy, que deciden recorrer el continente africano en un globo de hidrógeno. Hoy existen dirigibles y aviones, pero en aquella época la técnica era muy rudimentaria. Los globos ascendían calentando el aire de su interior, pero nadie había pensado que con un artefacto como aquel se pudieran recorrer grandes distancias —comentó Arthur.

—¿Qué encontraron en el viaje? —preguntó Agatha, que nunca había sido muy aficionada a las novelas de aventuras. Ella prefería las obras de Balzac.

—Los viajeros recorren desde la isla de Zanzíbar en Tanzania hasta los Montes de la Luna, que realmente nunca existieron. Después al lago Victoria, el lago Chad, el desierto del Sahara, el río Níger hasta las cataratas de Guinea en el río Senegal —terminó de resumir Arthur.

—Por lo que parece, los protagonistas pasaron por el corazón de África, ¿pero qué interés tiene este viaje para los alemanes y en especial para Himmler? —comentó Agatha.

La mente de Arthur no dejaba de dar vueltas al asunto, pero no sabía qué podía interesarles.

—¿El petróleo? —preguntó el sargento.

—No, la Ahnenerbe busca reliquias y el pasado del pueblo ario, no tiene nada que ver con materias primas... —dijo Agatha.

—Entonces las minas del Rey Salomón —comentó Arthur.

—Puede ser una opción. ¿Cuáles son las otras dos historias?

La segunda historia era uno de los libros más famosos de Julio Verne. Su famoso *viaje al centro de la tierra*, pero Arthur pensaba que aquella era la más descabellada de las obras del escritor.

—*Viaje al centro de la Tierra* trata sobre la expedición del profesor Lidenbrock con su sobrino Alex al centro de la Tierra, por una abertura que se encuentra en la isla de Islandia, cerca de Reikiavik, en el cráter Jolull de Sneffels. Allí contrata al cazador y guía Hans Bjelke, que les ayudará a internarse en el centro de la Tierra. Ya conocen la historia, el profesor Lidenbrock descubrirá un mundo prehistórico que se ha conservado gracias a una serie de condiciones ambientales y a los grandes monstruos que antiguamente poblaban el planeta —dijo Arthur.

—Una idea descabellada —comentó el sargento.

—En *De la Tierra a la Luna* nadie llega realmente a la Luna, simplemente se lanza un proyectil con un gigantesco cañón. También es descabellado llegar con un

cohete a la Luna, por eso lo más factible es que estén buscando algo en África —dijo Arthur.

—Lo que me llama la atención de este libro es que habla de un manuscrito y la transcripción de unas runas. En el mensaje interceptado decía textualmente: «Viaje de Klaus Berg a la fortaleza, conocimiento sobre Julio Verne, claves de las escrituras de nuestros ancestros...» —leyó Agatha del papel.

—Puede que sea una pista, pero el mensaje es muy confuso —dijo Arthur sin mucho convencimiento.

Arthur leyó el papel. Después meditó unos breves segundos e intentó recordar cómo se llamaba el escritor islandés al que hacía referencia Verne en *Viaje al centro de la Tierra*.

—Creo que el escritor del que habla Julio Verne existió realmente, se trata del islandés Snorri Sturluson —dijo Arthur.

—Tengo entendido que algunos nazis piensan que Islandia puede ser la cuna de la cultura aria. Mientras investigaba para este viaje descubrí que la Ahnenerbe hizo un viaje en 1938 a la isla para estudiar a sus habitantes y los posibles restos arqueológicos. Uno de los jefes de la expedición fue el erudito Bruno Schweizer. Los nazis creen que en la isla se ha conservado la parte más pura de la raza aria, ya que su población apenas se ha mezclado —dijo Agatha.

—Puede que los nazis piensen que en la isla hay algún resto de los orígenes de su raza —comentó Arthur.

—La isla está en la actualidad ocupada por nuestras tropas. Se declaró neutral en la guerra, poco después de que cayera Dinamarca en poder de los alemanes —comentó el sargento.

Todas las pistas parecían indicar que el objetivo de las SS era algún tipo de manuscrito o libro de Snorri Sturluson, pero seguía sin entender la importancia que eso podía tener para el gobierno británico.

—Buscaremos cualquier escrito o carta sobre Snorri Sturluson y todo lo referente a África que encontremos —comentó Arthur.

El cabo entró en la cocina y anunció al grupo que los oficiales habían salido del edificio, pero que no llevaban ningún papel u objeto encima. Los alemanes habían estado toda la mañana registrando el edificio y ahora quizá fueran a comer.

—No lo han encontrado —dijo eufórica Agatha.

—Julio Verne debió ocultarlo en alguna parte —comentó Arthur.

—El problema es que los alemanes han dejado dos hombres vigilando la casa —dijo el cabo.

—Tendremos que improvisar —dijo el sargento mientras vigilaba con los prismáticos el edificio.

Arthur se asomó a la ventana. Todavía no había pasado el mediodía, pero la tarde sería larga. Únicamente en la oscuridad de la noche podrían burlar la guardia, pero eso les dejaba a poco más de veinticuatro horas para llegar hasta el barco que les

sacaría de Francia. El tiempo era demasiado ajustado. Ellos tendrían que hacer en veinte minutos lo que dos especialistas, con todos los medios, no habían conseguido descubrir en una mañana.

El profesor subió a su habitación y releyó de nuevo *Viaje al centro de la Tierra*. Conocía pasajes enteros, pero esperaba que una lectura minuciosa le diera alguna nueva pista. La lectura le envolvió de tal manera que justo al terminar el libro las últimas luces de la tarde comenzaban a declinar, convirtiendo las sombras en sus mejores aliadas para combatir la oscuridad en la que se estaba sumiendo Europa y el mundo entero.

9 UNA IDEA INGENIOSA

El mal humor de Hans había empeorado a lo largo del día. No habían encontrado nada importante para su misión, pero el oficial de las SS creía que la clave podía estar en los nietos del escritor. Ellos debían tener en su poder los papeles más secretos del abuelo. Cuando salieron de la casa mandaron una orden para que capturaran y enviaran cuanto antes a todos los nietos de Verne a Amiens. Sabía que eso podía demorar el hallazgo del manuscrito un par de días, pero no veía otra alternativa.

Klaus intentó apaciguar la ira de su amigo; sabía que en ese estado de nervios era capaz de cometer cualquier locura. Los tipos como Hans tenían carta blanca, pero él no permitiría que nadie saliera perjudicado.

Comieron en la sede de las SS y a iniciativa de Klaus visitaron la catedral de Amiens, una de las construcciones góticas más bellas de Francia. En la iglesia se encontraba el cráneo de San Juan Bautista, que un caballero había traído de las cruzadas en el año 1204, por la que la catedral se convirtió en un lugar de peregrinación.

La imponente fachada de la catedral les recordó a algunas joyas de la arquitectura del gótico alemán. La belleza y ligereza vertical de la catedral terminó por hacerles olvidar aquella amarga mañana en la residencia de Verne. La fachada era impresionante; en ella se narraba buena parte de los episodios bíblicos más importantes.

Los dos oficiales se quedaron al pie de la fachada sin poder dejar de admirar su hermosa belleza. Los tres portales dobles convertían en formas perfectas aquellos triforios. Un poco más arriba la galería de los reyes y encima el gran rosetón con cientos de cristales de colores. Los triforios estaban rematados con unos frontones triangulares. El portal central estaba dedicado al Juicio Final. Se podía ver a los muertos resucitando en tres registros consecutivos. En el primero se percibía cómo se levantaban al sonido de la trompeta; mientras el arcángel San Miguel, con una balanza, medía sus buenas obras, un demonio intentaba cambiar el peso de la balanza para condenar a los hombres. En la segunda parte ya estaban divididos los justos e injustos, unos eran arrastrados por los demonios al Leviatán mientras que los otros eran llevados al Paraíso. En la parte alta estaba Cristo sentado en el trono, con San Juan Bautista y la Virgen María. También había una visión del cielo y los cuatro jinetes del Apocalipsis. Las otras dos puertas no eran tan impresionantes como la central, pero las proporciones perfectas las convertían en verdadera delicias para la vista. El portal de San Fermín, uno de los santos de la ciudad, representaba a los mártires y grandes personajes cristianos de Amiens. El otro portal simbolizaba la vida de la Virgen María y su ascensión a los cielos.

—Entremos en la catedral antes de que se haga de noche —dijo Hans impaciente.

La iglesia les dejó aún más deslumbrados. Los techos altísimos les hicieron sentir como insignificantes mortales ante un Dios todo poderoso, pero la luz comenzaba a

flaquear y el gran rosetón se apagaba como un sol agonizante. Entonces la mente de Klaus encontró la respuesta que llevaba todo el día buscando.

—Ya sé dónde se encuentra el manuscrito. ¿Cómo no lo he pensado antes? —dijo mientras se llevaba las manos a la cabeza.

Su amigo le miró sorprendido, pero sin comentar palabra se limitó a seguirle mientras ambos salían precipitadamente a la calle. La oscuridad había caído sobre la ciudad, pero no tenían tiempo que perder. La clave estaba justo delante de sus narices, pero no habían sabido reconocerla.

10 LA CLAVE

El plan que habían trazado era sencillo. Agatha entretendría a los soldados mientras Arthur y el sargento se introducían en la casa. Ellos tenían poco más de quince minutos para encontrar el manuscrito y salir. El resto de los soldados británicos vigilarían desde la casa, pero si surgía algún problema tendrían que dar el aviso y ayudarles a escapar de allí antes de que las cosas se complicaran.

Agatha se acercó a los dos soldados y en un excelente francés les pidió fuego. Su esbelta figura entallada en una falda de tubo, que sobrepasaba ligeramente la rodilla, el abrigo ajustado de color gris y un gorro negro, le daban un aspecto deslumbrante. Los dos soldados nazis se quedaron fascinados por la belleza de la mujer y ella comenzó a preguntarles por Alemania, cuánto tiempo llevaban en Francia y si tenían novia. En unos minutos los guardas estaban tan embelesados en la conversación que no se percataron cuando Arthur y el sargento saltaron la verja y se dirigieron sigilosamente a la puerta de la torre. El sargento forzó la cerradura y entraron en silencio. Todo estaba a oscuras. La casa olía a cerrado y la poca luz que entraba por los ventanales se reflejaba en las sábanas blancas que cubrían los muebles. Arthur apenas tuvo tiempo de disfrutar de aquel momento. En varias ocasiones había imaginado cómo sería la guarida del genial escritor francés, pero verlo con sus propios ojos, aunque fuera a la luz de la Luna, o caminar por los mismos sitios que su admirado Verne, era un inmenso privilegio.

Subieron hasta el despacho. La puerta estaba cerrada. Cuando entraron contemplaron el caos que reinaba en el cuarto. Enfocaron con las linternas y observaron todos los papeles del escritor por los suelos, los cajones volcados y algunos objetos personales rotos.

Arthur notó como la ira le invadía por completo. ¿Qué tipo de investigadores eran esos nazis?, se preguntó mientras intentaba revisar las hojas que había desperdigadas por todas partes.

Después de diez minutos de búsqueda infructuosa los dos hombres comenzaban a desesperarse.

—¿Dónde lo habrá guardado ese viejo zorro? —preguntó Arthur en voz alta.

—Tiene que haber una clave o algo que nos lleve hasta el manuscrito —dijo el sargento.

El profesor se quedó pensativo unos momentos. Estaba claro que a Julio Verne le encantaban los acertijos y los misterios; tenía que intentar pensar como él, meterse en su cabeza.

—Pensemos. El libro trata sobre una expedición al centro de la Tierra —dijo Arthur.

—¿Qué objetos hay en la sala sobre ese tema? —preguntó el sargento.

Los hombres echaron una rápida ojeada. En el despacho había escafandras de submarinismo, muchos utensilios marinos y otros objetos personales, pero nada

relacionado con el interior de la Tierra. Arthur examinó detenidamente los cuadros; todos ellos estaban centrados en *Veinte mil leguas de viaje submarino* y en *Cinco semanas en globo*. Hasta que una pintura le llamó poderosamente la atención. Era una especie de jardín de las delicias, parecida a la portada del libro *Viaje al centro de la Tierra*. En la parte inferior del cuadro había una leyenda del propio Verne: «A partir de ahora no viajaré más que en sueños».

—¿Qué quiere decir con esta frase? —preguntó el sargento.

El sargento se aproximó al cuadro y lo enfocó con su linterna.

—¿Que estaba viejo y cansado de viajar? —dijo Arthur confuso—. La cita es del libro de *París en el siglo xx*, una de sus obras inéditas cuando murió; pero este jardín me recuerda a las ilustraciones de *Viaje al centro de la Tierra*.

El profesor no lograba dar con la clave, pero el tiempo apremiaba. Ajenos a todo ello, desconocían que un coche se dirigía hacia la casa a toda velocidad para que el oficial Klaus corroborara la idea que había tenido en la catedral. Aunque lo que estaba empeorando por momentos era la actitud de los dos soldados alemanes hacia Agatha. Uno de ellos intentó besarla, ella le pegó una bofetada, pero el otro la cogió por la espalda y entre los dos la introdujeron en el jardín de la casa. Los soldados británicos reaccionaron rápidamente y cruzaron la calle. Cuando llegaron al jardín vieron a los dos alemanes sobre la mujer. No les costó mucho dejarles fuera de combate, pero la situación comenzaba a complicarse. Tenían que escapar de allí cuanto antes.

Un coche enfiló la calle; sus luces brillaron en medio de la oscuridad de la noche. El motor alertó a los soldados que estaban en el jardín y puso sobre aviso a Arthur, que se asomó a la ventana al ver el resplandor en el cristal.

—Tenemos que salir de aquí —dijo el sargento.

Arthur echó un último vistazo al cuadro. Entonces estuvo seguro de haber encontrado la respuesta, pero era demasiado tarde. El coche de los oficiales nazis se había detenido frente a la verja y ya no podían huir de la casa.

11 DE LA MUERTE

Los dos oficiales descendieron del vehículo y apenas prestaron atención a los guardas. Se dirigieron hasta la casa y abrieron con la llave que habían pedido a la ama de llaves. Mientras subían la escalinata de madera Klaus no podía disimular su euforia. Después de varios meses rellenando informes y dedicando su vida al ejército, por primera vez se sentía revivir.

Arthur y el sargento salieron al pasillo y escucharon los pasos sobre la madera crujiente. Por un momento se quedaron paralizados en medio de la oscuridad, pero después una leve luz al fondo y un susurro les llamaron la atención.

—Por aquí —dijo una voz apenas imperceptible.

Se acercaron hasta la puerta del fondo y observaron a una anciana dama vestida con un camisón blanco y una bata rosada. La siguieron hasta lo que parecía una pequeña biblioteca. La mujer accionó un mecanismo y se abrió una trampilla.

—Esto da directamente al jardín. Mi amo estaba obsesionado con que algún día vendrían a por él los habitantes de Agartha y diseñó esta salida secreta. Tengan suerte y que Dios les acompañe.

Los dos británicos se miraron sorprendidos, pero sin decir palabra entraron a toda velocidad en el túnel que bajaba en forma de espiral hasta el jardín. Cuando salieron detrás de un seto se encontraron a dos soldados alemanes medio desnudos y amordazados; a su lado estaba Agatha, despeinada y con una pistola en la mano.

La mujer se dio un buen susto al verlos salir de la nada y estuvo a punto de disparar, pero el inconfundible rostro pecoso de Arthur hizo que se detuviera a tiempo.

—Tenemos que huir —dijo el profesor mientras salían del jardín.

El sargento se acercó por detrás a sus hombres y les susurró que se deshicieran del chófer del vehículo. Uno de los soldados británicos se acercó al conductor y con una sonrisa le pidió que bajara la ventanilla; le pidió un cigarrillo, pero mientras buscaba en el coche el encendedor le degolló, abrió la puerta y le arrojó al suelo adoquinado de la calle.

Klaus miró el cuadro y sonrió de nuevo. Después señaló con la luz de su linterna el jardín y la frase.

—Esa es la clave —dijo a su amigo.

—No entiendo nada —comentó Hans.

—El viejo zorro ocultó el manuscrito muy bien. Quería leer de nuevo el texto para asegurarme: «A partir de ahora no viajaré más que en sueños».

Hans frunció el ceño e intentó pensar en el mensaje oculto de la frase, pero fue inútil.

—¿No lo entiendes Hans? ¿Cuándo es imposible hacer más viajes? —preguntó Klaus algo impaciente.

—Cuando eres viejo, estás enfermo...

—No, lo único que impide viajar es la muerte, Hans. El manuscrito está en la famosa tumba que le hizo su amigo el artista Dominique Roze poco antes de morir. Tenemos que ir a La Madeleine, el cementerio de la ciudad —comentó Klaus.

El ruido de un motor sacó a los dos oficiales de sus reflexiones. Hans movió los visillos y observó cómo su coche se alejaba calle arriba. Reaccionó rápidamente, pisando entre los papeles caídos y dirigiéndose a la puerta del despacho.

—Alguien más está buscando el manuscrito y me temo que ha llegado a tu misma conclusión —comentó Hans mientras salía al pasillo.

Los dos hombres corrieron escaleras abajo, pero cuando llegaron a la calle lo único que pudieron ver fue el cuerpo inerte de su conductor y las luces traseras del coche. Hans sacó su pistola y la disparó, pero era inútil. Tenían que conseguir un coche cuanto antes y llamar al capitán Neisser para que diera la voz de alarma.

12 HACIA LA INMORTALIDAD

Una de las balas estalló en el cristal trasero y cientos de fragmentos cayeron sobre los soldados y la joven. El sonido de las balas sonó como fogonazos de un pueblo en fiestas, pero nadie se atrevió a asomarse a las ventanas de las casas para ver qué ocurría. El sargento conducía a toda velocidad por las calles desiertas de Amiens sin tener muy claro hacia donde se dirigían. Arthur miró el mapa de la ciudad y le indicó que torciera a la izquierda. Al fondo de la calle vieron un puesto de control y volvieron a torcer a la izquierda.

—¿Cómo evitaremos los controles? —preguntó Agatha, que estaba aplastada entre los soldados en la parte trasera.

—La única manera es saliendo por el puente viejo, por Rue Saint Leu —dijo Arthur, intentando hojear el mapa con la escasa luz de la calle.

El coche entró a toda velocidad por el puente y salió disparado por los aires hasta aterrizar al otro lado, cayendo justo en medio de un puesto de control. Los soldados alemanes apenas tuvieron tiempo de reaccionar. El sargento apretó el acelerador y el vehículo derrapó antes de tomar velocidad y tirar la barrera. Escucharon algunos disparos, pero unos segundos más tarde habían abandonado las calles de la ciudad para entrar en un camino, hasta que vieron una verja sobre un murito de ladrillos.

—Cabo —dijo el sargento con voz cortante—, lleve a dos de sus hombres al encuentro con los miembros de la Resistencia. Tienen que venir a buscarnos dentro de veinte minutos. No creo que tarden mucho en llegar los alemanes —dijo el sargento.

—Sí, señor —contestó el cabo, ocupando el lugar del sargento en el coche.

El resto abandonó el vehículo en la entrada y comenzaron a saltar la tapia, pero Agatha se enganchó con la falda. La mujer intentó liberarse, pero se escuchó un fuerte desgarrón.

—Arthur, ayuda —pidió la joven.

El sargento y el profesor ayudaron a Agatha, que tiró después del vestido dejando la falda más corta. Los hombres se quedaron por unos momentos observando las medias de sus piernas.

—¿Nunca han visto unas piernas de mujer? —refunfuñó la joven.

Los dos hombres reaccionaron y todos corrieron hasta el centro del cementerio. Estaba oscuro y tardaron unos minutos en descubrir la tumba. Una farola cercana alumbraba la figura blanca de Verne que intentaba escaparse de la lápida. Cuando se aproximaron, la tumba pareció darles la bienvenida. La figura de Julio Verne escapaba con el brazo en alto señalando al cielo, mientras su lápida se hacía añicos.

—Parece que Julio Verne no quería estar bajo tierra —bromeó el sargento.

—*À l'immortalité et la jeunesse éternelle* —contestó Agatha.

—«Hacia la inmortalidad y la eterna juventud» —tradujo Arthur—, el famoso epitafio que nunca se puso en la tumba de Julio Verne.

—Será mejor que encontremos el manuscrito —dijo el sargento apremiando a sus compañeros.

Las primeras luces comenzaban a iluminar el horizonte y la estatua parecía brillar con más fuerza. Arthur y Agatha se quedaron mirando la tumba sin saber por dónde comenzar. Examinaron cada detalle, intentaron probar algún resorte, pero no encontraban nada. Después se dirigieron a la lápida. Una sencilla construcción con un gran frontón, coronada con una sencilla cruz.

—Qué tontos somos. Él lo está señalando con su mano. Ayúdeme a subir hasta la cruz —dijo Arthur.

El sargento impulsó al profesor hasta lo alto de la lápida; este se aferró a la cruz y comenzó a moverla circularmente. Cuando la sacó por completo de su interior surgió un manuscrito enrollado. Arthur saltó al suelo y todos corrieron en dirección a la salida. El tenebroso bosque se había convertido en un hermoso jardín, aunque en parte cubierto por la escarcha de la fría mañana.

A lo lejos escucharon pasos y ladridos de perros. Los alemanes habían llegado al cementerio. Los ingleses se escondieron tras un mausoleo y esperaron a que pasaran sus perseguidores. La media docena de soldados alemanes corrieron por el camino hasta la tumba y ellos aprovecharon para dirigirse a uno de los laterales del cementerio, volvieron a saltar el muro y se dirigieron al final del camino. No había ni rastro del cabo y los miembros de la Resistencia. Entonces vieron acercarse un camión; parecía un viejo cacharro que transportaba madera y carbón en dirección a Amiens, pero el sargento vio asomarse entre los cristales a sus hombres. Subieron al vehículo y este se puso en marcha en dirección a Calais.

Les quedaban diez horas para que el barco pesquero saliera del puerto. La ciudad estaba a dos horas y media en coche, pero tendrían que evitar los caminos principales y aquel viejo camión no parecía demasiado rápido, pensó Arthur mientras apretaba el manuscrito protegido en un fino tubo de metal entre sus brazos.

13 LA BÚSQUEDA

Klaus no pudo contener la rabia cuando vio la cruz hueca en el suelo. Esos malditos le habían quitado su trofeo. Apretó los puños y apenas hizo caso a la imponente estatua de su admirado Julio Verne. Hans comenzó a dar órdenes a sus hombres para que registraran los alrededores de la tumba, pero los ingleses ya se encontraban seguros en su camión en dirección a Doullens. De allí partirían a Frévent, después Burbure, y desde allí hasta Calais el viaje sería más directo.

Hans y Klaus regresaron a Amiens para planificar la caza de los ladrones. Una vez en la sede de las SS estudiaron con el comandante de la guarnición y el capitán Neisser las supuestas rutas de fuga.

—Hacia el sur es imposible, se internarían más en Francia y la Francia Libre nos devuelve a todos los disidentes que entran en su jurisdicción. Lo más lógico sería que fueran por Abbeville hasta Le Crotoy o Fort-Mahon-Plage, pero saben que ese es el primer sitio en que buscaríamos. También podrían ir a Dieppe, pero lo más seguro es que se dirijan a Bélgica o a algún puerto cercano a Inglaterra como Calais, Bolungne o Dunkerque —dijo el comandante mientras revisaba el mapa.

—Yo me decanto más por un puerto de la zona norte. ¿Desde cuál pasarían más desapercibidos? —preguntó el capitán Neisser.

—En Dunkerque o Calais, de allí salen cientos de barcos comerciales y pesqueros, el control del tráfico marítimo es mucho más problemático —dijo el comandante.

Klaus señaló con el dedo Dunkerque.

—Necesitamos un avión. Primero viajaremos aquí, después a Calais. Le pido que avise a los puertos para que extremen las medidas de precaución y también en las entradas de las principales ciudades costeras de esa zona —dijo Klaus, mientras su mirada se centraba en el mapa. Después no pudo evitar pensar en aquellos invisibles competidores que le habían robado el manuscrito. No sabían lo obstinado que podía llegar a ser; aquellos papeles eran su pasaporte a una vida tranquila y los encontraría a toda costa.

14 CERCA DE CALAIS

Cuando entraron en Lumbres apenas les quedaban dos horas para tomar su barco. La noche había llegado trayendo lluvia y más frío. El motor del camión comenzaba a calentarse peligrosamente y ellos tenían la sensación de que aunque llegaran hasta Calais sería imposible entrar en la ciudad. Su plan de huida estaba condicionado a la discreción, pero ahora medio ejército alemán les buscaba por todo el norte de Francia y les estarían esperando especialmente en los puertos del país.

—La mejor manera de entrar en la ciudad es que el último tramo lo hagan en bicicleta, en grupos reducidos, para encontrarse poco después en el puerto, justo antes de embarcar —dijo el conductor francés de la Resistencia.

—Nos estarán esperando —comentó el sargento.

—Pero al menos no vigilarán a un par de novios, dos amigos y otros tres hombres que llegan en bicicleta —dijo el francés.

El sargento sopesó el plan antes de dar su opinión; si se dispersaban era más sencillo que algunos de ellos logran escapar, pero Agatha y Arthur no tenían experiencia y caerían rápidamente en manos de los soldados alemanes.

—Yo iré con ustedes, les seguiré de cerca. El resto estarán al mando del cabo —comentó el sargento.

—Me parece una buena idea —dijo Arthur.

Agatha se apoyó en el hombro de su amigo. La cercanía de la muerte le había hecho replantearse muchas cosas, pero ahora se sentía más confundida que nunca. Arthur miró de reojo a la joven. Sentirla contra su cuerpo era el mejor premio de aquel viaje. No le importaba morir junto a ella; después de meses de apatía, había recuperado la ilusión perdida. Poco le importaba encontrarse en mitad de las líneas enemigas, escapando hacía Inglaterra, mientras las SS les pisaban los talones. Lo más importante era sentirse vivo y aquella aventura le había despertado de su largo letargo.

15 EL PUERTO

La ciudad de Calais parecía hervir de actividad. A diferencia de Amiens, las calles estaban repletas de franceses, soldados alemanes y marineros que imprimían a la ciudad una actividad frenética. Para ellos era mucho mejor pasar desapercibidos entre aquella multitud. Antes de llegar al puerto tuvieron que atravesar varios controles. El grupo del sargento pasó sin problemas todas las inspecciones gracias a su perfecto francés, a que no tenían una descripción detallada de ellos y a que no sabían cuántos eran, ni si les acompañaban una o varias mujeres. El grupo del cabo llegó unos minutos después al último control. Todos los soldados estaban algo nerviosos. Aunque no era su primera misión en Francia y sabían lo que tenían que hacer, los soldados con las ametralladoras y los perros les imponían respeto. Los soldados pasaron primero y el cabo entregó los papeles cuando sus hombres ya se habían alejado algunos pasos.

Klaus, Hans y el capitán Neisser acababan de llegar de Dunkerque. No habían encontrado nada. Calais parecía mucho más propicio para una huida, pero los dos oficiales sabían que aquello era como buscar una aguja en un pajar. Miles de personas pasaban cada día por el puerto. Estaban a punto de regresar a su vehículo cuando de repente la suerte les sonrió. Uno de los guardas que los ladrones habían abatido señaló con el dedo a un hombre rubio, de ojos grises y que llevaba un abrigo marrón oscuro. Hans se acercó al hombre y sacó su pistola.

—Se parece al abrigo del hombre que nos asaltó; únicamente pude verlo unos segundos, pero creo que es él —dijo el soldado.

Hans sacó al hombre de la fila. Este levantó las manos, pero Klaus vio cómo hacía una señal. Tres hombres a lo lejos aceleraron el paso.

—¡Son ellos! —gritó Klaus.

Los ingleses comenzaron a correr; el cabo intentó escapar, pero Hans le pegó un tiro en la cabeza.

—¡No los maten, tienen que contarnos lo que saben! —ordenó Klaus.

Corrieron por las estrechas calles del puerto detrás de los fugitivos. En el cruce de una calle dos corrieron a la derecha y otro por la izquierda. Hans, el capitán Neisser y el resto de los soldados alemanes siguieron a los dos fugitivos, pero Klaus siguió al otro hombre.

Agatha, Arthur y el sargento escucharon los disparos a lo lejos y vieron a unos hombres correr. Intentaron mantener la calma y llegar al barco sin ser descubiertos.

Cuando contemplaron el pequeño pesquero llamado Concorde dieron un suspiro de alivio. El barco pintado de blanco y azul parecía un viejo cascarón inservible, pero era su única esperanza de salir vivos de allí.

Se aproximaron al barco y con un silbido llamaron a los tripulantes. Un viejo y barbudo capitán se asomó por la borda. Una densa niebla comenzaba a cubrir el puerto, pero su barba gris y el sucio traje blanco brillaron bajo la luz de su candil de

aceite.

—Suban lo más rápido que puedan. Zarparemos de inmediato —dijo el capitán.

—Pero faltan más hombres —dijo Agatha.

—No podemos esperar ni un minuto más. Los alemanes están registrando todos los navíos —dijo el capitán.

Comenzaron a subir al barco cuando escucharon una voz a su espalda. Uno de los soldados corría hasta ellos. El sargento se detuvo y corrió hasta el soldado, sacó su arma y disparó, errando el tiro.

Klaus se agachó en el último momento, pero logró abatir al hombre que venía hacia él corriendo; después apuntó a los dos fugitivos que se habían puesto a cubierto en medio de la confusión, pero estaban demasiado lejos. Cuando se levantó del suelo, vio el barco y a dos figuras que subían a bordo. Corrió lo más rápido que pudo y les alcanzó justo cuando la mujer ponía un pie en la borda. Tiró de ella y logró derribarla. Arthur agarró a la mujer de un brazo, pero Klaus seguía tirando de una pierna cuando el barco comenzó a separarse del muelle.

—Dame el manuscrito o la chica no subiré a ese barco —dijo Klaus mientras tiraba con todas sus fuerzas.

Arthur observó el rostro horrorizado de la joven, intentó tirar más fuerte, pero la pasarela estaba en el borde del muelle y la chica caería a las heladas aguas del puerto si no hacía algo. Con una mano tomó el tubo metálico y lo levantó en alto.

—Suéltala primero —dijo Arthur.

—No, dámelo tu primero —dijo Klaus.

Arthur lanzó el tubo sobre sus cabezas y el sonido metálico retumbó sobre el suelo empedrado. Klaus dudó unos instantes, miró a los ojos de su oponente y con un gesto de rabia soltó a la chica. Agatha cayó dentro de la cubierta, Arthur lanzó la pasarela al mar y el barco se alejó un palmo más del puerto. Cuando Klaus cogió el manuscrito con sus manos se giró y apuntó a las dos figuras que se movían en la cubierta. Dudó unos instantes, pero cuando comenzó a disparar la niebla ya había devorado al barco y la nada ocupaba su lugar.

—Nos volveremos a ver —masculló el oficial mientras se guardaba el manuscrito bajo su abrigo de cuero negro.

Klaus caminó bajo la densa niebla como una sombra fantasmagórica, mientras sus hombres abatían a los otros ladrones. El proceso se había completado. El profesor alemán, como en el Fausto de Goethe, había vendido su alma al Diablo, un Mefistófeles vestido con el impecable uniforme de las SS, llamado Heinrich Luitpold Himmler.

SEGUNDA PARTE

EL PLAN DE HIMMLER

PRÓLOGO 2

Himmler se colocó las lentes redondas sobre la frente y observó el tubo cilíndrico de color dorado. Estaba herméticamente cerrado, pero en su pulida figura podían observarse dos cosas. La primera era una inscripción con las siglas *J* y *V*, de Julio Verne. Arriba se encontraba lo que parecía una especie de pestaña, pero por más que la accionaba Himmler era incapaz de abrir el tubo.

—¡Maldita sea! ¿Cómo se abre este artilugio del demonio? —preguntó Himmler enfurecido.

Klaus Berg y Hans le miraron algo asustados. El Reichsführer solía mostrarse calmado, pero todos los miembros de las SS temían sus estados exaltados de furia. Desde el comienzo de la guerra Himmler había perdido en parte sus formas cordiales y cada vez parecía un líder más distante e imprevisible. Klaus sabía gracias a Hans que el todopoderoso jefe de las SS había aplazado muchos de sus proyectos por el esfuerzo militar, lo que le mantenía en un alterable estado de ánimo.

—¿Me permite, Reichsführer? —preguntó Klaus con total tranquilidad. Si algo había aprendido en los últimos años era que los tipos como él no tenían nada que temer, porque hacía tiempo que ya lo habían perdido todo.

Himmler clavó sus pequeños ojos azules en los de Klaus y después con una leve sonrisa le cedió el cilindro.

—Este artilugio recuerda a los famosos libros de Julio Verne.

Klaus observó el cilindro. Era de aluminio, pero tenía un gran sello en el que se podían apreciar las iniciales; apretó las dos letras a la vez y el escudo se abrió por la mitad, tiró del tubo y el manuscrito asomó por la parte superior.

Himmler y Hans se aproximaron hasta la mesa y observaron el taco de papeles amarillentos que Klaus se esforzaba por alisar sobre la mesa. En la portada se veía claramente el nombre del autor: Arne Saknussemm.

—Imagino que conocen la historia de Arne Saknussemm —dijo Klaus mirando a los dos hombres.

—Yo pensaba que el manuscrito era de Snorri Sturluson, el famoso escritor de las sagas islandesas del siglo XII —dijo Himmler.

Han miró a su compañero sorprendido. Había sido su alumno en la Universidad de Hamburgo, pero nunca le había oído mencionar a aquel hombre, a no ser que fuera de pasada.

—El pergamino con el texto cifrado es la clave de *Viaje al centro de la Tierra*, aunque no es casualidad que estuviera dentro del libro de Snorri Sturluson —comentó Klaus.

—Nos tiene en ascuas, Herr profesor —dijo Himmler.

—Permítanme que les cuente una vieja leyenda... —dijo Klaus, mientras los otros dos hombres no dejaban de observarle totalmente atentos a sus palabras.

16 LEYENDAS Y CERTEZAS

En el subsuelo de Londres la reunión parecía estancada cuando Mark Preston, el oficial encargado de la Misión Verne, levantó la vista del mapa y se dirigió al profesor Arthur MacFarland:

—Han perdido el manuscrito de Arne Saknussemm, la Gestapo y las SS saben que estamos detrás del mismo objetivo y varios miembros del comando murieron al intentar escapar. Me temo que la misión ha sido un verdadero desastre.

—Visto de esa manera, sin duda, pero hemos descubierto lo que estaban buscando los alemanes —dijo Arthur.

—¿Realmente piensa que los nazis están intentando encontrar un paso al centro de la Tierra? Eso es absurdo, todo el mundo sabe que el centro de la Tierra está a temperaturas altísimas y que no puede haber vida en su interior —comentó el oficial Preston.

—Puede que esté en lo cierto, pero hay miles de leyendas... —dijo Arthur, antes de que el oficial volviera a interrumpirle.

—Los servicios británicos no se crearon para investigar leyendas; nosotros no somos unos lunáticos como los hombres de Himmler y su famosa Ahnenerbe —dijo el oficial.

Agatha, que hasta ese momento se había limitado a escuchar, se inclinó sobre el mapa y señalando Islandia comentó:

—Todas las predicciones de Julio Verne se han cumplido. Desde el invento del submarino hasta la vuelta al mundo en un tiempo record. Julio Verne se basó en las teorías de Charles Lyell y su libro *Evidencias geológicas de la antigüedad del hombre*.

—Lyell no habló de un mundo subterráneo, simplemente dató el origen de la raza humana y describió cómo esta debió haber sobrevivido en los primeros siglos —dijo el oficial muy serio. Él era un neófito en algunos temas, pero había estudiado historia en Cambridge.

—De acuerdo, pero Lyell defendió que el ser humano apareció en la última era glacial, por eso vivía en cuevas. ¿Puede que realmente no viviera en cuevas? ¿Una posibilidad hubiera sido que el hombre viniera del centro de la Tierra, que no estaba helado como la superficie del planeta? —dijo Agatha.

Arthur cruzó los brazos y aspiró la pipa que había encendido unos minutos antes. Después intentó recordar los nombres de los autores que habían hablado de la intratierra.

—El expedicionario norteamericano del Ártico Richard Evelyn Byrd ha afirmado que en uno de sus viajes encontró una posible entrada a un mundo subterráneo, pero no es el único. A lo largo de la historia numerosas leyendas e importantes hombres de ciencia han hablado de esta posibilidad. La propia Biblia siempre ha explicado la existencia de un mundo subterráneo en el que habitarían seres demoniacos, pero

también lo creyeron los griegos. También están los mitos orientales de Agharta y del Shambhala, que hablan del rey de los mundos —comentó Arthur.

—Leyendas, tradiciones religiosas y supercherías pueden valer a los seudocientíficos de las SS y la Ahnenerbe, pero no a nosotros, caballeros —dijo el oficial muy serio.

—Pero, ¿qué dice de científicos como Edmon Halley a finales del siglo XVII, Leonhard Euler o Sir John Leslie? Todos ellos afirmaron la existencia de un mundo hueco en el que se habrían conservado especies primitivas —comentó Agatha.

—En el siglo XIX John Cleves Symmes sugirió que la tierra era un cascarón vacío; hasta el presidente de los Estados Unidos John Quincy Adams preparó una expedición para investigar las ideas de Cleves, aunque al no ser reelegido no llevó la misión a cabo. Hace apenas treinta años, William Reed o William Fairfield Warren hablaron del origen subterráneo de la raza humana —dijo Klaus.

El oficial Preston se quedó algo sorprendido. Aquello no le hacía dudar de las teorías más recientes que parecían demostrar la deriva de continentes, el núcleo incandescente del planeta y el frágil equilibrio que suponía la gravedad, el magnetismo de la tierra y relación con el sol, pero no dudaba de que esos nazis fanáticos pudieran creen toda esa sarta de fantasías.

—En el caso de que existiera una entrada al centro de la Tierra, ¿dónde se encontraría? Si supiéramos eso, podríamos adelantarnos a los alemanes aun sin tener el manuscrito —comentó el oficial.

—Eso es lo más difícil de averiguar, pero si Arne Saknussemm tenía algo que ver, la respuesta podría estar en las sagas islandesas. Conozco a alguien que puede ayudarnos a descifrar este misterio —dijo Arthur sonriente.

—¿A quién? —preguntó el oficial.

—El profesor John Ronald Reuel Tolkien —contestó Arthur.

17 LA HISTORIA DE SNORRI STURLUSON

Klaus había estudiado todo aquello algunos años antes, cuando aún era profesor de literatura francesa en Hamburgo. En las últimas semanas había recuperado algo del prestigio perdido al oponerse a la quema de libros el 10 de mayo de 1933. Por eso el profesor observó el rostro severo de Himmler con seguridad. Aquel fanático y asesino dirigente nazi estaba a sus pies, admirando sus conocimientos sobre literatura francesa y su especialidad en Julio Verne.

—Si recuerda, hablamos de él en el primer encuentro que tuvimos. Snorri Sturluson fue un hombre muy polémico, pero lo que más nos importa son algunos de sus libros y las sagas que reunió. Su obra más importante es la *Edda Menor*. Se ha conservado un códice del 1300 y gracias a él sabemos de qué trata el libro —dijo Klaus.

—¿Ese es el libro al que hace referencia el profesor Lidenbrock en la novela de Julio Verne? —preguntó Himmler intrigado.

—Sin duda. El manuscrito narra la mitología escandinava, sobre todo el diálogo entre el rey Gylfi y tres dioses, pero Snorri murió y el libro quedó inconcluso —comentó Klaus.

Himmler se puso en pie y sin mediar palabra se dirigió hasta la inmensa estantería de caoba que ocupaba una de las paredes del despacho. Tras pasar unos minutos ojeando los estantes regresó con un gran volumen en las manos.

—Camaradas, les presento el facsímil del libro de Snorri; lo he tenido todo el tiempo en mi biblioteca, pero no sabía que era obra suya. El nombre del libro es el *Codex Regius*. Aquí está la Snorri Edda —dijo Himmler dejando el pesado volumen sobre la mesa.

Hans y Klaus se miraron sorprendidos. Nunca habían visto con sus ojos el volumen original ni un facsímil; a ellos les había tocado trabajar con textos extraídos de los originales y editados en el siglo XIX.

Klaus abrió el voluminoso códice y comenzó a repasarlo con avidez. No le importaba el prestigio, la fama o riqueza que le pudiera dar el régimen nazi, lo único que deseaba era sumergirse en aquellos misteriosos manuscritos y revivir la historia que ocultaban.

—Es increíble. La Edda habla de que los antiguos dioses escandinavos eran humanos reales; algunos de ellos escaparon de Troya justo después de su destrucción. Al llegar al norte de Europa fueron tratados como héroes y dioses por su gran sabiduría —dijo Klaus fascinado. Sus ojos recorrían las páginas del libro sin apenas poder parar para explicarle a sus compañeros qué estaba descubriendo.

—Klaus, por Dios, ¿puedes decirnos qué pone? —comentó Hans desesperado.

—Habla de la leyenda del rey Gylfi y como, tras ser engañado por la diosa Esir, intenta llegar a Asgard, pero es engañado y llega a un misterioso palacio en el que

están tres hombres llamados Hár, Jafnhar y Þriðji. El rey tiene que responder a varias preguntas que le hacen esos misteriosos hombres. Fíjense en lo que dice el primer hombre que encuentra el rey Gylfi a la puerta del palacio:

*Todos los umbrales, antes de avanzar,
deben vigilarse:
pues nunca se sabe qué enemigos
se sientan en los bancos.*

Las palabras del poema impresionaron a los otros dos hombres. Hablaba de una puerta peligrosa que llevaba a ese mundo misterioso.

—Según narra la historia, los hombres fundaron Ásgard, que también se llamó Troya. Después narra muchas cosas sobre la creación del mundo, pero lo más interesante es lo que dice del Valhalla —comentó Klaus.

—El Valhalla es el inframundo —dijo Himmler, emocionado.

—Aquí habla de las puertas del Valhalla:

Entonces dijo Gangleri: «Asombroso es lo que me cuentas; enorme debe ser la casa del Valhalla. Gran aglomeración debe formarse ante las puertas»

Entonces responde Hár:

«¿Por qué no preguntas cuántas puertas hay en el Valhalla, o de qué tamaño? Si lo oyes dirás que sería asombroso que no pudiera entrar y salir quien quisiera. Y en verdad hay que decir que no es tan estrecha que se la ocupe al entrar en ella».

Cuando Klaus terminó de leer se hizo un largo silencio.

—Según describe el texto, las puertas del inframundo no deben ser pequeñas. Lo que reafirma la idea de Julio Verne en su libro. Se debe tratar de la entrada a una gran cueva. Posiblemente en Islandia —dijo Hans.

—Discrepo, estimado Hans —comentó Klaus.

—¿Por qué? —preguntó Hans con el ceño fruncido. No le gustaba la importancia que estaba tomando su profesor en el proyecto. Esperaba que Klaus no olvidara que era él quien le había recomendado para su puesto.

—Miren esta última parte:

«Surgirá la tierra de los mares y será entonces verde y bella: crecerán los campos sin sembrarlos. Vivirán Vídar y Váli, y no les dañarán las heridas ni el fuego de Surt, y vivirán en Idavellir, donde antes estuvo Ásgard, y allí vendrán los hijos de Thor, Módi y Magni, y tendrán a Mjöllnir. Vendrán entonces Baldr y Hödr desde el infierno, se sentarán todos juntos y hablarán y recordarán sus runas, y conversarán sobre lo que había sucedido, sobre la serpiente del Midgard y el lobo Fenrir. Entonces encontrarán en la yerba los escaques de oro

que habían pertenecido a los Aesir.

Y en el lugar llamado bosque de Hoddmimir se habrán escondido del fuego de Surt que se llaman así: Líf y Leifthrasir, y comerán rocío. Y de estos hombres vendrá la gran descendencia que habitará todos los mundos.

Y te parecerá extraño que Sol haya tenido una hija no menos bella que ella misma, y seguirá los pasos de su madre».

—No entiendo lo que quiere decir el poema. ¿A qué tierra se refiere? —preguntó Himmler.

—Está hablando del mundo subterráneo; al parecer su entrada estará en una isla que surgirá del mar y será verde —comentó Klaus.

—Islandia sin duda —comentó de nuevo Hans.

—No creo que sea Islandia. Hay seis supuestas puertas al infierno o inframundo: Masaya en Nicaragua, Xibalba en México, Tartarus en Grecia, el monte Hkla en Islandia, el Purgatorio de San Patricio en Irlanda y el Erta Ale en Etiopía —comentó Klaus.

—¿Cuál piensa que es la verdadera puerta al inframundo? —preguntó Himmler impaciente.

—La clave está aquí, en el libro de Arne Saknussemm. Déjenme esta noche para leerlo y mañana podré responder a esa pregunta —contestó Klaus.

—Tiene esta noche para averiguarlo. La expedición seguirá preparándose; antes de dos días tendrán que viajar a su objetivo. No olviden que los ingleses están tras nuestra pista —dijo Himmler.

—Esos británicos no saben nada, sin el libro nunca encontrarán la entrada al inframundo —comentó Hans con una amplia sonrisa.

Klaus prefirió callarse su opinión; se limitó a tomar el manuscrito, volver a introducirlo en el tubo metálico y dirigirse a sus habitaciones en el tenebroso castillo de Wewelsburg, donde el Reichsführer quería construir la capital de su tenebroso imperio de las tinieblas.

18 LA TIERRA MEDIA

El viaje de Londres a Oxford fue muy agradable. La tarde fue una de las pocas luminosas de aquella primavera gris y desapacible. Arthur estaba sentado junto a Agatha, mientras que el oficial Preston se encontraba junto al conductor.

Arthur miró el rostro de Agatha; las pecas destacaban en su piel blanquecina, pero lo que convertía aquella cara en una verdadera obra de arte eran sus grandes ojos verdes y sus labios rosados.

—Gracias por el apoyo —comentó Arthur a la mujer.

Ella se limitó a sonreír mostrando sus perfectos dientes blancos. Él pensó en el libro del *Cantar de los cantares* y el elogio del esposo a la hermosa esposa que le espera ansiosa recorriendo la ciudad. Arthur nunca había sentido nada igual por nadie. Su vida de ermitaño había dejado de tener sentido tras conocerla.

La hermosa ciudad de Oxford comenzó a reflejarse en el cristal del pequeño Datsun de tres puertas. Arthur se había despedido de aquellas adustas fachadas unos días antes, con el temor de no sobrevivir a un salto en paracaídas sobre Francia en plena noche. Ahora estaba de nuevo en lo que él consideraba el corazón de la civilización occidental.

—Será mejor que nos dirijamos directamente a la residencia de los Tolkien; el profesor debe estar en casa antes de dirigirse a su tertulia en el The Eagle and Child —indicó Arthur al conductor.

Diez minutos más tarde el coche paró frente a la modesta casa de los Tolkien. La hiedra cubría la mayor parte de la fachada principal y la desgastada valla de madera sin pintar indicaba que el mundo interior del genial profesor de lengua y literatura impedía a Tolkien dedicarse a los quehaceres naturales de un buen inglés: cuidar su jardín.

Cuando los tres uniformados personajes se pararon frente a la puerta del profesor, Arthur no pudo evitar pensar en la inoportuna visita de Gandalf, el mago que Tolkien había inventado para su libro *El Hobbit*, a Bilbo Bolsón, y que le llevaría a la primera aventura de Bilbo fuera de la tranquila y apacible Comarca de la Tierra Media.

La señora Tolkien abrió la puerta y miró sorprendida a Arthur, al que nunca le había visto con uniforme.

—Estimada Edith, lamento importunarla en plena hora del té, pero necesitamos hablar urgentemente con su esposo —dijo Arthur.

Edith miró de arriba abajo a Agatha. Todos conocían su relación con Arthur, aunque disimulaban con su estereotipada discreción inglesa.

—John está escribiendo en su despacho. No le gusta que nadie le interrumpa. Será mejor que le vean en su despacho mañana por la mañana, creo que tiene una hora libre a las diez de la mañana —comentó Edith, que sabía de los estrictos horarios por los que se regía su esposo.

—Señora Tolkien, es un caso de seguridad nacional —comentó Preston.

A Agatha le pareció divertido el comentario del oficial. No parecía que las fantasías megalómanas de Himmler pudieran suponer un asunto de seguridad nacional, pero sin duda era un argumento de peso para romper con la rutina del profesor.

—Por favor, pasen —dijo la mujer de Tolkien invitándoles a una pequeña sala de estar.

Cinco minutos más tarde Tolkien apareció. En contra de lo que había imaginado Agatha, que apenas le había visto en los jardines de Oxford o en alguna ponencia de la universidad, el profesor era un hombre afable, de amigable sonrisa y siempre dispuesto a charlar. Tenía el pelo cano, peinado hacia un lado, las cejas pobladas y una perenne pipa encendida en los labios.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el profesor sin mostrar el más mínimo atisbo de inquietud.

—Necesitamos que nos diga dónde está la entrada del infierno —dijo Preston sin atender a preliminares.

—Me temo que en este momento el infierno se ha desprendido por media Europa y amenaza a nuestro amado Reino Unido, pero si desean saber algo de este viejo profesor, estaré dispuesto a ir con ustedes hasta las mismas puertas del Averno —dijo Tolkien con su voz ronca pero dulce. Después el cielo volvió a ensombrecerse sobre Inglaterra y todos se dejaron sumir por las palabras del viejo profesor.

19 DESDE LA TORRE

Mientras la noche se imponía al día, Klaus devoraba sin cesar el libro que le había costado tantos desvelos en las últimas semanas. Disfrutaba de cada página de aquellas misteriosas leyendas de las sagas islandesas, como si estuviera destilando el verdadero néctar de los ancestrales dioses arios. Él se consideraba una persona escéptica. Haber vivido durante dos guerras mundiales y una Gran Depresión ponía la fe de cualquiera a prueba. Su ciudad natal no había sufrido los vaivenes de la guerra, pero su padre había muerto en el frente unos años antes del armisticio y su madre, pianista profesional, había tocado en antros de mala muerte para costearle los estudios universitarios. Klaus siempre se había refugiado en los libros, como si fueran el único salvavidas que le quedaba antes de hundirse definitivamente en las oscuras aguas del Rin.

El Valhalla era una construcción parecida al purgatorio cristiano, un lugar de espera en el que se reunirían todos los guerreros germanos hasta la lucha final. El Valhalla, como un inmenso salón de muertos, se encontraba en el palacio de la ciudad de Asgard, gobernada por Odín.

Klaus comenzó la lectura del *Skáldskaparmál* en el que se narraban la formación de los poetas de las sagas, pero al final lo apartó y se centró en el manuscrito encontrado en la tumba de Verne.

Delante de sus ojos tenía el manuscrito en el que se había inspirado el propio Julio Verne para escribir su magnífico *Viaje al centro de la Tierra*.

La lectura enseguida le transportó a la vida del alquimista Arne Saknussemm, que en el siglo XVI fue condenado por la Inquisición y quemado en Roma. Arne, estudioso y químico, había estudiado las sagas islandesas y se había obsesionado desde muy joven por la supuesta entrada al purgatorio o Valhalla. El libro describía que tras diferentes averiguaciones descubrió por dónde se podía entrar al inframundo y llegar hasta el centro de la tierra.

Klaus no pudo dejar de leer en toda la noche. El autor ocultaba en todo momento donde se encontraba la entrada al inframundo, por lo que Klaus supuso que Verne nunca llegó a descubrirlo, aunque daba una pista final:

*Me levanto hoy
Por medio de poderosa fuerza, la invocación de la Trinidad,
Por medio de creer en sus Tres Personas,
Por medio de confesar la Unidad,
Del Creador de la Creación.*

Klaus dejó el libro sobre la cama y se dirigió a la habitación de su compañero. —Hans, ya sé dónde está la famosa entrada del inframundo —comentó Klaus. Hans lo miró sorprendido y le preguntó impaciente.

—¿Dónde se encuentra la entrada?

—En el sitio más insospechado —dijo a su compañero mientras entraba en la habitación para explicarle lo que había descubierto.

20 INCREÍBLES DESCUBRIMIENTOS

Tolkien volvió a aspirar su pipa y una atmósfera cargada se extendió por su pequeño despacho repleto de libros. El viejo profesor acumulaba todo tipo de volúmenes por las estanterías, el suelo y la mesa de color marrón oscuro. En cuanto los inesperados visitantes le comunicaron la razón de su visita, el profesor comenzó a rebuscar entre sus libros. Tardó algo más de diez minutos en reunir media docena de volúmenes y colocarlos en la única parte de la mesa que se hallaba despejada.

—Las puertas del infierno son un tema fascinante. A lo largo de la historia del hombre muchos se han afanado por descubrirlas o simplemente representarlas —comentó el profesor.

—¿Cree que podremos descubrir en qué lugar del mundo se encuentran? —preguntó Agatha algo impaciente.

El profesor la miró con ojos comprensivos. Sabía que la juventud siempre tenía un ímpetu difícil de dominar, pero estaba acostumbrado a tratar con jóvenes todos los días.

—Miren —dijo Tolkien enseñando las láminas de uno de los libros.

—¿Qué simboliza? —preguntó Arthur.

—*La porte de l'Enfer*, una obra del artista francés Auguste Rodin, se encuentran en el museo de Artes Decorativas de París. Son bellísimas, ¿no les parece? Como verán todas las culturas han estado interesadas en descubrir su ubicación, hasta en los Evangelios y el libro de Apocalipsis se habla de este tema. El inframundo ha sido llamado de muchas maneras: «Helheim» para los nórdicos, «Averno» por los griegos, «Gehena» como purgatorio judío, «Infierno» para los cristianos o «Xibalbá» para los mayas —comentó Tolkien.

—¿Por qué esa fascinación por las puertas del infierno? —preguntó Arthur.

—Desde la famosa leyenda de Orfeo y la búsqueda de su esposa Eurícide en la cultura clásica, el hombre ha temido y sentido atracción por el infierno. Los judíos creían que la entrada del infierno estaba en el valle del hijo de Hinom, cerca de Jerusalén. Los romanos creían que su entrada estaba en un cráter cerca de Cumas en Campania, al sur de Italia. Los griegos, sin embargo, pensaban que la puerta estaba cerca de la ciudad de Hierápolis, en la actual Turquía. Los griegos pensaban que en la entrada había un fiero perro llamada Cerbero que impedía la salida del infierno o la entrada de extraños —comentó Tolkien.

Todos parecían fascinados ante las explicaciones del profesor.

—Pero hay muchas más posibles entradas, como el Monasterio del Escorial en Madrid, o la gruta maya de Xibalbá en Belice —continuó Tolkien.

—Hemos encontrado un manuscrito que parece probar que Julio Verne se basó en datos reales para describir su *Viaje al centro de la Tierra*. Al parecer el alquimista Arnes Saknussem existió realmente y dejó escrito un libro en el que explicaba su viaje —comentó el oficial Preston.

—Increíble —dijo Tolkien alzando las cejas.

—¿Sabe si en Islandia u otro lugar hay una posible entrada al inframundo? —preguntó Agatha.

—¿No tienen el manuscrito? —preguntó Tolkien.

—Desafortunadamente, nos lo robaron los alemanes —dijo Arthur.

El profesor se quedó pensativo unos segundos y después tomó otro de los volúmenes del montón. Se puso las gafas y lo ojeó por unos momentos. Después levantó la vista y muy serio les comentó:

—Creo que hay un lugar que puede encajar con lo que buscan —comentó el profesor.

—¿Está en Islandia? —le preguntó Agatha.

—No, hay una leyenda que habla de un sitio así, pero no es allí. Siempre he pensado que se trataba simplemente de eso, pero ahora creo que puede ser una vez más una muestra de que las leyendas esconden una verdad —dijo el profesor Tolkien.

—¿De qué leyenda se trata? —preguntó Arthur.

—Les estoy hablando de la leyenda de San Patricio... —dijo Tolkien mientras cerraba el volumen, dejaba las lentes en el bolsillo superior de su chaqueta y se apoyaba cómodamente en el respaldo.

21 EL PURGATORIO DE SAN PATRICIO

La voz del profesor Tolkien transportó a todos al lejano siglo IV, cuando la isla de Irlanda era un territorio salvaje en el que apenas había llegado la romanización. Arthur y el oficial Preston parecían disfrutar de la narración, pero Agatha se mostraba inquieta, como si todo aquello fuera una verdadera pérdida de tiempo.

—San Patricio fue secuestrado a la edad de dieciséis años y fue llevado como esclavo a Irlanda; tras unos años prisionero logró escapar y regresar a su casa en Escocia. Allí se ordenó sacerdote y regresó años más tarde de nuevo a Irlanda para evangelizar la isla. En Irlanda tuvo que enfrentarse a los druidas, que controlaban los clanes del lugar—comentó Tolkien.

—Lo que no entiendo es qué tiene todo eso que ver con las puertas del infierno —le interrumpió Agatha.

El profesor Tolkien miró a la joven y sonrió.

—Lo más curioso es que durante su predicación San Patricio pidió a Dios que le diera una señal para que los duros irlandeses creyeran. Al parecer, Dios mostró a San Patricio un horrible hoyo en una isla cercana en el que se ubicaba el purgatorio. Los irlandeses temieron tener que vivir en tan horrible lugar y se convirtieron en masa —dijo Tolkien.

—Entonces ese es el lugar, está en Irlanda y no en Islandia como creíamos hasta ahora —dijo el oficial Preston.

—Efectivamente, en una pequeña isleta en Lough Derg, en el condado de Donegal, se encuentra el llamado Purgatorio de San Patricio. En la isla hay un monasterio que data del siglo XII, fundado por una orden de agustinos. En el monasterio hay un hospital para peregrinos y desde allí los fieles podían visitar la entrada al Purgatorio —comentó Tolkien.

Escucharon cómo alguien llamaba al timbre de la casa y todos se sobresaltaron. Luego se oyeron unas voces y unos pasos que se dirigían hasta el despacho. Llamaron a la puerta y entraron sin esperar permiso.

—Disculpen la molestia; insistí a Edith en que volvería en otro momento, pero pensó que a lo mejor podía ayudarles —dijo el hombre.

—Pase, profesor Lewis, usted es irlandés y medievalista. Nadie conoce mejor que usted la historia de San Patricio —dijo Arthur.

—Arthur, que sorpresa. Creíamos que no volveríamos a verle en una larga temporada —comentó Lewis.

—Hemos tenido un contratiempo. Ya le he comentado al profesor Tolkien que buscábamos la puerta del infierno y... —comentó Arthur.

—No me lo diga, están hablando del Purgatorio de San Patricio. Un lugar singular, sin duda —dijo C. S. Lewis.

—¿Qué puede contarnos de ese lugar? —preguntó Agatha más animada.

Apreciaba al profesor Lewis, menos moralista que el resto de sus compañeros de la universidad.

—Imagino que el profesor Tolkien les ha hablado del *Tractus de Purgatorio Sacti Patricii* —dijo Lewis.

—No me ha dado tiempo —se disculpó Tolkien.

—El libro es del siglo XII, y está escrito por un monje cisterciense llamado Henry. En él se narra el viaje de un caballero irlandés llamado Owien, que adentrándose por la cueva del purgatorio viaja hasta el paraíso terrenal. Siempre pensé que el bueno de Julio Verne se inspiró en este libro para escribir su famosa novela *Viaje al centro de la Tierra* —dijo Lewis.

—¡Increíble! —exclamó el oficial Preston. Aquello era mucho más de lo que esperaban.

—El texto está dedicado al abad Hugo de Sartris. El manuscrito tiene seis partes. En la primera se narra la historia de San Patricio y cómo Dios le muestra la entrada del purgatorio para ayudarle. En la segunda, Owein narra cómo al entrar en la cueva llegó a un gran campo en el que había una sala que parecía un claustro. Allí le recibieron quince monjes de ropas blancas. Estos hombres aconsejaron a Owein cómo debía continuar su viaje sin temor a perecer. Unos demonios intentaron atrapar al caballero mientras se introducía en las profundidades. Owein atravesó varias llanuras, en las que las almas sufrían por causa de sus pecados, torturados por demonios. Más tarde llegó a un gran río de fuego...

—Debía tratarse de lava —le interrumpió Agatha.

—Al parecer, debajo del río estaba la entrada al infierno, pero Owein encontró un puente estrecho con el que atravesar el río. Al otro lado del puente el peregrino encuentra el paraíso terrenal. Allí dos arzobispos le llevan a través de una tierra repleta de flores y todo tipo de árboles hermosos. Los dos arzobispos llevan al peregrino hasta la puerta del cielo. Owein se queda de nuevo solo y se siente agotado, pero un maná del cielo le alimenta. Al final regresa de nuevo a la superficie —comentó Lewis.

Todos permanecieron unos segundos en silencio y después Arthur se puso en pie y totalmente entusiasmado dijo:

—Ya sabemos dónde está la entrada a la Tierra Hueca o el Inframundo, y lo mejor de todo es que se encuentra en territorio británico. Llegaremos antes que los nazis.

—No será tan sencillo, la isla está en territorio de Irlanda, no en Irlanda del Norte. El condado de Donegal no es territorio británico. Nuestra misión tendrá que ser secreta —dijo el oficial Preston.

—No olviden que hay algunos elementos del gobierno irlandés cercanos al régimen nazi; piensan que de esa manera podrán recuperar el norte de la isla —dijo Tolkien.

—Pues tendremos que ponernos en marcha esta misma noche —comentó el oficial—. Les pido la máxima discreción. No les cuenten a nadie nuestra

conversación.

—No lo dude, seremos una tumba —contestó Lewis.

—Muchas gracias por su colaboración —dijo Arthur.

—Será mejor que ante de irse tomen algún ejemplar del libro que les he comentado. Me temo que, en contra de lo que hemos creído durante siglos, ese viaje sí tuvo lugar —dijo Lewis.

—Lo haremos —comentó Agatha.

Mientras Arthur y sus compañeros abandonaban la residencia de los Tolkien, a miles de kilómetros de allí los hombres de Himmler se preparaban para enviar un avión a Dublín. Los servicios de inteligencia de las SS ya se habían puesto en contacto con las autoridades irlandesas y habían pedido su permiso para una expedición arqueológica al norte de la isla. El tiempo corría en contra de los ingleses. El plan de Himmler parecía estar a punto de volverse realidad.

22 EL TRÉBOL DE LA SUERTE

Cuando el avión aterrizó en el aeródromo de Dublín, dos oficiales del ejército de Irlanda pidieron la documentación a los pasajeros. El equipo de la Ahnenerbe estaba compuesto por diez personas. Además de Klaus y Hans, que eran los directores de la operación científica, estaban el oficial Dietmar Rudel, el científico Lukas Peitz y la paleontóloga Bárbara Sigfried, además de cinco soldados rasos de las SS.

Los soldados irlandeses llevaron a los diez miembros del equipo a uno de los hangares cercano. Allí les esperaba el comandante Aidan Kelly. La sala estaba en penumbra, excepto la mesa, alumbrada por una pequeña lámpara.

—Bienvenidos a Irlanda; espero que su estancia entre nosotros sea de su agrado —dijo el comandante Kelly.

—Gracias, comandante. Nuestra misión es pacífica y apenas durará un par de semanas. La paleontóloga Bárbara Sigdrid tiene la intención de analizar algunos fósiles en la isla de Station —comentó el teniente Rudel.

—Me sorprende que haya algún yacimiento de dinosaurios en esa zona. En cuanto he hablado del caso con varios especialistas se han mostrado interesados en participar en su expedición. Naturalmente les he dicho que no. Mi gobierno espera su ayuda cuando nuestra amada Inglaterra sucumba —dijo sarcásticamente Kelly.

—Gracias de nuevo, comandante —contestó Rudel.

—Lo único que sí les pediré es que lleven a dos soldados. Ellos pueden ayudarles con los monjes de la isla y es mi salvaguarda si alguien me pregunta por ustedes —dijo el comandante Kelly.

Klaus frunció el ceño. Conocía suficiente inglés para entender las palabras del irlandés.

—Será un placer llevarlos con nosotros —dijo Rudel.

—Bueno, pueden despegar. Ya les han llenado los tanques de combustible y alimentos. Espero que disfruten de la isla —dijo el comandante saludando al oficial de las SS.

El grupo se dirigió de nuevo al avión. Klaus sentía que perdía el control de la misión, pero apenas había podido compartir sus inquietudes con Hans, aunque a él también le veía distante desde su regreso a Alemania. Himmler le había ascendido y le había concedido el mérito del manuscrito de Julio Verne, pero de alguna manera tenía que volver a acercarse a Hans.

Cuando estuvieron de nuevo en el aparato, Klaus se aproximó al asiento de su amigo y le dijo:

—Tenemos que hablar.

Uno de los soldados se les quedó mirando. Klaus se percató y se sentó en la parte trasera, junto a la mujer. Bárbara era una mujer hermosa, con el pelo rubio y unos grandes ojos azules.

—Es un privilegio ir con ustedes en este viaje. Si logramos descubrir fósiles de

dinosaurios ahí abajo daremos un paso de gigante en las ciencias paleontológicas, aunque lo realmente maravilloso sería descubrir alguno vivo. ¿Cree que puede haber un microcosmos bajo la superficie terrestre? —preguntó Bárbara.

Klaus tenía la cabeza en otras cosas, pero intentó apartar las ideas negativas de su mente y responder a la mujer.

—Si lo que relata Julio Verne en su libro es cierto, estamos ante el mayor descubrimiento científico de la historia. Aunque lo que yo busco realmente es demostrar que el genial escritor francés una vez más estaba en lo cierto.

—Entiendo su fascinación por Verne. Yo nunca había leído ninguna de sus obras, pero ya he empezado a hacerlo —comentó la mujer sacando de uno de los bolsillos de su uniforme un pequeño ejemplar de la edición alemana de *Viaje al centro de la Tierra*.

—Es mi obra favorita, espero que disfrute de la lectura. Bajo tierra tendremos poco tiempo, pero aún quedan dos horas para aterrizar en algún punto cerca del lago de Derg —comentó Klaus mientras se colocaba la manta color caqui y se recostaba en el asiento del avión.

Mientras el aparato surcaba la noche sobre las bellas praderas de Irlanda, en Inglaterra el equipo de Arthur MacFarland se disponía a cargar sus equipos en el transporte que les llevaría hasta Irlanda del Norte.

23 STATION ISLAND

El avión aterrizó en Castleberg, en zona británica. La misteriosa isla en la que se encontraba el Purgatorio de San Patricio estaba a unas pocas millas del territorio británico. Los caminos no solían estar vigilados, por lo que llegar hasta ella no debía suponerles una gran complicación.

El equipo estaba compuesto por Mark Corvey, paleontólogo de la universidad de Cambridge, Robert Lee, oficial del ejército y espeleólogo profesional, y otros cuatro soldados que habían sido mineros antes de la guerra. El oficial Lee estaba al mando, aunque Arthur y Agatha dirigían la parte técnica de la expedición.

En Castleberg les esperaban tres vehículos que les llevarían hasta la frontera, aproximadamente a un par de millas del embarcadero que llevaba a la isla; ellos, sin embargo, tenían previsto cruzar en lanchas neumáticas, por si los alemanes habían llegado antes.

Cuando los soldados comenzaron a montar las balsas para cruzar el lago, Arthur se entretuvo mirando la isla con sus prismáticos.

—¿Cómo es? —preguntó Agatha.

—No te lo crearás, pero está totalmente edificada. Hay varias capillas, una especie de fortaleza y una torre octogonal. Será difícil pasar desapercibidos... —dijo Arthur.

—Iremos de noche —comentó el teniente Lee.

—¿De noche? ¿No será peligroso cruzar el lago sin luz? —preguntó Arthur, que a su temor a los aviones añadía su fobia al agua.

—No se preocupe, en menos de una hora estaremos en la isla —dijo el teniente Lee.

—¿Alguien ha entrado alguna vez en esos túneles? —preguntó Agatha.

Mark Covey se acercó al grupo y comentó:

—La Iglesia Católica lleva prohibiendo la apertura de la entrada que lleva al Purgatorio de San Patricio desde hace más de doscientos años. No sabemos lo que nos vamos a encontrar. Aunque seguramente serán cuevas similares a las que se encuentran en el otro lago. Mi duda es hasta donde se extienden los túneles. No olvidemos que la mayor parte del tiempo estaremos bajo un lago y que si los túneles son muy largos podríamos encontrarnos debajo del océano durante la mayor parte del viaje.

Las palabras de Covey pusieron francamente nerviosa a Agatha, pero intentó hacerse la fuerte. Al menos podría ver las viejas inscripciones de la iglesia y la entrada al Purgatorio. Si alguien había pasado antes por esos túneles también podría descubrir algunas inscripciones interesantes. A pesar de los peligros aquel viaje no dejaba de ser apasionante. Por nada del mundo se lo habría perdido.

Arthur la miró de reojo. Seguía profundamente enamorado de ella. No se alejaría de Agatha, aunque tuviera que llegar al mismo infierno para estar a su lado.

24 LA BOCA DEL INFIERNO

Klaus se quedó impresionado cuando el barco a motor atracó en el pequeño embarcadero: el famoso santuario de Donegal. Además de los edificios medievales del antiguo monasterio, en el siglo XVIII se había añadido una gran iglesia y un hospicio.

En las últimas horas, Klaus había leído algunas cosas sobre la isla y la leyenda de San Patricio. Entre esos documentos había encontrado la leyenda de Owein que le había fascinado por su parecido al relato de Julio Verne, aunque algo le inquietaba. Según el relato de Owein, a los treinta días de su salida del purgatorio murió misteriosamente. Otro de los escritos que había leído era un misterioso relato en italiano de un piamontés llamado Giordano da Vicopisano. El relato del italiano hablaba de un caballero llamado Nicolás que en tiempos del rey Esteban pidió permiso para entrar en la cueva. El relato es muy parecido al de Owein; en él Klaus leyó sobre unas misteriosas agujas con la que se torturaba a los hombres, y también describía inmensas ruedas de largos radios. El relato también hablaba de lagos de fuego y lagos de agua fría.

—¿Qué piensas? Ayúdanos a bajar el equipo antes de que se haga de noche —comentó Hans, sacando a Klaus de sus pensamientos.

Acercaron el equipo a la entrada de la iglesia. Un grupo de monjes salió del monasterio asustado al ver a los soldados, pero al observar que eran alemanes empezaron a correr de nuevo al monasterio. Los soldados irlandeses les tranquilizaron, pero les pidieron que no salieran del edificio.

—Malditas ratas religiosas —dijo Hans, que como la mayoría de los nazis abominaba de los religiosos.

—Centrémonos en nuestra misión —comentó el oficial Rudel—. Yo soy el experto espeleólogo y quiero que escuchen unas instrucciones básicas. Estos son los cascos, es importante que los lleven en todo momento; si hubiera cualquier desprendimiento protegerán sus cabezas. La linterna del casco se enciende moviendo la palanca, tenemos baterías suficientes para veinte días. También llevamos linternas de mano y un par de las de petróleo, por si el viaje es más largo de lo esperado. Aunque pude que encontremos aguas subterráneas, será mejor que racionemos el agua lo más posible. También los alimentos. Únicamente tomaremos muestras de rocas o fósiles imprescindibles. Tenemos que ir ligeros de peso. Podemos tomar todas las fotos que necesitamos. Nadie irá solo a ningún sitio, ni siquiera a orinar. Nadie se adelantará ni quedará atrás. Si uno resulta herido, tendremos que dejarlo en los túneles. ¿Han entendido las instrucciones?

Todos asintieron con las cabezas.

—¿Qué haremos con los soldados irlandeses? —preguntó uno de los soldados aprovechando que estaban lejos.

—No desharemos de ellos cuando llevemos diez horas de camino. Si nos preguntan diremos que fueron aplastados en un derrumbamiento —dijo Rudel.

Los soldados irlandeses abrieron la puerta y entraron en el santuario. Se dirigieron a una cripta debajo del altar mayor y juntos descendieron por unas escaleras de piedra hasta la sala en la que se encontraban los restos de varios abades.

—Hay un pozo en el exterior, pero esta entrada es mucho más grande. Por los informes que me han dado, debe tratarse de la chimenea de algún volcán que lleva inactivo más de 1500 años. El descenso por las paredes de la chimenea puede ser de mil o dos mil metros. Primero bajará uno de mis hombres y nos avisará de la profundidad —comentó Rudel.

—Espero que los túneles de ahí abajo sean muy anchos —bromeó Klaus.

Rudel le miró de reojo y con un gesto hosco pidió a sus hombres que abrieran el enorme portón de madera. Cuando las dos inmensas hojas fueron removidas observaron algo parecido a un lago negro. Su perímetro era de más de cinco metros cuadrados y tenía forma ovalada. Uno de los soldados lanzó una bengala y su luz iluminó el inmenso foso. Después la lanzó al vacío y observaron cómo caía por el abismo. Tardó un par de minutos en golpear contra el suelo. Todos se miraron sorprendidos; no estaban seguros de que allí abajo se encontrara el purgatorio, pero ahora no dudaban de que estaban a punto de meterse en la misma boca del infierno.

25 A CINCO HORAS DE CAMINO

Dejaron pasar cuatro horas desde que las luces de los alemanes se vieron en la isla hasta que tomaron las lanchas inflables y atravesaron el lago. Aquella noche era de intensa luna llena y cielo despejado. El reflejo de la luz en las aguas les hizo pensar que aquel lugar en medio de la nada era realmente mágico. Arthur se acordó de su padre y sus interminables días de pesca. De aquellas salidas nocturnas venía su fobia al agua y los lugares cerrados. Una mañana que salieron a pescar al mar la barca de su padre se encalló y los dos cayeron al agua. Arthur intentó sacar a su padre inconsciente del agua pero no pudo con él. Nadó con todas sus fuerzas para no morir ahogado y llegó a una zona escarpada; se refugió en una cueva, pero la subida de la marea comenzó a arrinconarle. Tuvo que introducirse en la cueva, pero el agua llegó a cubrir casi hasta el techo de la misma, pasando dos horas con la nariz en el único hueco que había dejado libre la marea.

Cuando llegaron a la isla se dirigieron directamente a la capilla sin encontrarse a nadie por el camino. Bajaron a la cripta y vieron las puertas abiertas del Purgatorio de San Patricio. Una cuerda sujeta en una argolla de hierro oxidado era el único resto que habían dejado los alemanes de su paso por el pozo.

—Parece muy profundo —comentó el oficial Lee.

—Espero que podamos salir de ese agujero —dijo Arthur.

Los soldados comprobaron las cuerdas; parecían seguras. Después descendió el primer soldado después de encender la linterna de su casco. Poco a poco fueron bajando todos los componentes del comando hasta el oficial Lee, que fue el último.

El pozo caía hasta unos dos mil metros, una gran altura; en la base había una única galería muy ancha que parecía descender de manera moderada y después más intensa. Caminaron durante cuatro horas por la galería. Se podía respirar bien, no había ni rastro de los alemanes y al ser la única galería, no había posibilidades de perderse. Eso tranquilizó en parte a Arthur, que comenzó a respirar con calma y concentrarse en el camino.

—Vamos en dirección suroeste —indicó Lee.

—Entonces no caminaremos debajo del océano —comentó Arthur.

—Bueno, me temo que eso es difícil de determinar —dijo Mark Corvey.

—Sin duda, pero apenas llevamos unas horas de camino. El túnel desciende e imagino que al menos tardaremos un par de días o tres en llegar a alguna parte, si es que hay algo aquí abajo —comentó Lee.

Mientras seguían el sendero, Arthur intentó pensar en cómo se habrían sentido los viajeros que les habían precedido. Ellos llevaban un equipo avanzado, comida y medicamentos, pero los viajeros que les habían precedido debieron hacerlo en situaciones mucho más desfavorables.

—Espero que encontremos ese mundo maravilloso —le dijo Agatha al ponerse a su altura.

—Nunca pensé que viviría una aventura parecida a la que describía Verne en su libro —contestó Arthur.

—¿Te imaginas un viaje a la Luna? —le preguntó Agatha.

—Eso es mucho más difícil. Hemos conseguido surcar los cielos, pero salir del planeta parece casi imposible —le contestó.

—Lamento lo que pasó todos estos meses —dijo Agatha.

—Yo también. No me he portado muy bien contigo. El mundo académico es demasiado cerrado y todo el mundo chismorrea. No merecías ser la comidilla de todo Oxford —dijo Arthur.

—Creo que también hablaron de ti —bromeó Agatha.

—Sí, pero en este mundo la gente es mucho más dura con una mujer. Quiero que sepas que sigo queriéndote. Entiendo que no quieras saber nada más de mí, pero no puedo dejar de amarte. Eres lo mejor que ha pasado en mi vida —dijo Arthur intentado disimular la angustia que le invadía.

—Podemos ser amigos de nuevo. ¿Estás de acuerdo? El tiempo dirá que sucede. Mientras dure esta guerra, la vida de todos nosotros depende de un hilo —dijo Agatha.

—Nos concentraremos en salir con vida, pero luego te pediré la mano. No deseo vivir la vida si no es a tu lado —comentó Arthur.

El reflejo de los ojos de Agatha bajo el potente foco del casco pareció brillar con más intensidad. Arthur observó aquellas dos esmeraldas que le miraban y supo que lucharía con todas sus fuerzas por salir con vida de allí. Una vez había escapado de la Francia ocupada; sería capaz de sacarla de las mismas entrañas de la tierra y devolverla a la superficie, aunque tuviera que morir en el empeño.

26 UN DÍA EN LAS TINIEBLAS

A medida que las horas pasaban monótonas en las entrañas de la tierra, Arthur pensaba en cómo el cuerpo comenzaba a acostumbrarse al ritmo de descenso y al tenebroso paisaje de túneles que se sucedían interminablemente. Lee era el que indicaba los tiempos de descanso, las comidas y las raciones de agua que debían comer. La mayoría de ellos ya habían perdido sus ritmos biológicos habituales, pero continuaban comiendo y durmiendo por inercia.

Los túneles se estrechaban a medida que descendían y el calor comenzaba ser molesto, pero eso no parecía preocupar a Lee ni a sus hombres. Los mineros estaban acostumbrados a esas condiciones extremas.

Cuando se sentaron a comer, Agatha aprovechó para hacerle algunas preguntas al oficial.

—¿Aumentará la temperatura a medida que sigamos descendiendo? —preguntó la mujer.

—Hay diferentes teorías al respecto. Una conocida como la gradiente geométrica defiende que a medida que nos acercamos al núcleo la temperatura sigue creciendo. Según esta teoría el centro de la tierra puede superar 6.700 grados centígrados —comentó Lee.

—Es increíble; eso significa que si continuamos el descenso terminaremos en un verdadero horno —dijo Agatha.

—Estamos hablando de miles de kilómetros de profundidad. El radio de la tierra tiene 3.500 kilómetros. Todavía nos encontramos en la corteza y no creo que lleguemos al manto superior. Si fuéramos más abajo del manto superior es cuando podríamos tener problemas —comentó Lee.

—¿Cómo sabemos en qué parte estamos? —preguntó de nuevo Agatha.

—Para su tranquilidad le diré que primero deberíamos pasar la litosfera, después la astenosfera. Para que se haga una idea, el descenso debería de ser de entre treinta y setenta kilómetros. Puede que hoy hayamos descendido dos o tres —comentó Lee.

—Nos queda una larga distancia, pero tengo entendido que la corteza oceánica es más fina, apenas de unos 6 a 12 km —dijo Arthur, que hasta ese momento había estado en silencio.

Lee se quedó se quedó callado. Le molestaban las preguntas de los dos civiles. Él era el responsable del descenso y sabía perfectamente lo que hacía.

—Es difícil determinar lo que podemos encontrarnos. Ya iremos actuando según las circunstancias —dijo Covey, cuya experiencia en cuevas era amplia por su trabajo como paleontólogo.

—De todas maneras, nuestras provisiones no dan para más de cuatro días de descenso —dijo Lee—. Al cuarto día, si no hemos encontrado nada, volveremos sobre nuestros pasos. El ascenso siempre es más duro que el descenso.

—Será mejor que aprovechemos el tiempo —comentó Covey.

Descendieron durante dos horas antes de dormir. Aquel primer día había sido duro y todos se quedaron dormidos casi al instante.

27 PRIMERA INCERTIDUMBRE

Una de las dudas que asaltaron a Klaus tras dos días de descenso fue la posibilidad de que se quedaran sin oxígeno. Esa duda comenzó a asaltarle y a veces sentía como si le faltara el aire. Tras dos días bajo tierra sin ver la luz del sol, parecía que nunca más saldrían de ese lugar apartado y oscuro del mundo.

Hans parecía algo más tranquilo que su compañero, aunque al ser un hombre de letras como su profesor no dejaba de pensar en los peligros a los que se enfrentaban. Una cosa era leer plácidamente en el salón de tu casa una novela de aventuras y otra muy distinta meterse dentro de ella.

Dietmar Rudel, Lukas Peitz y la paleontóloga Bárbara Sigfried parecían totalmente inmunes al temor y la angustia. Apenas hablaban, no se quejaban e incluso parecían disfrutar del viaje.

Klaus lo había pasado muy mal el día anterior. Tras retrasar el asesinato de los soldados irlandeses, Rudel mandó a dos de sus hombres que los entretuvieran en el fondo del túnel y allí mismo los degollaran. Klaus no había visto cómo los mataban, pero había escuchado sus gritos desesperados. Aquello le recordaba que seguía perteneciendo al club del mal y eso no le gustaba. No se consideraba un santo; en su época de estudiante, justo al finalizar la Gran Guerra, había pertenecido a grupo de extrema izquierda que había cometido todo tipo de atropellos en Hamburgo, pero nunca le gustó hacer daño a nadie y abominaba de aquella etapa fanática de su vida.

—Profesor Klaus, según el libro de Julio Verne, ¿cuántos días de descenso pasaron hasta llegar al centro de la Tierra? —preguntó Bárbara, poniéndose a su altura.

Klaus se sonrojó, pero la luz de las linternas le protegió del ridículo. Tras su expulsión de la universidad había procurado hacer una vida de ermitaño. Sin trabajo ni futuro, no se atrevía a pedir a una mujer que compartiera el resto de su vida con él.

—No nos servirá mucho la referencia. Sí es cierto que el viejo alquimista que describe Verne entró por las cumbres de Sneffels, que estaban a unos cinco mil metros de altura; nosotros hemos entrado casi al nivel del mal —dijo Klaus.

—Eso es cierto —comentó Peitz—, el tiempo se puede reducir en casi un día de descenso.

Peitz parecía el típico científico callado. En cierto sentido era el más parecido a Klaus; él también estaba en el viaje por estrictas razones científicas. No tenía ningún interés en medrar en el régimen nazi, aunque Hitler y su lugarteniente Himmler eran conscientes de cómo manipular a ese tipo de personas.

—Lo cierto es que Verne habla de diez días de descenso —comentó Hans uniéndose a la conversación.

—¡Maldición! Nuestras provisiones son para cinco o seis días de descenso —dijo Peitz. Todos se quedaron sorprendidos por su reacción.

—No se preocupen, el agua es lo que más escasea, pero tenemos comida para

diez días de descenso si es necesario. Seguro que encontramos alguna fuente subterránea —dijo Rudel.

Las palabras de Rudel no tranquilizaron a Klaus. Si conseguían agua para descender durante diez días, eso no aseguraba que consiguieran agua para ascender. Tenía cuarenta años, una vida miserable y nadie le echaría de menos si muriera, pero él continuaba aferrado a la vida. Klaus era del tipo de hombre que pensaba que al final las cosas terminarían arreglándose y no le faltaba del todo razón.

28 DESCENSO PELIGROSO

Hacia tres días que habían hallado los cuerpos de dos soldados irlandeses. Aquel triste descubrimiento les había confirmado que iban en la buena dirección, pero también el tipo de enemigos a los que se enfrentaban. ¿Qué harían cuando se encontraran con ellos cara a cara?, pensó en ese instante Arthur. De alguna manera, a tantos metros bajo tierra, a todos se les olvidaba que estaban en guerra y que competían por algo más que por un descubrimiento científico. Después de enterrar los cuerpos con piedras y hacer una breve oración, continuaron el viaje sin comentar lo sucedido.

La monotonía de cada día únicamente se rompía en las livianas comidas y las horas de descanso. Nadie se quejaba, tampoco parecían asustados, aunque Arthur cada vez sentía más claustrofobia. Intentaba quitarse de la cabeza cualquier idea que le hiciera pensar que encima de él había cientos de miles de litros de agua o roca.

Al comienzo del cuarto día, cuando comenzaban a tener dudas de continuar con el descenso, algo sucedió. Caminaban por un túnel algo estrecho, muy empinado y en el que corría un ligero hilo de agua negra. El suelo estaba algo resbaladizo y por ello intentaban ir despacio. En un punto la cuesta era tan empinada que les costó no deslizarse como en un tobogán.

Agatha perdió el equilibrio y comenzó a descender a toda velocidad. La mujer intentó aferrarse a las paredes del túnel, pero lo único que consiguió fue desgarrarse las palmas de las manos. La joven gritaba mientras su cuerpo tomaba velocidad. Un poco más abajo el túnel se dividía en dos; Agatha vio que se iba a chocar justo en el centro e hizo un esfuerzo por girar el cuerpo, que siguió deslizándose por el túnel derecho, hasta desaparecer.

Arthur y Covey se lanzaron por el túnel a toda velocidad. Descendieron con mucha fuerza, a veces golpeándose con las paredes de roca. Al llegar a la bifurcación continuaron por la frontal. Allí el tobogán natural se convertía de nuevo en un túnel más amplio de casi tres metros de altura. Caminaron durante dos horas sin encontrar a la mujer. Cuando el resto del grupo se reunió con ellos, las esperanzas de encontrar a Agatha parecían disminuir por momentos.

—Debió seguir descendiendo por el túnel lateral —comentó Lee.

—Eso significa que estamos a cuatro horas de ese punto, si ha seguido descendiendo, la distancia de ida y vuelta podría ser de ocho horas —comentó Covey.

—No podemos retroceder. Nuestras provisiones son limitadas y el agua está comenzando a escasear —dijo Lee

—Yo iré a por ella —comentó Arthur.

—Usted es el especialista en Verne, no podemos perderle. Si se marcha, las horas de distancia seguirán aumentando, ya que nosotros continuaremos el camino —comentó Lee.

Arthur se puso furioso, se levantó y tomó su mochila. Dos soldados le detuvieron

y le obligaron a sentarse.

—¿En qué nos diferenciamos de esos nazis? ¿Son capaces de dejar a una mujer posiblemente herida a su suerte? —preguntó Arthur.

—Buscarla puede suponer la muerte de todo el grupo —dijo Lee.

—Nuestra vida no vale nada si no somos capaces de sacrificarla por los demás —contestó Arthur.

—Entiendo sus sentimientos, pero la vida de Agatha tiene el mismo valor para mí que la de uno de mis hombres. Si le dejo ir, nos ponemos a todos en peligro, si mando a uno de mis hombres, le enviaré a una muerte segura —dijo Lee.

El profesor Arthur se llevó las manos a la cara para aguantar las lágrimas, después se tranquilizó poco a poco. Sabía que el oficial tenía razón. No podían hacer nada por ella sin ponerse todos en peligro.

Las siguientes horas fueron más fatigosas de lo normal. Todos se sentían desanimados, lo único que les mantenía constantes era la determinación de que la posible muerte de Agatha no hubiera sido en vano.

Al quinto día, tras casi veinticuatro horas sin saber nada de la joven, llegaron a una inmensa cueva que brillaba bajo la luz de las linternas. Aquel gran templo subterráneo, forrado de cuarzo, les hizo tener la primera sensación de que estaban acercándose a algo grande.

29 LA GRAN BÓVEDA

Después de un día entero atravesando la gran bóveda de cuarzo, los alemanes comenzaron a sospechar que no llegarían a ninguna parte. Era triste, pero tras seis días de viaje no habían descubierto ni un indicio de que fueran por el camino correcto. Pero lo peor de todo era que no habían encontrado agua.

Rudel pidió a sus hombres que se sentaran sobre las rocas y comenzó a comunicarles sus decisiones.

—Caminaremos un día más; será el séptimo que pasamos bajo tierra. Nos arriesgamos a no tener suficiente agua para la vuelta, pero debemos llegar al otro extremo de esta inmensa bóveda y descubrir si hay realmente un mundo interior. No sé qué nos esperará a la salida. Puede que la muerte, ya que tenemos órdenes de no regresar sin el descubrimiento del inframundo. No quiero engañarles. Si no encontramos la tierra hueca estamos muertos —dijo Rudel muy serio.

Las palabras del oficial no sorprendieron a Klaus. Los nazis, y en especial las SS no eran un club de excursionistas. Creían que la palabra «imposible» no existía, ni tampoco la palabra «rendición». Él intentaba relacionar aquella sala con algo descrito por Verne o el manuscrito de Ame Saknussem.

Caminaron aquella jornada sin muchas esperanzas de encontrar agua o algún resto de los anteriores exploradores. Al final de la gran sala el túnel se volvía a estrechar. Rudel estaba a punto de pedirles que dieran la vuelta, cuando Bárbara gritó algo:

—¡Agua! ¡Miren al fondo del túnel!

Se podía ver algo negro que se movía por el túnel, pero el sonido parecía inconfundible. Se lanzaron sobre el agua que apenas cubría un par de centímetros y bebieron ávidamente. Aquello aseguraba un par de días más de viaje hacia el centro de la Tierra, pero para nada confirmaba que estaban en el camino correcto o, lo que era peor, que realmente existiera aquel lugar descrito por Verne casi cien años antes. Klaus casi lamentó el hallazgo del agua, ya que eso suponía un día más de descenso. Su cuerpo parecía sentirse al límite, pero la curiosidad siguió moviendo sus pasos un par de días más.

30 DOS DESCUBRIMIENTOS

Nunca pasa nada bajo tierra, eso era lo que pensaba Arthur, que seguía profundamente deprimido por la desaparición de Agatha. Aquella gran sala le había quitado la sensación de claustrofobia, pero nada podía hacer nada por sus sentimientos de pérdida. Caminaron a paso lento durante un día entero. Aquella sala parecía interminable.

Covey era el primero del grupo. El sendero parecía seguro y a Lee se le veía relajado por primera vez. Covey escuchó algo parecido a un chapoteo a su izquierda.

—Permiso para salir del sendero —dijo Covey.

—Cinco minutos. Soldado Laurent, acompaña a Covey.

Todos se sentaron a descansar mientras los dos hombres iban a ver de dónde provenía el ruido. Habían caminado cien metros cuando vieron una gran charca de agua. Covey paró al soldado que se lanzó al agua para beber. Tomó un poco en la mano, después olisqueo y la arrojó de nuevo.

—No es potable —comentó al decepcionado soldado.

Miraron al otro lado de la charca; unos chapoteos les llamaron de nuevo la atención. Como no era muy profunda, caminaron por la superficie hasta donde las rocas parecían ocultar algo. Había una figura en el agua. Corrieron hacia ella y, para su asombro, descubrieron el rostro sucio y arañado de Agatha.

La sacaron del agua rápidamente y la llevaron hasta el resto de sus compañeros. La mujer aún respiraba, pero estaba completamente inconsciente. No llevaba la mochila y su ropa estaba en parte rasgada.

Cuando Arthur les vio acercarse con el cuerpo de la mujer corrió hacia ellos. Tras dejarla en el suelo, Covey la examinó rápidamente.

—Denle agua —dijo Arthur desesperado.

Acercaron un poco de agua a los labios y ella pareció revivir por momentos. Tosió un poco, pero después lograron que se incorporara y tomara unas galletas.

Unas dos horas más tarde, Agatha parecía encontrarse algo mejor. Había recuperado la consciencia y las fuerzas.

—¿Cómo me encontraron? —preguntó la mujer para sorpresa de todos.

—Estaba en una charca cerca de aquí —le dijo Covey.

—No recuerdo mucho. Después de descender durante casi un día por ese interminable tobogán, llegué a un túnel, caminé dos días, terminé con mis provisiones y el agua. Creo que la desorientación y el miedo me hicieron creer que los días eran más cortos —comentó Agatha.

—Es normal en su situación —dijo Lee.

—Al final caminé sin rumbo hasta que hace unas horas tropecé y me caí por un pequeño terraplén, perdiendo el conocimiento —dijo Agatha.

Lee les ordenó a todos que la dejaran descansar y después pidió a Covey y Arthur que se acercaran para hablar con él.

—¿Tiene algo roto? —preguntó el oficial.

—Afortunadamente todos son rasguños y una muñeca torcida —le dijo Covey.

—Gracias a Dios. Agatha ha perdido sus provisiones de agua y comida, eso nos resta un día de viaje. Les comunicó que si no encontramos agua antes de veinticuatro horas regresaremos —dijo Lee.

—Lo entendemos —comentó Arthur.

Descansaron cinco horas y reanudaron el viaje. Agatha no podía caminar muy deprisa, pero con la ayuda de Arthur logró mantener el ritmo del resto del grupo. Justo cuando terminaba la gran bóveda vieron un túnel más pequeño del que fluía agua. Tras analizarla brevemente, todos pudieron saciar su sed. Tras refrescarse continuaron la caminata, pero un grito de Covey les alertó.

—¿Qué sucede? —preguntó el oficial Lee tras retroceder a la altura de Covey.

—Miren lo que he encontrado —dijo mientras sostenía una correa rota en sus manos.

—Esto pertenece a los alemanes —dijo Lee mientras revisaba la correa.

—Están muy cerca. Tenemos que tener cuidado, es mejor que nosotros les encontremos a ellos que ellos nos encuentren a nosotros —comentó Arthur.

—Mandaremos dos exploradores que irán dos horas por delante de nosotros para avisarnos de cualquier peligro —ordenó Lee.

Desconocían si se estaban acercando a su objetivo, pero habían casi alcanzado a los alemanes y el encuentro entre ambos parecía inevitable. Debían estar preparados para cualquier cosa.

31 ASOMBROSO

Una pequeña luz comenzó a verse al fondo del túnel. Klaus recordó inmediatamente la luz que los personajes de Julio Verne vieron poco antes de llegar a la Tierra Hueca. Prefirió no decir nada al resto del grupo para no infundirles falsas esperanzas, pero Hans se acercó a él y le susurró al oído:

—Creo que esa luz podría venir de la Tierra Hueca.

Se acercó a ellos el comandante Rudel y les preguntó si se habían percatado de la luz que se veía tenue al fondo del túnel.

—Sí, señor. Puede que sea una salida a la superficie —comentó Hans.

—¿Una salida a la superficie? No hemos dejado de descender en 10 días. Sea lo que sea, está debajo de la tierra —dijo con rotundidad Rudel.

Klaus hizo un gesto con la cabeza, pero pidió a su viejo alumno que lo mantuviera en secreto. Caminaron todo el día mientras la luz parecía hacerse cada vez más grande. Las fuerzas parecían agotarse y todos tenían la sensación de que aunque intentaran regresar en ese momento era demasiado tarde para desandar el camino.

Al mediodía de la décima jornada del viaje escucharon ruidos y contemplaron como la claridad crecía. Ya nadie dudaba que al fondo del túnel hubiera una gran luz. Al menos casi tan potente como la luz del sol.

Aceleraron el paso con la esperanza de llegar antes a la luz. Tras tantos días en las tinieblas todos sus corazones comenzaron a animarse. Les quedaba una mínima esperanza de no morir solos y abandonados en mitad del centro de la Tierra.

Klaus comenzó a correr en el último tramo. Era peligroso, ya que el suelo seguía empapado por el hilo del agua que les había acompañado desde la gran sala abovedada, pero tenía que ser el primero en ver lo que cien años antes Julio Verne había descrito. Cuando llegó al final del túnel y sintió la brisa en la cara, cerró los ojos ante la intensa luz. Notó como la claridad penetraba por sus párpados y el calor en las mejillas. Abrió lentamente los ojos hasta que sus pupilas se quedaron extasiadas ante el espectáculo que contemplaron sus ojos. Lo único que pudo exclamar con los ojos anegados en lágrimas fue.

—¡Dios mío! ¡Julio Verne tenía razón!

32 PRIMEROS PASOS EN EL PARAÍSO

El paisaje exuberante de la Tierra Hueca les dejó sin palabras. El único que había imaginado aquel lugar era Klaus. Sus continuas lecturas de Julio Verne y de su famoso libro *Viaje al centro de la Tierra* le habían permitido hacerse una idea de cómo sería aquel lugar, pero el propio profesor de literatura francesa se veía sobrepasado. Hasta ese momento siempre había pensado que el lugar descubierto por el profesor Lindenbrock y su sobrino Axel no dejaba de ser uno de esos lugares imaginarios que únicamente pueden existir en la mente del ser humano, pero contemplarlo con sus propios ojos era algo increíble.

Lo primero que sintieron al llegar al final del túnel fue una brisa húmeda y calurosa, muy parecida a la de un país tropical. La luz era nítida, clara y brillante. Al principio les costó adaptarse a la luminosidad después de casi diez días viviendo en las tinieblas. La segunda sensación que experimentaron fue el aroma a flores. Aunque lo que conquistó totalmente su corazón fue la inmensa selva que crecía a sus pies.

La temperatura rondaba los veinticinco grados; el cielo no era azul, sino que tenía un tono rosado como el crepúsculo de un día caluroso. Había una niebla baja que formaba nubes de colores azulados que descargaban de manera torrencial. El relieve parecía acusado, con pequeñas montañas que terminaban en valles frondosos. No se veían animales a excepción de algunas aves de vivos colores que se parecían a los periquitos, los agapornis y las cotorras, pero de un tamaño mucho mayor.

—¿Descendemos? —preguntó Rudel, sacando a todos de su ensimismamiento.

Hans miró el abismo: estaban a unos doscientos metros de altura. Los soldados prepararon las cuerdas y comenzó el descenso. Cuando pisaron tierra firme les sorprendió que la selva nublada opacara la luz en gran medida.

La expedición se adentró por la selva. Dos soldados abrían el camino con sus machetes mientras el resto no dejaba de fotografiar y observar lo que tenían a su alrededor.

El científico Lukas Peitz y la paleontóloga Bárbara Sigfried parecían totalmente extasiados.

—¿En qué etapa o edad cree que está esta selva? —preguntó Peitz a Bárbara.

—Es difícil saberlo todavía, pero algunas especies parecen de la familia de las cycadophytas y las bennettitales. Mire esos árboles: son ginkgos, están casi extinguidos en la actualidad, únicamente quedan en algunas partes de China —comentó la mujer.

—¿Qué tipo de animales podemos encontrar? Verne habla en su libro de insectos gigantes, un rebaño de mastodontes, incluso de hombres gigantes —comentó Klaus.

—Lo cierto es que en el Jurásico los animales más comunes son los cocodrilos, algunos reptiles *arcosaurius*, pero también *diplodocus*, *brachiosaurus*. Los peligrosos puede ser los *allosaurus* —comentó Bárbara.

—¿Cómo de peligrosos? —preguntó Hans.

—Son carnívoros, de un gran tamaño, unos nueve metros de altura. Son bípedos, alcanzan gran velocidad y sus garras y dientes son temibles —comentó Bárbara.

No había terminado de hablar cuando un *archaeopteryx* pasó sobre sus cabezas. Bárbara intentó fotografiarle, pero no le dio tiempo.

—Que animal más feo, es un pájaro con dientes —dijo Rudel.

—No son peligrosos a pesar de ser tan feos —dijo Bárbara.

El grupo llegó a un claro de la selva y pudieron observar un espectáculo increíble. En una laguna cercana había todo tipo de dinosaurios pastando y bebiendo. Desde una manada de pequeños y juguetones *compsognathus* a los inmensos *brachiosaurus* y *brontosaurus*.

Bárbara y Peitz aprovecharon para hacer fotografías de las manadas y observarlas desde lejos. Klaus no dejaba de mirar a aquellos increíbles animales desaparecidos hacía miles de años. Aún no eran conscientes de los peligros que les acechaban.

33 LA LLEGADA A LA TIERRA HUECA

El paso entre los mundos fue más rápido de lo que hubieran esperado. La Tierra Hueca conservaba todo la belleza del pasado, pero también algunos de sus terribles peligros. Arthur y Agatha parecían extasiados ante el espectáculo, mientras que Covey no paraba de observar con los prismáticos aquel increíble inframundo.

—Existía en realidad —comentó Arthur.

—¿Lo dudaste? —preguntó Agatha en broma. En las últimas horas había recuperado parte de sus fuerzas y ahora que salía de nuevo al aire libre se sentía mucho mejor.

—Las plantas proporcionan el oxígeno, pero ¿de dónde viene la luz? —preguntó Lee intrigado.

—Algunas teorías hablan de que podría ser del propio núcleo de la tierra, otras en cambio piensan que se trata de un techo de rocas transparentes que dejan pasar la luz del sol a través del océano, aunque esto es imposible dada la profundidad a la que nos encontramos —comentó Covey.

—Entonces, ¿eso significa que hay día y noche como en la superficie? —preguntó Agatha.

—Si eso fuera verdad, sí habría día y noche, pero yo me inclino a pensar en otra de las teorías —comentó Covey.

—¿Qué teoría? —preguntó Arthur, imaginando que se parecería a la que Julio Verne describió en su libro.

—Algunos científicos han comentado que ese sol interior podía estar formado por una especie de gran bobina de luz electromagnética, que atrae todas las partículas luminosas o fotones que vienen del sol. La luz es de color —dijo Covey.

—Será mejor que avancemos —comentó el oficial Lee—, no quiero quedarme en mitad de esa selva si se hace de noche.

El grupo descendió hasta la selva y a cada paso que daban las sorpresas eran aún mayores. Después de un par de horas de viaje los exploradores británicos habían observado más especies nuevas que en los últimos cuarenta años de investigaciones. Covey parecía extasiado mientras aves prehistóricas, dinosaurios y grandes insectos se cruzaban en su camino, la mayoría de veces ignorando su presencia.

—No puede tomar muchas muestras —le advirtió Lee a Covey cuando este se paró a coger algunas semillas y huevos.

El paleontólogo frunció el ceño, pero obedeció las órdenes. Aún quedaba un duro regreso a la superficie y no podían viajar muy cargados; ya tendrían la oportunidad de regresar más adelante.

Las teorías que hablaban de un sol interior eran ciertas. No se hizo de noche, aunque se atenuó un poco la luz. Aquel mundo vivía 24 horas sin descanso, pero ellos se sentían exhaustos. Lograron llegar a un pequeño claro de la selva y montar allí su campamento. Era la primera vez que dormían en tiendas. Pudieron lavarse en una

charca cercana y disfrutar del viaje.

Mientras uno de los soldados preparaba la cena, el resto se sentó alrededor de una hoguera.

—Es tal y como lo describió Julio Verne —dijo Arthur sin poder dejar de observar la exuberante belleza que le rodeaba.

—Sin duda aquí se conserva buena parte de la vegetación y la fauna que se perdió tras el Jurásico. ¿Creen que puede haber entradas más grandes al inframundo? —preguntó Covey.

—Algunas teorías de la Tierra Hueca hablan de dos posibles grandes entradas en los polos —comentó Arthur.

—¿En los polos? —preguntó Lee.

—Sí, allí habría dos grandes entradas —dijo Arthur.

—Pero si hubiera ese tipo de entradas, ¿no podrían escapar estos animales a la superficie? —preguntó Lee.

Escucharon un fuerte crujido, como si uno de aquellos gigantescos árboles se hubiera partido por la mitad y se pusieron en guardia. Cuatro *allosaurus* aparecieron entre los árboles. Su tamaño era colosal, unos doce metros de altura. Los *allosaurus* les observaron con sus pequeños ojos rojos y abrieron sus enormes fauces en señal de ataque.

Lee tomó su fusil y apuntó a los dinosaurios, Covey empujó el arma hacia abajo y gritó al oficial:

—¡No, quieto!

Pero fue demasiado tarde, la bala se incrustó en el suelo, pero el estruendo del disparo enfureció a los dinosaurios que se lanzaron a por ellos.

34 ATAQUE

El sonido de la bala se escuchó varios kilómetros a la redonda. Aquella inmensa cúpula que imitaba al firmamento no dejaba de ser un gigantesco amplificador de sonidos. Klaus se despertó sobresaltado como el resto de sus compañeros.

—¿Han escuchado el disparo? —preguntó Hans.

—Sí, aunque lo que no entiendo es quién lo hizo —dijo Rudel mirando a todos sus hombres.

—¿Dónde está nuestro guarda? —preguntó Klaus.

—Estoy aquí, señor —dijo el soldado al que le había tocado el primer turno de vigilancia.

—Eso solo puede significar una cosa: los ingleses han encontrado la entrada y nos han seguido —comentó Klaus.

—Será mejor que unos pocos se queden aquí y yo vaya con cinco hombres para ver qué sucede —dijo Rudel.

—Oficial Rudel, usted es un experto espeleólogo, pero yo soy el responsable de la expedición científica —comentó Klaus—, prefiero que no nos dispersemos.

—Está bien, pero ponemos en peligro el material —dijo Rudel, molesto.

—Que dos hombres y la señorita Bárbara se queden en el campamento —dijo Hans.

—Yo voy con ustedes —dijo Bárbara.

—El cabo Adolf y el soldado raso Herman se quedarán en el campamento, el resto síganme por favor —dijo Klaus tomando su rifle.

Después de los disparos se escucharon algunos ruidos y más disparos. No era fácil orientarse en medio de la selva, pero el sonido de los fusiles les guio hasta que llegaron a un claro. La luz les cegó unos momentos, pero cuando lograron adaptar sus ojos a la claridad, el espectáculo que observaron les dejó estupefactos.

Una decena de hombres corrían y disparaban a cuatro inmensos *allosaurus*. Uno de aquellos dinosaurios carnívoros tenía entre sus fauces a un soldado británico, mientras que otro monstruo desgarraba a un segundo soldado. Las balas parecían apenas dañar la dura piel de los dinosaurios.

Klaus tomó una de sus granadas y las lanzó a uno de aquellos monstruos. El dinosaurio quedó destrozado tras la explosión, con las piernas separadas del tronco, pero el resto de sus compañeros no huyeron, como esperaba el profesor alemán. Al revés, se volvieron hacia ellos y comenzaron a atacarles. Antes de que les diera tiempo a reaccionar, uno de los *allosaurus* ya había atrapado entre sus dientes a un soldado alemán.

El más grande de los dinosaurios se dirigió hacia Klaus y cerró sus fauces a escasos milímetros de su costado. El profesor se lanzó a un lado, pero su ropa había quedado enganchada en los grandes colmillos y el dinosaurio lo zarandeó en el aire como si fuera un muñeco de trapo. Unos segundos más tarde salió despedido hacia el

forraje que rodeaba al campamento, perdiendo el conocimiento.

35 UNIÓN

Los *allosaurus* lucharon ferozmente hasta el último aliento. El oficial Lee logró derrumbar al segundo dinosaurio disparando a las patas y después le introdujo una granada de mano por la boca. El tercer monstruo fue abatido a base de machetazos y disparos y el último escapó herido. Cuando terminó la lucha, sobre el suelo arcilloso del campamento había diez cuerpos, seis de los soldados británicos y cuatro alemanes.

Entre los británicos habían caído los cinco soldados y el paleontólogo Covey. En el bando alemán, las bajas las componían tres soldados y el especialista Lukas Peitz.

Rudel apuntó a los soldados británicos y les pidió que dejaran las armas. Entre los supervivientes estaba un soldado raso gravemente herido, Arthur y Agatha, que estaban completamente ilesos, y Lee, que tenía varias heridas en la cabeza. Los alemanes también tenían varios heridos; el propio Klaus que tenía varias costillas rotas. Hans había perdido un ojo y un soldado tenía las dos piernas fracturadas.

—Ahora son mis prisioneros. No podemos llevarnos a los heridos graves —comentó Rudel, mirando a los dos soldados tendidos en el suelo.

—No puede dejarlos aquí —comentó Klaus, que a pesar de sus heridas podía caminar.

—Lo lamento, pero es mi deber. No se preocupe, no les dejaremos a merced de las alimañas —dijo el oficial Rudel. Después sacó su Luger y disparó a la cabeza del soldado alemán, y después a la del británico.

Todos le miraron sorprendidos, pero nadie se movió. El oficial ordenó al grupo que tomara todo el material aprovechable y que comenzara a caminar hacia el otro campamento.

En el camino, aprovechando la espesura de la selva, el oficial Lee corrió entre los árboles.

—¡Se escapa! —gritó uno de los soldados.

Los soldados dispararon sus ametralladoras, pero el oficial británico consiguió huir.

—Déjenlo. No creo que sobreviva mucho tiempo herido y en medio de esta selva —dijo Rudel.

—Me parece inconcebible lo que ha hecho con los heridos —comentó Klaus.

—¿Quiere que haga lo mismo con usted? Será un estorbo en el viaje de regreso, pero tengo órdenes de Himmler de llevarlo con vida —dijo el oficial—, aunque a veces no se pueden cumplir las órdenes.

El grupo llegó hasta el campamento alemán. Los dos soldados y la mujer les esperaban impacientes. Al verlos llegar, Bárbara se acercó a Klaus y le ayudó a sentarse.

—No tenemos mucho tiempo. Este lugar es muy peligroso. Tienen que usar sus brillantes cerebros y decirnos cómo salir de aquí —dijo Rudel mientras extendía un

mapa de Europa.

Se hizo un silencio largo e incómodo, después Klaus, Arthur y Agatha se inclinaron sobre el mapa y comenzaron a planear una manera de regresar a la superficie sanos y salvos.

36 PLAN DE FUGA

Arthur intentaba que su mente estuviera todo lo concentrada posible. Tenían dos problemas que resolver. El primero era escapar del inframundo y regresar a la superficie. Ya sabían lo que había bajo tierra. Si el gobierno británico quería, podían regresar en una expedición posterior y examinar en detalle aquel mundo misterioso. El segundo problema era cómo liberarse de sus captores. Aquel oficial de las SS parecía capaz de cualquier cosa. No duraría en matar a todos cuando ya no le fueran necesarios. El otro oficial herido, el profesor Klaus, con el que había tenido un encontronazo en Francia, parecía más razonable.

—Según la novela de Verne, atravesaron una especie de mar interior en una balsa y llegaron a la otra orilla, y desde allí ascendieron por un túnel gracias a una erupción hasta las tierras italianas de Estrómboli, una pequeña isla cerca de Sicilia —comentó Klaus.

—Pero, si no me fallan las cuentas, hay unos 3.500 kilómetros de Irlanda a Sicilia. No creo que en estos días hayamos caminado más de 40 kilómetros diarios, unos 400 kilómetros en total —dijo Hans.

—Es cierto, pero a eso hay que sumar otros diez kilómetros por la selva y, si navegamos, podríamos hacer tres mil kilómetros en aproximadamente 55 horas, si conseguimos una velocidad de treinta nudos —comentó Rudel.

Todos le miraron sorprendidos. No creían que tuviera experiencia marítima.

—El viento es constante en esta Tierra Hueca, por eso no creo que encontremos problemas para hacer la travesía. Lo difícil es hacer una balsa resistente en la que entremos todos y una vela —dijo Bárbara, que hasta ese momento había permanecido callada.

—Mañana caminaremos en busca de ese mar. Después resolveremos el problema de la balsa. Ahora será mejor que descansen —comentó Rudel.

Arthur no pudo dormir. Su cabeza parecía una olla a punto de explotar. Sentía haber llevado a Agatha aquella situación y no encontraba una salida. ¿Qué sucedería si el mar interior era una simple fantasía de Verne? ¿Cuánto tiempo podrían resistir en aquel mundo bajo tierra? Arthur se acordó de las palabras de su buen amigo el profesor Tolkien: «Solo atravesando la noche se llega a la mañana».

37 LAS OLAS

Mientras dormían todos menos los dos soldados alemanes que custodiaban el campamento, Arthur se acercó despacio a Agatha. Los dos estaban tumbados lado a lado, con una pequeña manta de lana y la mochila por almohada.

—Agatha, ¿estás despierta? —susurró Arthur.

—Sí —contestó la mujer.

—Tengo un plan para escapar. El oficial Lee está en algún punto, pero es inútil buscarle. Los cálculos que hemos hecho son erróneos. No creo que la salida esté en esa isla cerca de Sicilia. Verne falseó la puerta de entrada al inframundo, ¿por qué iba a poner el lugar real de salida del inframundo? —dijo Arthur.

—¿Entonces?

—Creo que el mar interior es más pequeño de lo que calculamos. En menos de un día estaremos en la otra orilla. Como ellos no lo saben, nos tiraremos al mar cuando queden dos o tres kilómetros —comentó Arthur.

—¿Qué sucederá si te equivocas? No dejar de ser una simple teoría —señaló Agatha.

—Ese nazi nos matará de todas maneras, prefiero morir ahogado que a manos de ese sádico —contestó Arthur.

Los alemanes comenzaron a levantarse y el hombre se apartó de la mujer poco a poco. Después tomaron un desayuno muy ligero y continuaron el camino. Cuatro horas más tarde escucharon un fuerte sonido y pensaron que estaban cerca de la costa.

Caminaron sin descanso quince minutos más hasta que vieron a lo lejos lo que parecía un mar de color verdoso. Rudel se adelantó con uno de sus hombres para examinar el lugar. El oficial caminó confiado entre los gigantescos helechos sin sospechar que habían llegado a lo que parecía un altísimo acantilado. Estuvo a punto de caer al vacío, pero logró aferrarse a una rama y volver a tierra firme.

Cuando el resto del grupo llegó al borde del acantilado, Rudel y su ayudante ya habían preparado unas sogas para bajar el material y al resto de los soldados.

Dos horas más tarde estaban todos frente a un inmenso mar. Las olas rugían con potencia en la orilla. La playa se extendía varios kilómetros por cada lado hasta perderse la vista. La única vegetación próxima al agua eran unas inmensas palmeras.

—Fabricaremos una gran balsa y con las lonas de las tiendas haremos las velas. El barco tiene que estar listo para mañana —ordenó Rudel.

—Estamos agotados, no podremos hacerlo en un día —se quejó Arthur.

—Ese no es mi problema. Si mañana no está terminada, mataré a uno de ustedes —le amenazó el oficial alemán.

Dos soldados se quedaron de guardia mientras el resto de británicos y alemanes intentaban construir la balsa. Klaus diseñó un modelo bastante liviano, pero que parecía resistente, mientras Bárbara y Agatha se encargaban de fabricar las velas. A última hora de la tarde la balsa estaba terminada.

—Ahora carguen todo en la nave —ordenó Rudel.

Nadie se quejó. Se limitaron a cargar todo en la balsa y cuando terminaron Rudel ordenó que desplegaran las velas. La balsa comenzó a moverse lentamente cuando se escuchó un disparo. Todos se giraron y vieron al oficial Lee disparando desde una palmera cercana. Varios soldados respondieron al ataque, pero el oficial les detuvo.

—No desperdicien más balas. No puede alcanzarnos; ya darán buena cuenta de él las alimañas que hay en esta gigantesca cueva.

Arthur vio cómo la figura de Lee se hacía cada vez más pequeña en el horizonte, hasta que la propia playa desapareció y se adentraron mar adentro.

Mientras descansaban en la parte delantera, Arthur le contó su plan al único soldado inglés que había sobrevivido. Después miró su reloj e hizo un cálculo de la velocidad del barco. Navegan a unos treinta nudos. La verdadera distancia de la otra orilla no podía estar mucho más lejos de treinta horas de navegación. Ahora solo cabía esperar.

38 A DOCE HORAS DE LA LIBERTAD

Agatha se sentía muy inquieta. Era una gran nadadora, pero temía el tipo de monstruos que podían albergar aquellas aguas y sobre todo, no poder mantenerse dos horas a flote. Estaban agotados, su alimentación era muy frugal y llevaba casi un año sin nadar. Intentó respirar hondo y concentrarse en la orden que tenía que darles Arthur, aunque pensaba que en el último momento no sería capaz de seguirle.

El amor es algo extraño, como una especie de enfermedad que comienza infectándote y termina por dominar cada parte de tu cuerpo. No podía negar que amaba a Arthur, aunque eso le llenaba más de inquietud que de tranquilidad.

Arthur miró a la mujer y le hizo la señal indicada; llevaban 28 horas sentados en la misma postura, sin comer y con el frío metido en el cuerpo. Agatha intentó moverse, pero sus piernas estaban dormidas. ¿Cómo se iba a lanzar por la borda y nadar dos horas con las piernas en ese estado? Se preguntó.

El soldado se puso en pie y se lanzó al agua, después se levantó Arthur y la miró. Ella hizo amago de levantarse, pero estaba paralizada por el miedo. Él la agarró de la mano, Agatha se puso en pie, pero el chapoteo del primer nadador había puesto en guardia a los soldados alemanes y Rudel atrapó el tobillo de la mujer antes de que saltase al agua. Arthur soltó a Agatha y pegó una patada en el brazo del alemán que soltó su presa. Después empujó a la mujer y, antes de lanzarse, agarró una de las mochilas y se zambulló en el agua.

—¡Maldita sea! —gritó el oficial alemán.

Klaus miró a los ingleses y en cierto sentido se alegró por ellos; Rudel no era el tipo de hombres que hacia prisioneros.

—¿Por qué se han lanzado? ¿Están locos? —gritó Bárbara, que estaba al lado de Klaus.

—Esto solo puede significar una cosa: estamos más cerca de la costa de lo que pensábamos. No tardaremos mucho en llegar —comentó Klaus.

Rudel le miró sorprendido. No entendía cómo habían hecho tan mal los cálculos entre las dos orillas.

—La explicación está en el libro. Verne no puso la verdadera salida del inframundo, al igual que nos mintió con la entrada. Estamos a una o dos horas de la orilla y no creo que a más de diez de la salida a la superficie —dijo Klaus adivinando los pensamientos del oficial.

—¿Por dónde saldremos? —preguntó Hans, que desde la pérdida de su ojo parecía muy apesadumbrado.

—Si no me fallan los cálculos, estamos a unos 1400 kilómetros de la entrada. El radio de volcanes activos no es muy grande, pero no creo que estén muy lejos. Tal vez en Francia o incluso en Alemania —comentó Klaus.

En ese momento la balsa sufrió una sacudida y todos tuvieron que aferrarse al mástil y la carga atada para no caer al agua. Cuando Klaus levantó la vista se quedó

petrificado. Del agua emergía un monstruo marino de dientes afilados. Bárbara gritó mientras miraba fascinada al dinosaurio:

—¡Es un *pliosaurus*!

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Rudel.

—Es el reptil marino más grande del Jurásico, tiene más de 18 metros de largo y pesa 50 toneladas, puede hundirnos con un simple coletazo y partir la balsa en dos con sus mandíbulas —dijo Bárbara con los ojos muy abiertos, como si intentara pensar que estaba teniendo una pesadilla.

Los soldados comenzaron a disparar con sus ametralladoras, pero eso enfureció más al monstruo, que se lanzó a por la balsa. El *pliosaurus* golpeó con la cola la endeble embarcación y la partió por la mitad. Todos cayeron al agua, a excepción de Bárbara, Hans y Klaus que se aferraron a una de las partes de la balsa, que tras unos segundos sumergida volvió a salir a flote.

Klaus miró atónito como el monstruo tragaba de un solo bocado a uno de los soldados y después descuartizaba a otro. Después se giró y fue directamente a por ellos. La balsa se volcó y los tres quedaron por debajo de los largos troncos de madera.

39 NADANDO

Escucharon a sus espaldas los bufidos de algún inmenso pez, pero no se molestaron en girarse. Fuera lo que fuera lo que tenían detrás, era mejor alejarse lo más rápido de él. Arthur y sus dos compañeros nadaron con todas sus fuerzas. El hombre no perdió de vista ni un segundo a Agatha, que parecía agotada. La mujer no resistió las dos horas nadando; a la hora y media tuvo que sujetarse a Arthur para mantenerse a flote.

Cuando Agatha miró por encima del brazo de Arthur pudo ver una pequeña franja de tierra. Estaban llegando a la otra orilla. Media hora más tarde sus cuerpos descansaban sobre la arena. El hombre respiraba aceleradamente, mientras que Agatha había logrado recuperar fuerzas y sentarse para contemplar el bosque que tenía enfrente. Había árboles enormes, parecidos a abetos y pinos, pero de una especie mucho más primitiva.

Arthur se incorporó y buscó por la playa al soldado, pero no vio ningún cuerpo sobre la arena.

—¿Dónde está el soldado? —preguntó el hombre.

—No debe haber sobrevivido. Si no fuera por ti, yo misma estaría en el fondo de ese mar verdoso —comentó la mujer.

—No podemos esperar mucho ni recorrer la costa buscándole. No creo que tarden en llegar los nazis —dijo Arthur.

Se pusieron en pie. Estaban agotados, pero no tenían ningún hueso roto y aún conservaban la mochila. Comieron un poco de chocolate y después Arthur llenó la cantimplora en el agua. Tras varias horas nadando sabían que aquellas aguas eran dulces.

Caminaron hacia el bosque, que no era tan frondoso como el otro ni parecía tan poblado por animales. Caminaron tres horas antes de llegar a una altísima pared de roca.

—No hay salida —comentó Agatha.

—Tiene que haber una. Julio Verne dice en su libro...

—¡Maldita sea! Julio Verne nos metió en este lío, en qué mala hora le hicimos caso —comentó Agatha, nerviosa.

—Nadie nos obligó a entrar en las entrañas de la tierra, pero gracias al libro de Verne hemos llegado hasta aquí y él nos sacará de este atolladero —dijo Arthur, enfadado.

El profesor intentó recordar los últimos capítulos de Verne. Tenía que haber una cueva en alguna parte y cerca de ella un volcán. Desde allí tendrían que acceder a un geiser, pero ellos ya no tenían la balsa como en el libro y la temperatura del agua los mataría. Tampoco podían ascender durante siete u ocho días. Sus provisiones eran muy escasas y en menos de dos días se agotarían por completo.

40 TRAS LAS HUELLAS

Klaus, Hans y Bárbara lograron llegar a tierra firme sobre los restos de la balsa. Observaron que también habían llegado hasta allí fragmentos del barco junto a dos cuerpos amaratados. Uno era de un soldado inglés y el otro el de Rudel. No sintieron mucha pena al ver a su camarada muerto, pero tampoco alivio. Ninguno de los tres era espeleólogo y no sería fácil regresar a la superficie.

Bárbara encontró unas huellas de pies en la arena y los tres se internaron en el bosque. No prestaron mucho interés a lo que les rodeaba. Aunque a Bárbara no se le escapó que aquellos bosques eran más parecidos al Cretácico que al Jurásico, incluso a la etapa Cenozoica.

—Puede que aquí haya algunos dinosaurios más peligrosos que en la otra orilla —comentó Bárbara.

—¿Más peligrosos? —preguntó sorprendido Hans.

—Sí, el peor de todos es el velociraptor. Es muy agresivo, corre muy rápido y es inteligente. Espero que no nos encontremos con él —dijo Bárbara.

Caminaron varias horas hasta llegar a la pared de roca. Caminaron por ella en busca de alguna entrada, pero no encontraron ninguna. Agotados, subieron a uno de los árboles para descansar. Apenas llevaban media hora cuando escucharon gritos claramente humanos. Después vieron como pasaban corriendo debajo de ellos a Arthur y Agatha, detrás había tres velociraptores.

Hans tomó su fusil y con su único ojo bueno apuntó a los animales. Acertó en la cabeza de uno de ellos, que cayó muerto al suelo. Los otros dos se pararon en seco y comenzaron a devorarlo.

—¡Suban aquí! —gritó Bárbara.

Ascendieron hasta el inmenso árbol y se sentaron junto a los alemanes.

—Nos alegra que se encuentren bien —dijo Klaus.

—Lo mismo digo —comentó Arthur.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó impaciente Hans.

—No lo sé amigo, estoy totalmente bloqueado —dijo Klaus mientras se apoyaba en el tronco del árbol.

41 LA CUEVA Y SU MISTERIO

Al día siguiente bajaron del árbol y comenzaron a caminar hacia el norte. Klaus y Arthur comentaban sin cesar los últimos capítulos de Verne, pero sin llegar a una conclusión. Entonces observaron que a unos kilómetros se divisaba humo. Caminaron durante media hora y después se acercaron sigilosamente a una gran explanada y se quedaron sin palabras. Frente a ellos había una gigantesca ciudad construida en las ramas de aquellos árboles milenarios. Puentes colgantes comunicaban los edificios y en el suelo había una especie de chozas que guardaban a los animales.

—¡Una ciudad! —exclamó Hans.

—Verne habló de esa posibilidad en su libro —dijo Arthur.

—Simplemente lo dejó entrever cuando describió el cráneo humanoide en la arena —apuntó Klaus.

—Que importa eso —dijo Bárbara—, ellos pueden ayudarnos a llegar a la superficie.

—¿Cómo lo sabe? Posiblemente no sepan ni que existimos; mucho menos sabrán cómo llegar a la superficie.

En ese momento dos hombres llegaron volando a lomos de dos increíbles *quetzalcoatlus*. Aquellos reptiles voladores medían más de doce metros de longitud y poseían unas gigantes alas de membrana. Su cresta roja los hacía destacar sobre el resto de reptiles voladores.

—Es increíble —dijo Bárbara. La majestuosidad de aquel ser superaba a todo lo imaginado.

Los seres aterrizaron en la explanada y dejaron a los dinosaurios atados en una grandes estacas.

—Creo que acabamos de descubrir la forma de salir de este mundo, aunque no les aseguro que lleguemos vivos a casa —comentó Arthur mientras observaba a aquellos majestuosos dinosaurios voladores.

Todos asintieron con la cabeza. Su esperanza de escapar era aún muy pequeña, pero tenían una oportunidad y no durarían en aprovecharla.

TERCERA PARTE

OPERACIÓN ODESSA

PRÓLOGO 3

En las entrañas del mundo no había lugar para el odio. Amigos y enemigos luchaban por la misma causa: la supervivencia. No importaba lo que sucedía en la vieja Europa; en la Tierra Hueca la única manera de subsistir era aliarse para regresar a casa. Arthur lo sabía y por eso había aceptado la ayuda de Klaus y sus colaboradores. Una vez en la superficie sus caminos se alejarían de nuevo y volvería a ser enemigos.

Todavía estaban atónitos observando aquella civilización perdida en las entrañas de la tierra cuando Klaus se puso en pie y comenzó a escribir algo con un trozo de tiza sobre una gigantesca roca. Todos se acercaron intrigados por lo que hacía el profesor alemán, pero el único sé que se atrevió a hablar fue Arthur.

—¿Qué son esos signos? —preguntó el inglés.

—¿No ha leído el Shambhala? —contestó Klaus.

—Conozco las leyendas sobre esa tierra mítica de los budistas —le contestó Arthur.

—Este gran círculo representa a la Tierra y en su interior está la tierra mítica de Chang Shambhala. Según las leyendas budistas es la fuente de la sabiduría eterna y en la que viven seres inmortales que están en perfecta armonía con la naturaleza. El Reichsführer Heinrich Himmler nos envió para encontrar esa ciudad. Muchos creen que la raza aria proviene de ese pueblo. Hasta hace poco tiempo se situaba la puerta de entrada a este mundo en el Himalaya, por eso la Ahnenerbe envió una expedición al Tíbet en 1939 al mando del profesor Ernst Schäfer, pero allí no encontraron la entrada. Este es el segundo intento de Himmler por hallar la puerta —dijo Klaus.

El resto del grupo les escuchaba en silencio hasta que Hans gritó con el ceño fruncido:

—¡No tienes que dar información secreta a nuestros enemigos! Una cosa es que colaboremos para poder escapar de aquí, ¡pero otra muy distinta es facilitarle información clasificada!

Al resto de supervivientes aquella reacción les pareció absurda. Si no se ayudaban unos a otros no saldrían vivos de allí. Pero los nazis podían llegar a ser extremadamente fanáticos, pensó Agatha mientras hacía un gesto a Hans para que se callase.

—Es necesario que conozcan todos los detalles para que podamos idear un plan —se quejó Klaus.

—No creo que aprender qué es el Chang Shambhala nos sirva para salir a la superficie —dijo Agatha; después se giró hacia Hans y se dirigió a él mirándole directamente a los ojos—. Sois unos fanáticos, estáis destruyendo todo por lo que merece la pena vivir.

—¿Sí? ¿Te refieres a vuestros decadente *pubs* ingleses, a la pinta de cerveza o al té de las cinco? Esas son vuestras grandes aportaciones a la cultura mundial. Los ingleses habéis masacrado pueblos enteros, dominado varios continentes y explotado

sus recursos. ¿Quién os creéis vosotros para juzgarnos? Vosotros que sometisteis a los hindúes. Nosotros hemos hecho lo mismo con los chovinistas franceses o a los miserables polacos. ¿Qué diferencia hay?

Agatha hincó su mirada en el rubicundo rostro de Hans, pero prefirió callarse. No servía de nada discutir con aquel fanático impertinente.

Klaus miró a Hans con los labios fruncidos y este afirmó con la cabeza para que continuase. No es que Klaus quisiera ayudar a los británicos, pero era una cuestión de vida o muerte. Arthur era uno de los hombres más preparados del mundo en esa materia; juntos podían encontrar una forma de volver a casa.

—La capital de Shambhala es Kalapa. Allí viven en medio de jardines fabulosos los ancestros de los arios. En el palacio del gran rey Suchandra se encuentra un gran mándala—dijo Klaus.

—¿Qué es un mándala? —preguntó Bárbara.

—Es un diagrama o esquema que simboliza el macrocosmos y el microcosmos. Los investigadores creían que simplemente era una especie de lugar sagrado, pero yo creo todo lo contrario —dijo Klaus. Estaba compartiendo sus teorías con el enemigo, pero estaba seguro de que ni Arthur ni sus compañeros tendrían nunca la oportunidad de contárselos a los servicios secretos de su país.

—¿Qué es lo que piensa? —preguntó Agatha.

—El mándala es un mapa. En él está representado el Inframundo o la Tierra Hueca, si lo encontramos, habremos descubierto la manera de regresar a casa —comentó Klaus.

Poco a poco todos se giraron y observaron de nuevo la increíble ciudad que brillaba a los lejos. Tendrían que llegar hasta ella para descubrir ese mapa de la Tierra Hueca. Las luces azuladas y verdosas de las miles de ventanas resplandecían sobre las copas de los árboles, como un cielo de estrellas artificiales. De vez en cuando se veía a sus habitantes llegar en aquellos fabulosos seres voladores. Los árboles se comunicaban entre sí por gigantescos puentes parecidos a las calles de Londres, pero los edificios parecían contruidos de un material que se escapaba a la comprensión humana, una mezcla de metal y madera. Arthur observó de nuevo la ciudad y tuvo que frotarse los ojos para no pensar que estaba soñando. Aquella historia olvidada de Julio Verne era tan cierta que experimentó una especie de excitación. Estaba viviendo una aventura apasionante y quería retener todo en su memoria. Todos ellos eran investigadores y sabían que estaban ante el mayor descubrimiento de los últimos quinientos años, pero eso no impedía que en ese momento una única idea surcara su mente: querían regresar sanos y salvos a casa. A pesar de que aquello que llamaban casa estuviera a punto de ser destruido en una terrible guerra de exterminio.

42 KAPALA

Arthur aconsejó al resto de sus compañeros que esperaran a las horas más oscuras para acercarse a la ciudad. En la Tierra Hueca no existía la noche, pero había algunas horas en las que la claridad parecía menguar un poco, lo que les permitiría acercarse con mayor sigilo. Aunque aún no estaba seguro de cómo conseguirían tomar aquellos inmensos dinosaurios voladores para ascender hasta la copa de los árboles, estaba convencido que se les ocurría algo.

Aprovecharon el resto del día para cazar algunos animales, recolectar frutas y descansar un poco. Las últimas jornadas les habían dejado agotados, pero también se encontraban hambrientos. Tuvieron que hacer una fogata en la entrada de una cueva para disimular el humo, pero cuando lograron hincar el diente a todos aquellos manjares se sintieron mucho mejor. La fruta era muy dulce y de un tamaño gigantesco. Fresas silvestres tan grandes como un puño, una especie de piñas del tamaño de sandías y la carne de algunos pequeños animales fueron suficientes para saciarles por completo.

Después de la comida se separaron de nuevo. Los alemanes descansaban en una de las pequeñas cuevas formadas al lado de la gran pared, mientras que los ingleses lo hacían al otro lado, en un saliente de roca. Un par de horas más tarde Klaus y Arthur se reunieron para consensuar sus planes.

Klaus comenzaba a admirar a su enemigo. Aunque el odio que sentía hacia los ingleses no podía compararse a su amor por la literatura de su país. Se rumoreaba que Hitler planeaba invadir las islas británicas. La guerra terminaría pronto y algunos de los excesos de los nazis desaparecerían. Klaus había estudiado a las civilizaciones y la nazi no era la única que en busca de su singularidad había destruido lo que le rodeaba.

El profesor alemán recordaba que había visto por primera vez a Arthur a bordo de aquel barco pesquero mientras intentaba llevarse el manuscrito encontrado en la tumba de Verne. Después, gracias a los eficaces servicios de la Gestapo, había descubierto su nombre y que pertenecía al exclusivo grupo de los Inklings de Oxford. Klaus admiraba las obras de algunos de sus miembros que eran escritores, como J. R. R. Tolkien y C. S. Lewis. Sus libros épicos y fantásticos le parecían admirables, algo que no se había visto en la literatura alemana desde hacía siglos. La *Crítica de la razón pura* de Kant había ahogado la naciente imaginación de los románticos alemanes, pero la obra de Goethe había sido la única que había podido salvarse de los rigores del filósofo. Los libros de Tolkien y Lewis eran universales. Toda la saga de *El Señor de los Anillos* había sido traducida a varios idiomas, pero no al alemán. Al parecer, Tolkien había tenido un conflicto con sus editores alemanes cuando estos le pidieron en 1938 que les mandara un certificado que demostrara su ascendencia aria. Por eso Klaus había leído todas sus obras en francés, ya que el inglés era un idioma que no terminaba de dominar por completo.

—Debe ser apasionante asistir a las reuniones de los Inklings —comentó Klaus, como si por un momento le hubieran traicionado sus pensamientos. Él hubiera dado su brazo derecho por ser miembro de este selecto club de escritores y profesores de filosofía.

Arthur le miró sorprendido. No imaginaba que su grupo de amigos y las sencillas tertulias en el *pub* hubieran trascendido hasta la fría y lejana Alemania.

—Creo que se aburriría. Normalmente hablamos de filosofía o de técnicas literarias. Nada muy especial. Aunque no le niego que siempre fue emocionante escuchar los relatos de Tolkien, Lewis y otros profesores, que con sus fantásticas historias han fascinado a medio mundo. Yo nunca me he atrevido a leer ninguno de mis escritos en público —le dijo Arthur.

—¿Aburrirme? Soy un gran aficionado a esa nueva literatura fantástica. En Alemania muchos creen que la fantasía es peligrosa. Los censores consideran que el crear mundos imaginarios es una forma de subversión. Las publicaciones *pulp* han sido prohibidas porque los nazis las consideran decadentes y que ayudan a malformar la mente de los jóvenes alemanes —comentó Klaus.

Los nazis habían terminado con todo lo que no pusiera en el centro de su mensaje la ideología de Adolf Hitler.

—Pero a pesar de todo ha habido grandes escritores de ciencia ficción en Alemania —dijo Arthur—. Recuerdo a Kurd Laßwitz con *Auf Zwei Planetenes*^[2] y *Geschichte der Atomistik vom Mittelalter bis Newton*^[3]. También el escritor Michael Georg Conrad y su libro *In purpurner Finsterniß*^[4]. La lista podría incluir a Paul Scheebart o Friedrich Wilhelm Mader.

—No imaginaba que conociera tan bien nuestros libros de ciencia ficción. Pero la política de sintonización, la Gleichschaltung, ha terminado con todo eso. Yo fui expulsado de la universidad por seguir enseñando a muchos de los autores que ha mencionado. Las obras de casi todos ellos y las del propio H. G. Wells terminaron en la hoguera. Únicamente se han salvado los libros de Hans Dominik —comentó Klaus.

—No podrán terminar con la literatura; siempre ha sobrevivido a dictadores e inquisidores. Pero yo creía que usted era un nazi convencido —dijo Arthur sorprendido antes las palabras de Klaus.

El alemán miró a su espalda para asegurarse de que Hans no se encontraba cerca. Sabía que no podía fiarse de su antiguo alumno, ni tampoco de Bárbara, que parecía tan extremista como su compañero.

—Ya le he comentado que me expulsaron de la universidad. He pasado casi cuatro años en dique seco. Himmler me dio la oportunidad de tener una nueva vida y sobre todo de descubrir que mi admirado Julio Verne tenía razón cuando escribió su *Viaje al centro de la Tierra* —dijo Klaus intentando justificarse.

—Lo entiendo. Puede que la literatura termine salvándonos a todos —comentó Arthur, convencido de que en ocasiones la única forma de afrontar la realidad era con un buen libro entre las manos.

—Tal vez sea el único remedio para esta guerra terrible que nos ha tocado vivir —dijo Klaus con la mirada perdida.

El inglés se quedó más tranquilo al saber que el profesor alemán hablaba de la guerra con desprecio y que no estaba para nada de acuerdo con las tesis de Hitler. De alguna manera se había hecho la falsa idea de que todos los alemanes eran nazis y que deseaban la guerra contra Gran Bretaña. Imaginaba que algo parecido le sucedía al profesor alemán. Los países creaban enemigos imaginarios o reales para después atemorizar a sus ciudadanos.

—Me gusta saber que hay alemanes que admiran nuestra literatura —dijo Arthur.

—Bueno, centrémonos en la misión. Hay un escritor llamado Nikolái Roerich, un famoso literato ruso, que lleva toda la vida hablando de este famoso mundo. Nikolái recopiló todos los escritos que existen en el globo sobre la Tierra Hueca y en especial sobre las leyendas del Himalaya —dijo Klaus, mientras garabateaba algunas cosas en una libreta.

—No he leído nada sobre este asunto —confesó Arthur.

Klaus arqueó las cejas; le sorprendía estar más al corriente del tema de la Tierra Hueca que aquel profesor inglés de Oxford.

—Según el famoso *Klachakra*, existe un paralelismo entre este mundo y el que está arriba. Al parecer en el siglo II a. C. el primer rey Kalki, llamado Manjush Rikirti, predijo el nacimiento del Islam. Aunque los más importantes descubrimientos de Nikolái se expusieron en sus cuadros —dijo Klaus.

El inglés sabía que la Ahnenerbe mezclaba en la ariosofía ideas científicas con las leyendas más increíbles del mundo esotérico. Los alemanes habían creado muchas asociaciones secretas en los años posteriores a la Gran Guerra dejándose llevar por estas ideas. Por eso no le extrañaron las curiosas conjeturas de Klaus.

—No importa cómo se llame este pueblo o si los antiguos lo describieron de alguna manera. El hecho objetivo es que existe y ha conseguido sobrevivir aquí durante siglos. Haremos fotografías, nos llevaremos todas las evidencias que existan e intentaremos escapar a la superficie —comentó Arthur, intentando centrar la conversación.

—No entiendo lo que quiero explicarle. No le estoy hablando de viejas leyendas orientales. Estamos en el viejo paraíso perdido. La tierra en la que el hombre fue formado y creado. En el relato de la Biblia se habla de este lugar. ¿No se ha fijado en los dos grandes ríos que rodean la ciudad? Los ángeles de las espadas de fuego no son otros que los habitantes del inframundo —dijo Klaus con los ojos fuera de las órbitas.

Arthur conocía todos esos movimientos filosóficos que habían nacido con las ideas pseudocientíficas y exotéricas de Madame Blavatsky. Ese grupo de fanáticos utilizaba las leyendas orientales y las mezclaban con textos de la Biblia.

—No puedo explicar todo esto —dijo Arthur señalando el fantástico mundo que habían descubierto—, pero me niego a creer que tenga que ver con esas ideas

orientales.

—Pero, ¿no ha leído los textos del Apocalipsis? Hay uno que dice: «Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos. Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años»^[5] —recitó Klaus de memoria.

—Claro que conozco ese texto, fui criado en la Iglesia Anglicana. Pero este no es el abismo del que habla la Biblia —comentó Arthur enfadado. Pensaba que aquella discusión no llevaba a ninguna parte.

Klaus frunció el ceño. Él había rechazado hacía mucho tiempo las enseñanzas católicas en las que le habían educado de niño, pero Arthur parecía seguir creyendo en ellas.

—No importa. Lo que es cierto es que según las antiguas leyendas hay una salida. Podríamos escapar por ella —dijo Klaus al comprender que el profesor británico era demasiado cerrado para entender los misterios de la teosofía.

—Lo importante es que averigüemos cómo escapar de aquí —dijo Arthur.

—Pero no quería contarle eso. Lo que descubrió el escritor ruso fue la salida del inframundo. Él la sitúa en uno de los dos polos. Si robamos algunos *quetzalcoatlus* podremos salir de la Tierra Hueca, pero el mapa es el mándala, sin él no encontraremos la salida —dijo Klaus.

—Yo estoy pensado justo todo lo contrario. En el libro de Julio Verne aprovechan su balsa y una erupción volcánica. La única fuerza que puede devolvernos a la superficie es la energía desprendida por un volcán —dijo Arthur.

—¿No creará que podemos salir de esa forma? Si se produjera una erupción moriríamos por los gases y la madera de la balsa terminaría deshaciéndose al contacto del agua hirviente y la lava —dijo Klaus sin disimular su enfado. El profesor alemán pensaba que los británicos siempre se creían superiores a los alemanes.

—Antes creía que podríamos robar a esos animales e intentar huir, ¿pero cuál es la dirección correcta? ¿Podremos encontrar una salida lo suficientemente amplia? —preguntó Arthur, visiblemente molesto por la arrogancia de Klaus

—Esos seres son los únicos que pueden ayudarnos —dijo Klaus.

—Pero los hombres del inframundo tienen que llevarnos hasta la salida. No creo que lo consigamos nosotros solos —comentó Arthur.

—Puede que tenga razón. En ese caso será mejor que simplemente nos presentemos ante ellos y recemos para que no nos masacren —contestó Klaus.

Las palabras de Arthur consiguieron que Klaus se diera cuenta de que sin la ayuda de aquellos hombres del inframundo nunca saldrían con vida de la Tierra Hueca. No sabía qué reacción tendrían al verles, pero fuera cual fuera, era mucho mejor que vivir el resto de su vida bajo tierra, ocultándose de ellos y enfrentándose a los gigantescos monstruos de la etapa jurásica.

43 LA CASA DE ZALMOXIS

La ciudad parecía desaparecer a medida que se aproximaban a ella. Los frondosos árboles ocultaban en su fondo las casas artesonadas en madera y las hermosas paredes de madera y metal brillante, camuflándola de los animales salvajes y de cualquier potencial enemigo del inframundo. Cuando llegaron a los pies de aquellos milenarios y gigantescos árboles, Arthur y sus amigos se sintieron insignificantes. Durante miles de años aquellos mastodontes vegetales habían crecido sin que nadie se lo impidiera. Los troncos eran tan gruesos como varias manzanas de edificios y muchos más altos que los rascacielos de Nueva York. Todos miraron hacia los rugosos troncos, pero su vista no alcanzaba a ver el final. No se observaban escaleras ni otra forma de acceder a la ciudad, como si todo hubiera sido un espejismo y la urbe no existiera realmente.

—¿Cómo llegaremos allí arriba? —preguntó Bárbara con su fuerte acento alemán.

Nadie respondió. La corteza del árbol era tan gruesa que tal vez podrían ascender entre los surcos que dejaba en el tronco, pero sin duda era muy peligroso y tardarían varias horas.

—Será mejor que sean ellos los que vengan a por nosotros. Ayúdame a reunir leña —dijo Arthur mientras comenzaba a recolectar las ramas que encontraba a su alrededor.

Pasaron algo más de media hora recogiendo ramas de todos los tamaños y apilándolas contra uno de los gigantescos troncos. Curiosamente aquel bosque milenario estaba bastante limpio, como si los habitantes de la ciudad temieran un incendio, pero a pesar de todo lograron reunir una buena cantidad de leña. Después Arthur tomó su mechero y encendió unas hojas secas. Inmediatamente el fuego se extendió por las ramas y comenzó a producir una gran humareda.

El grupo se apartó a un lado, esperando que alguien acudiera sofocarlo. No tuvieron que hacerlo durante mucho tiempo. A los pocos minutos, unos diez hombres subidos en *quetzalcoatlus* descendieron a gran velocidad de la copa de los árboles y se posaron al lado del fuego. Uno de ellos sacó de las alforjas de su silla un pequeño bote y lo arrojó a las llamas. Al instante el fuego cesó. Después ordenó a sus hombres que inspeccionaran el terreno, pero antes de que empezaran a buscarlos Arthur salió de detrás de un grueso tronco con las manos en alto en señal de paz.

Tres de los indígenas se acercaron a él a pie y por primera vez pudieron observarlos de cerca. Los habitantes de aquel misterioso mundo tenían un aspecto muy parecido al humano, aunque su piel era muy blanca, casi transparente. Sus ojos eran claros y el pelo rubio y largo les caía por debajo de los hombros. Eran esbeltos y altos, parecían ágiles y veloces, aunque no demasiado fuertes a pesar de sobrepasar los dos metros de altura. Sus ropas parecían tejidas de alguna tela semejante al lino; parecían ligeras, frescas y vaporosas. Todos vestían de verde y por unos instantes a Arthur le pareció estar delante de los elfos descrito por Tolkien en sus libros.

Dos de los guerreros aferraron a Arthur por los brazos y este comenzó a hablar en diferentes idiomas y dialectos, pero no parecían mostrar ninguna reacción. El primero en utilizar fue el inglés, después el francés y algo de griego. Más tarde continuó con unas palabras en español e italiano, en hindi y chino, también árabe, hebreo y zulú, pero los guerreros le miraron extrañado.

—Dios mío, ¿qué idioma hablan? —dijo desesperado el profesor inglés.

Klaus apareció de en medio de la nada y les habló en islandés. La raíz del islandés era el alemán, por lo que la pronunciación del profesor parecía casi perfecta. El jefe de los guerreros se dirigió hacia ellos y le contestó:

—¿Por qué hablan el idioma de los dioses?

—¿El idioma de los dioses? —preguntó Arthur extrañado.

—Hace muchos siglos vino a nuestra tierra un enviado de los dioses, nos enseñó su idioma y habitó varios años con nosotros hasta regresar al mundo de arriba. Nos prometió que volverían otros como él —dijo el jefe de los guerreros.

—Creo que están hablando de Arne Saknussem —contestó Klaus—. Por eso les hablé en islandés. Supuse que el anterior visitante de estas tierras podía haberles dejado algunas palabras en su lengua. Aunque no esperaba que la hablasen tan bien.

—¿Por qué habéis quemado uno de los árboles sagrados? —preguntó el jefe de los guerreros.

—Los sentimos, pero era la única manera de llamar vuestra atención. Sabíamos que había una ciudad en la copa, pero desconocíamos la manera de llegar a ella —les explicó Arthur.

—Quemar un árbol sagrado es un sacrilegio, tendrán que dar cuentas delante del Gran Sumo Sacerdote Aðalbjörn. Os llevaremos a la casa de Zalmoxis —dijo el jefe de los guerreros.

Klaus se extrañó de que el gran sumo sacerdote tuviese un nombre islandés, pero no dijo nada al resto de sus compañeros.

—No estamos solos —dijo Arthur, señalando a su espalda.

En ese momento se acercaron Bárbara, Agatha y Hans. Los guerreros obligaron a cada uno de ellos a montar un *quetzalcoatlus*. Después tiraron de las bridas sujetas a las bocas de los dinosaurios y estos ascendieron a toda velocidad. A casi todos les gustó la experiencia, aunque Arthur estaba completamente paralizado por el miedo y se pasó todo el ascenso con los ojos cerrados. Agatha miró aquel mundo desde las alturas y le pareció la cosa más hermosa que había visto jamás. La sensación de volar a lomos de uno de aquellos gigantescos dinosaurios era increíble. Parecía como si realmente flotaras en el aire y por unos instantes deseó que el viaje se prolongara. A los pocos minutos estaban posándose en una de las plataformas de la ciudad. Cuando Arthur y sus amigos plantaron sus pies en la hermosa urbe no tardaron en verse rodeados por cientos de sus habitantes que les miraban con curiosidad. Dos mundos acaban de encontrarse y siempre que eso sucedía uno de ellos terminaba sufriendo terriblemente las consecuencias.

44 LA CÁRCEL DORADA

Arthur y sus compañeros no podían imaginar que aquel paraíso subterráneo fuera más peligroso de lo que parecía a simple vista. Por un lado se sentían invitados y parecían que los habitantes de la Tierra Hueca los trataban como a dioses venidos de otro mundo, pero por el otro les inquietaba la vigilancia tan estrecha que tenían sobre ellos.

Los intraterrestres, nombre que pusieron los expedicionarios a aquellos habitantes, les llevaron a las habitaciones del templo o casa de Zalmoxis y les prepararon un relajante baño. Cuando los expedicionarios regresaron a sus aposentos sobre sus camas estaban tendidos unos hermosos uniformes de gala. Los hombres y las mujeres vestían de manera parecida. Si Agatha hubiera tenido que definir la moda de aquel lugar, sin duda la hubiera llamado de «traje de buzo». Sus trajes eran una especie de monos plateados con cremalleras que los cerraban herméticamente. Curiosamente esos trajes parecían mantener el cuerpo en una temperatura ideal y, como no tardarían mucho en descubrir, resistían desde un frío glacial hasta las más bajas temperaturas. Aunque los guerreros vestían sus trajes de color verde mucho más ligeros.

Un par de horas más tarde los guerreros les escoltaron hasta una inmensa sala que parecía ser el centro ceremonial de la ciudad. Allí les esperaban media docena de ancianos y el sumo sacerdote, que los intraterrestres habían llamado Aðalbjörn.

—Bienvenidos hombres y mujeres del mundo superior —dijo un hombre que esperaba al lado del trono.

Los exploradores saludaron con una leve inclinación de cabeza.

—Mi nombre es Chandra y soy el chambelán de la ciudad Chang Shambhala —dijo el intraterrestre. A diferencia de los guerreros, el chambelán y los políticos tenían barbas doradas.

—Nosotros somos los miembros de dos expediciones. Mi nombre es Arthur Macfarland y me acompaña mi colaboradora Agatha Drew, ellos son...

—Gracias Arthur, ya nos presentamos nosotros solos —dijo Hans—. Mi nombres es Hans Miller, este es el profesor Klaus Berg y la profesora Bárbara Sigfried.

—Ustedes hablan mejor el idioma de los dioses —dijo el chambelán.

—Ellos son británicos y nosotros alemanes —les explicó Hans, aunque los intraterrestres no parecieron entenderles. Ellos no tenían esas distinciones nacionales.

Arthur se adelantó unos pasos y varios soldados le apuntaron con una especie de lanzas que tenían en las manos. Él dio un paso hacia atrás y levantó las manos.

—Únicamente quería enseñar una cosa al sumo sacerdote —dijo el profesor inglés.

—Adelante —contestó con voz seca el sumo sacerdote, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

El profesor inglés se adelantó y mostró al Sumo Sacerdote un papel escrito con

runas. El intraterrestre levantó la vista y le miró con sus gigantescos ojos grises. Había algo inhumano en su mirada, pero por otro lado Arthur vio en ellos temor.

—Las profecías hablan del regreso de los dioses de la superficie. Un día nos llevarán de nuevo a la tierra de los grandes cielos azules —dijo el sumo sacerdote.

—No somos dioses —dijo Arthur, pero apenas había terminado la frase cuando Hans se adelantó hasta él y le golpeó en la cara.

—Nosotros sí somos dioses, venimos de vuestra raza; somos los descendientes de los que subieron a la superficie hace miles de años para dominar a las otras razas inferiores. Hemos venido a contactar de nuevo con vosotros. En la superficie se está produciendo una guerra entre nuestra raza aria y las otras razas inferiores. Si ellos ganan no dudes que vendrán hasta la Tierra Hueca para exterminaros también a vosotros. Heinrich Luitpold Himmler, el comandante en jefe de las SS, os ha escrito una carta para que os aliéis al Cuarto Reich —dijo Hans.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? Nuestro líder es Adolf Hitler y estamos en el Tercer Reich —dijo Klaus. A pesar de que no era un seguidor de Hitler, sin duda Himmler era mucho más fanático y radical que el fundador del nazismo.

Hans apartó a Klaus de un empujón. Los guerreros se pusieron nerviosos, pero el sumo sacerdote les detuvo con una indicación. Hans entregó la carta escrita en runas y el intraterrestre la leyó con rapidez.

—¿Creías que confiábamos plenamente en ti? Al fin y al cabo no eres más que un profesor degradado por sus ideas liberales. Nuestro encuentro en París no fue casual. Seguíamos tus pasos y Himmler me ordenó que te reclutáramos. Yo le dije que eras un traidor y que tu mente estaba contaminada por la literatura degenerada, pero Himmler sabía que era el mejor especialista en Julio Verne y el único que podría encontrar la entrada a la Tierra Hueca. Por un momento pensé que terminarías siendo uno de los nuestros, pero ahora ya no tengo dudas. Himmler me encomendó esta misión personalmente. El Reichsführer sabe que Hitler no ganará la guerra. El Führer no se ha tomado nunca en serio la existencia de la Tierra Hueca ni el origen mítico del mundo ario. Él es un judío con sangre contaminada y, a su debido tiempo, Himmler le quitará del poder —dijo Hans con los ojos desorbitados.

—¡Estás más loco que el fanático de tu líder! —dijo Klaus tocándose el labio partido.

—Las profecías a las que ha tenido acceso Himmler hablan del hundimiento del Tercer Reich; entonces surgirá el cuarto y último Reich que durará mil años.

—Las SS está preparando el camino para su llegada —dijo Hans.

El sumo sacerdote tomó el papel y lo leyó:

La Humanidad está claramente dividida entre hombres divinos y criaturas inferiores. Las diferencias intelectuales entre los arios y otras naciones civilizadas y salvajes tales como los isleños de los mares del sur es inexplicable de otra manera. Nada de cultura, ni de generaciones

entrenadas para la civilización al mismo nivel que los arios, los semitas y los turanios, puede surgir de tales especímenes humanos como los bosquimanos, los veddas de Ceilán y algunas tribus africanas. La «chispa divina» está perdida en ellos y son las únicas razas inferiores del globo que ahora, felizmente —debido al sabio ajuste de la naturaleza que trabaja en esa dirección— mueren. En verdad la humanidad es de la «misma sangre», pero no de la misma esencia^[6]. Os ofrezco una alianza entre los arios de la superficie y los del inframundo.

—Apresad a los ingleses —dijo el sumo sacerdote—, usted quédese conmigo, tiene que contarme muchas cosas.

Mientras los guerreros se llevaban al resto de humanos, Hans se situó justo al lado del trono. Estaba a punto de cumplir su misión. Cuando se unieran las fuerzas del interior y exterior de la tierra, nadie podría frenar el reinado milenario de la raza aria.

45 EL CARCELERO

Bárbara golpeó las rejas de la celda, pero lo único que consiguió fue que sus nudillos comenzaran a sangrar. Agatha se acercó a ella y le sujetó los brazos. La alemana miró a la británica con gesto de desprecio.

—Déjame, sucia inglesa. Todo esto es culpa vuestra. Hans vendrá pronto para sacarme de este agujero, pero vosotros os pudriréis en él.

Agatha se apartó confundida. Hasta ese momento Bárbara se había mostrado muy amigable, pero sin duda las cosas habían cambiado.

Klaus se aproximó a su compatriota y la aferró de los hombros. Bárbara comenzó a llorar y terminó por abrazarse a él.

—Todos estamos nerviosos. Llevamos mucho tiempo bajo tierra y nuestras esperanzas por subir a la superficie parecen disiparse, pero no te preocupes, todo saldrá bien —dijo el profesor alemán.

—Yo soy miembro del partido, creo en el nacionalsocialismo, pero hay ciertas cosas... —dijo Bárbara entre lágrimas.

—No nos educaron para saltarnos las leyes humanas y divinas. Los nazis están llegando demasiado lejos. Han perseguido a los judíos, a los comunistas, socialistas y a las personas religiosas; ya nadie está a salvo —dijo Klaus, que de nuevo volvía a sentir la amenaza de los nazis sobre su cabeza.

Arthur contempló la escena sin intervenir y después se puso a examinar la celda. Las paredes eran muy gruesas, pero de madera. La única ventana que daba al exterior era diminuta y las rejas de la celda estaban hechas de algún material tan resistente como el acero.

—Los intraterrestres no parecen de fiar. Hans les convencerá para que nos eliminen y pedirá una comitiva que le acompañe a la superficie —dijo Arthur.

—Tenemos que salir de aquí —comentó Agatha.

—Hay momentos en que lo único que se puede hacer es esperar. Será mejor que recuperemos fuerzas. Cuando vengan a traernos la comida, podremos intentar algo —dijo Arthur.

El grupo se repartió por los camastros. Bárbara se quedó dormida enseguida, pero Klaus, Arthur y Agatha comenzaron a hablar en voz baja.

—Cuando venga con la comida yo saltaré sobre el carcelero, vosotros tenéis que intentar tomar sus llaves y abrir la reja —dijo Arthur.

—No parece muy difícil —comentó Agatha.

—El problema es salir de la ciudad —dijo Klaus con poca convicción.

—Si logramos robar unos *quetzalcoatlus* podremos escapar —dijo Arthur.

—Pero ellos no seguirán con sus monturas y no tardarán mucho en exterminaros. En el caso hipotético que lográramos huir, tampoco sabemos dónde se encuentra la salida a la superficie —comentó Klaus.

—Con el tiempo he aprendido que lo mejor es enfrentarse a cada problema

cuando se presenta. Lo primero que tenemos que intentar es salir de aquí con vida — dijo Arthur.

Escucharon como alguien se acercaba por el pasillo. El sonido chirriante de las ruedas les alertaron de inmediato. Un intraterrestre se detuvo frente a su puerta con un carrito. Llevaba cuatro bandejas plateadas. Ellos se hicieron los dormidos mientras el carcelero comenzaba a dejar las bandejas sobre una mesa sin sillas.

Arthur pegó un salto y se lanzó sobre la espalda del carcelero, pero este logró zafarse con facilidad, arrojándole sobre la mesa en medio de un grane estrépito. La comida se cayó al suelo y el agua salpicó al resto de prisioneros.

El profesor alemán intentó sorprender al intraterrestre, pero también fue lanzado con fuerza contra la pared. Agatha y Bárbara estaban a punto de enfrentarse al carcelero cuando este levantó las manos.

—¡Quietos! He venido para ayudarles.

Todos le miraron sorprendidos. No podían creer sus palabras, pero permanecieron en silencio hasta que el intraterrestre miró por unos instantes a sus espaldas y comenzó a hablar.

46 LA FUGA

El carcelero era algo más bajo que el resto de habitantes del inframundo que habían conocido, pero sus rasgos eran prácticamente iguales al de los otros intraterrestres. Vestía un mono parecido al de ellos y llevaba una pequeña daga en el cinto plateado. Todos le miraron extrañados, pero Arthur hizo una señal y se separaron un par de pasos de él.

—Sabemos la condena que el sumo sacerdote ha puesto sobre vosotros. Desde hace tiempo un grupo de jóvenes está rebelándose ante las decisiones del sumo sacerdote y el consejo de guerreros. Nuestro pueblo siempre se ha caracterizado por decidir todo en asamblea y buscar la paz, pero desde hace varios años él controla todos los poderes y encarcela a todo aquel que osa contradecirle.

—Muchas gracias por ayudarnos —comentó Agatha.

—Tenemos que darnos prisa, en unos minutos se darán cuenta de vuestra huida. Hemos preparado unos *quetzalcoatlus* con provisiones. Un guía os llevará hasta la salida de la Tierra Hueca —dijo el joven intraterrestre.

—No sabemos cómo podremos agradecerle esto —comentó Klaus.

—Lo único que os pedimos es que presentéis a los intraterrestres como seres de paz con nuestros hermanos de la superficie. Mañana mismo comenzará una lucha contra el sumo sacerdote y sus planes para sojuzgar a nuestro pueblo. Seguidme —dijo el joven con un gesto.

Camaron por el largo pasillo iluminado por unas teas eléctricas y el intraterrestre se detuvo frente a un gran armario acristalado. Sacó de él varias dagas y lanzas, que repartió entre Arthur y sus amigos.

—Espero que no tengáis que usarlas —dijo el joven.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Agatha.

—Si las extiendes y apuntas hacia cualquier objeto sale un haz de luz y energía capaz de hacer un agujero a cualquier material —les explicó el joven.

Salieron a una de las terrazas y observaron a la media docena de dinosaurios voladores que les esperaban. Un intraterrestre les ayudó a cabalgar las bestias. Arthur miró la cabeza del monstruo y dijo inquieto al joven:

—¿Cómo se gobierna a estos seres?

—No os preocupéis, los animales seguirán al guía. Vosotros procurad mantener el equilibrio. Que el poder del Dios de la luz os acompañe —dijo el joven. Después dio la orden y los seis dinosaurios ascendieron.

Mientras los majestuosos *quetzalcoatlus* ascendían majestuosos en el firmamento de la Tierra Hueca, Hans le exponía los planes de su líder Himmler al sumo sacerdote. La oscuridad que se había cernido sobre el mundo en la superficie se empezaba a extender también en el inframundo. El Cuarto Reich estaba tomando forma en la parte más remota del planeta, mientras Hitler ideaba sus planes para derrotar a su más temible enemigo: el comunismo de la Unión Soviética.

47 PERSECUCIÓN

La piel ligeramente azulada de los *quetzalcoatlus* brillaba bajo la luz del día intraterrestre. Sus enormes picos dorados se movían al compás de las enormes alas membranosas. En la parte superior de la cabeza, justo al final del largo cuello, tenían una cresta puntiaguda. Arthur aflojó un poco las riendas y miró el inmenso océano a sus pies. La tierra se alejaba en un punto y el guía les llevaba más al este. Después observó al resto de sus compañeros cabalgando sobre los inmensos animales. Montados en las hermosas sillas con alforjas parecían sacados de una de las fascinantes historias de Tolkien. En un lateral tenían las lanzas y parecían tan alucinados como él con el impresionante vuelo de aquel inmenso dinosaurio.

«Ningún otro ser humano ha volado sobre uno de estos seres», pensó Arthur mientras acariciaba el vello que crecía en la espalda del animal.

Los animales volaban sin parar cuando Klaus escuchó una especie de silbidos sobre su cabeza y entrevió un fogonazo.

—¡Dios mío! —gritó el profesor alemán señalando a una docena de *quetzalcoatlus* que se aproximaban tras ellos.

En uno de los dinosaurios se encontraba Hans. Con sus prismáticos intentaba escrutar a los cuatro fugitivos sin apenas poder contener la rabia. Una hora después de su huida los guerreros habían informado al sumo sacerdote de que un grupo de jóvenes traidores habían dejado escapar a sus compañeros. Aquello dificultaba aún más la misión de Hans. Klaus se había convertido en un estorbo y Bárbara era una inepta que se había unido al movimiento nazi para progresar en su carrera profesional. Ninguno de los dos merecía vivir, pensaba convencido el fanático oficial de las SS. Por otro lado, Hans se sentía muy satisfecho. No solo había descubierto la Tierra Hueca y el origen de la raza aria, sino que gracias a su astucia tenía de su parte a los intraterrestres y sus fabulosas armas.

Cuando su grupo se aproximó al de los fugitivos tomó la lanza y apuntó a Arthur. Aquel profesor inglés había manipulado a sus compañeros hasta ponerlos de su parte, pero no viviría para contarlo. Ya se encargaría él de que su nombre aparecería en los futuros libros de historia cuando narraran esa gesta. Todo el mérito del descubrimiento de la Tierra Hueca sería suyo.

Disparó el rayo y observó con enfado cómo pasaba a unos centímetros de Arthur, que había logrado que su cabalgadura descendiera en el último segundo.

El profesor inglés tomó su lanza y disparó a Hans, que estuvo a punto de caer al vacío.

—¡Maldito inglés! —gritó Hans devolviendo el disparo.

El rayo rozó una de las alas del *quetzalcoatlus* y este giró bruscamente. Arthur se salió de su silla y se aferró al lomo del animal para no caer.

Hans volvió a apuntar al inglés, pero justo un segundo antes de su disparo notó que una descarga le pasaba rozando y se llevaba su casco. El alemán se dio la vuelta

y contempló cómo Klaus se dirigía hacia él a lomos de su dinosaurio. El animal mordió una de las alas del otro *quetzalcoatlus* y este pegó un gemido que retumbó por todas partes.

Agatha disparó a uno de los intraterrestres y logró derribarle mientras Bárbara hacia los mismo con un segundo perseguidor. Su guía logró desmontar a otros dos jinetes, que cayeron hacia las frías aguas del mar.

Hans observó con terror que únicamente quedaban cinco de los guerreros que le habían acompañado en la búsqueda de los fugitivos y que su cabalgadura estaba herida. En el último momento había logrado zafarse de Klaus, pero el animal que cabalgaba parecía gravemente herido.

Arthur derribó a otro de los perseguidores abatiendo su *quetzalcoatlus*, que se precipitó al vacío. El jefe de los guerreros ordenó a sus hombres que se retiraran, pero no pudo evitar que un nuevo guerrero muriera por el rayo lanzado por Agatha.

En la huida, el jefe de los guerreros se volvió y apuntó a Bárbara, que intentaba alcanzarle con su lanza. El rayo salió de la punta del arma y dio de lleno a la alemana, que murió en el acto, pero sin caerse del inmenso dinosaurio.

—¡Bárbara! —gritó Klaus mientras se acercaba a su cabalgadura. Tocó su brazo, pero la mujer ya estaba muerta.

Miró con rabia a Hans y los guerreros que huían en dirección contraria. Apuntó con cuidado a las espaldas de su antiguo alumno. Por unos segundos recordó al joven alumno que había acudido a su aula el primer día de clase. Al joven inteligente y prometedor que le admiraba tanto, que siempre decía que deseaba convertirse como él en profesor de literatura. Hans se había convertido en un ser egoísta que tenía que ver muy poco con aquel joven. Le había engañado y utilizado para después simplemente deshacerse de él. Los jóvenes como Hans, demasiado ambiciosos para distinguir entre lo que era correcto y lo que no lo era, estaban destruyendo el mundo. Miró por última vez a su viejo alumno y disparó. El rayo azulado atravesó el cielo y golpeó directamente al cuerpo de Hans, que se derrumbó hacia delante.

Mientras los perseguidores se alejaban, Klaus intentó contener las lágrimas. De alguna manera había comprendido que el darwinista mundo que los alemanes habían inventado estaba terminando con los últimos restos de humanismo que le quedaban a la vieja Europa. Era la ley del más fuerte y los más débiles no tardarían en perecer.

48 LA SALIDA

Estuvieron toda la noche surcando los cielos color violeta de la Tierra Hueca. Cada uno intentó combatir la fatiga sobre su propio *quetzalcoatlus*. Tomaron algo de agua y comida, pero ninguno de ellos pudo dejar de pensar en todo lo que habían perdido en esa tierra remota. Todos los compañeros de Klaus habían muerto, incluida Bárbara. Del lado de los británicos las cosas no estaban mucho mejor, pero Arthur se consolaba con contar con Agatha todavía a su lado. Le había sorprendido una vez más con su valentía y aplomo. Mientras la observaba cabalgar a lo lejos, pensó en todo lo que les había distanciado y en su maldita cobardía. Ya no le importaba lo que los demás pudieran pensar. Si regresaban vivos a Inglaterra intentaría recuperarla de nuevo.

Agatha miró a su compañero y le vio pensativo. Juntos habían conseguido el sueño de todo investigador. Todo el mundo sabría que Julio Verne tenía razón y que la Tierra Hueca existía realmente, pero eso parecía algo muy secundario cuando lo comparaba con la oportunidad de estar de nuevo con Arthur. Desde que habían comenzado la misión le había intentado torturar para que supiera realmente todo el daño que había causado, pero el peligro y las experiencias vividas en aquellos meses les había vuelto a unir.

El guía se detuvo frente a una especie de gigantesco embudo suspendido sobre sus cabezas e hizo un gesto con la mano. Miraron hacia arriba y por unos segundos vieron una minúscula franja del cielo azul. La superficie estaba a unos pocos kilómetros de su alcance.

Los tres compañeros gritaron eufóricos mientras sus *quetzalcoatlus* comenzaron el ascenso. A medida que se acercaban una fría brisa comenzó a llenar el inmenso túnel de olores. Primero a mar, después a nubes a punto de desbordarse y por último la extraña sensación que produce el aire libre cuando te golpea en la cara.

El guía salió primero de la gruta y unos segundos más tarde, el grupo de *quetzalcoatlus* volaron entre las nubes sobre una gran masa de hielo y nieve.

Los tres compañeros se sintieron confundidos. Aquel sitio únicamente podía tratarse del Polo Norte o la Antártida. El viaje dentro de la Tierra Hueca les había desorientado y sus brújulas no funcionaban en el inframundo. El guía les señaló el horizonte. Se veía a los lejos un grupo de cabañas junto al océano.

Los *quetzalcoatlus* descendieron y el guía les pidió que desmontasen.

—Pero, ¿dónde estamos? —preguntó Arthur.

—En esa aldea encontrarán ayuda. Nosotros no podemos mostrarnos a los humanos —dijo el guía en un mal islandés.

El intraterrestre montó sobre uno de los dinosaurios y los majestuosos animales comenzaron a ascender.

Los tres compañeros se quedaron un rato observando a los *quetzalcoatlus* y después se dirigieron hasta la aldea. Sus magníficos trajes les protegían del frío polar,

pero sentían la cara abotargada por el aire gélido.

Tras dos horas de camino llegaron a alcanzar las primeras cabañas. En unos minutos estaban junto a una de ellas. Arthur llamó a una de las puertas de madera y espero antes de que una mujer anciana, vestida con un traje de colores hecho de lana, les abriese.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a la mujer en islandés.

La mujer les miró extrañada. Su indumentaria era muy misteriosa y ella no hablaba islandés.

Klaus se adelantó un paso y le habló en noruego. La mujer tardó unos segundos en reaccionar, pero después le contestó.

—Están en Hammerfest, la ciudad más al norte del reino de Noruega.

49 EN MANOS DEL MAL

Arthur y sus compañeros no pasaron mucho tiempo en Hammerfest. Dos lugareños llamados Amund y Hakken les llevaron en dos trineos tirados por perros alaskan hasta la ciudad de Alta, una de las pequeñas localidades del norte de Noruega. El frío y la nieve dificultaron el viaje y tuvieron que dormir en los trineos, a mitad de camino. La navegación en aquella época del año era imposible y nadie se movía por el norte del país en aquellas condiciones, pero los tres exploradores deseaban llegar cuanto antes a una zona más poblada y había logrado persuadir a los aldeanos para que les llevaran a la ciudad. Mientras el resto de sus compañeros dormían Arthur salió al claro y contempló la oscuridad que les rodeaba. Aquella noche prolongada del Ártico le recordó a la Tierra Hueca. Ahora que se encontraba de nuevo en la superficie. Todo lo vivido le parecía parte de un sueño o una pesadilla. Afortunadamente, había logrado traer consigo algunas muestras, fotografías y la pequeña daga de los intraterrestres. No ignoraba que si a él mismo le costaba creerse lo que había sucedido en los últimos meses la comunidad científica sería aún más escéptica con su descubrimiento.

El profesor inglés escuchó unos pasos en la nieve y cuando se giró pudo ver a Amund que se acercaba hasta él.

—No debería estar a la intemperie. Aunque no note el frío, es muy peligroso permanecer al raso —dijo el aldeano.

—Estaba tomando un poco de aire —contestó Arthur.

—Me ha sorprendido que viajen ustedes dos con un alemán. ¿No sabe que Alemania e Inglaterra están en guerra? —preguntó el aldeano.

—Sí, claro que lo sabemos. No hace tanto tiempo que empezó nuestra expedición. A propósito, ¿qué día es hoy?

—Es 15 de diciembre de 1942 —contestó el aldeano.

Arthur le miró sorprendido. Él había calculado que apenas habían pasado poco más de un mes bajo tierra, pero la realidad era que habían estado casi un año entero.

—No es posible —dijo el inglés.

—Los alemanes han ocupado prácticamente toda Europa excepto Inglaterra y Suiza, y ahora están avanzando contra Rusia. No tardarán en dominar el resto del mundo —dijo el aldeano.

—¿En la ciudad de Alta hay algún destacamento alemán?

—Sí, una pequeña guarnición, pero en cuanto asomen por allí los detendrán —dijo el aldeano.

—No se preocupe, nuestro compañero alemán intercederá por nosotros. Tomaremos un avión con dirección a los Estados Unidos y desde allí regresaremos a Gran Bretaña —contestó Arthur.

—Me temo que los Estados Unidos también está en guerra con Alemania.

Arthur le miró sorprendido. La guerra se había recrudecido en el último año y

ahora era un conflicto a nivel mundial. De todas formas confiaba en Klaus. En los últimos días les había ayudado a escapar y se habían enfrentado a Hans.

Regresaron a los trineos y cuatro horas más tarde continuaron su camino hasta la ciudad de Alta. Tardaron casi seis horas en divisar a lo lejos la población. Lo único que destacaba del inmenso manto blanco eran los tejados grises y algunas farolas encendidas. La ciudad parecía desierta cuando se acercaron, pero al cruzar las calles un grupo de soldados les salió al encuentro, como si estuvieran esperando su llegada.

—¡Alto! —dijo un sargento a los dos aldeanos.

Los hombres detuvieron los trineos y el sargento se acercó hasta el primero.

—Documentación —dijo el sargento.

Agatha y Arthur, que viajaban en el mismo trineo, negaron con la cabeza a la vez, pero Klaus se puso en pie y se dirigió hacia el soldado.

—Mi nombre es Klaus Berg. Soy oficial de las SS, pertenezco a la Ahnenerbe. Estábamos realizando una operación secreta en el Ártico, pero hemos perdido a la mayor parte de nuestros hombres.

El sargento le miró de arriba abajo. Klaus parecía cualquier cosa menos un oficial de las SS, pero la historia parecía tan increíble que el soldado pensó que debía ser cierta.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el sargento.

—Ellos son dos exploradores británicos. Pertenecen a una expedición paralela a la nuestra. Puede detenerlos —dijo Klaus mirando a la cara sus antiguos compañeros.

—Pero, Klaus... —dijo Arthur, sorprendido.

—Me debo al Reich. Lo siento, pero estamos en guerra. Abajo éramos un grupo de humanos buscando una salida, aquí somos enemigos —comentó Klaus mirando directamente a los ojos del británico.

El sargento hizo un gesto y dos soldados esposaron a Agatha y Arthur; después se los llevaron a su base en la ciudad mientras el sargento acompañaba a Klaus hasta la casa del capitán que encabezaba el pequeño destacamento.

La residencia era pequeña, pero contrastaba de las demás por las paredes de madera pintadas de rojo. El sargento llamó a la puerta y sin esperar respuesta entraron en el pequeño recibidor de la casa. Un agradable calor hogareño les invadió por completo y Klaus respiró hondo. Parecía que había algún plato al fuego. Por unos instantes pensó en Hamburgo y lo que echaba de menos su hogar.

—Capitán Imre Lerner, le presento al oficial de las SS Klaus Berg —les introdujo el sargento.

—Encantado —dijo el capitán sin dejar de mirar su extraña indumentaria.

—Gracias por acogerme en su casa. Le aseguro que he tenido que realizar un viaje muy largo. No puedo contarle los detalles de mi misión, pero sí me gustaría que me informara de la situación actual de la guerra y de Alemania —dijo Klaus.

El capitán le invitó a que se sentara en uno de los sillones del salón. Después le ofreció un cigarrillo, que Klaus aceptó de inmediato. Mientras le daba unas profundas

caladas al cigarro, se recostó en el respaldo y dejó que el humo le relajara por completo.

—La guerra se ha extendido prácticamente a todos los continentes. Nuestros ejércitos combaten en Europa, África y Oriente Próximo. Nuestros aliados luchan contra Gran Bretaña y los Estados Unidos en Asia y Oceanía. El Führer ha conseguido victoria tras victoria. Cuando caiga la Unión Soviética nada se nos resistirá —comentó el capitán.

—¿No desequilibrará la balanza la entrada de los Estados Unidos en la guerra? —preguntó Klaus.

—No, los japoneses han destruido casi por completo su flota del Pacífico y parece que están conquistando los primeros territorios de soberanía británica sin mucha resistencia —dijo el capitán.

—Me alegra oír tan buenas noticias. ¿Cuándo me podrán llevar hasta Oslo? —preguntó Klaus, centrándose en la manera de regresar cuanto antes a Alemania.

—Me temo que tendrá que esperar dos o tres meses. Las comunicaciones por mar son muy difíciles y por tierra es un verdadero suicidio. No me explico cómo han llegado hasta aquí sin ningún percance.

—Es demasiado tiempo —refunfuñó Klaus.

—No podemos luchar contra los elementos —comentó el capitán mientras señalaba la nieve que volvía a caer al otro lado del cristal.

50 EL TELEGRAMA

La cárcel en la ciudad de Alta era la menor de las preocupaciones de Arthur y Agatha. Lo que realmente temían era caer en manos de las SS o la Gestapo. Los dos eran conscientes de que las temibles huestes de Hitler eran capaces de las mayores atrocidades. Los días pasaban lentamente en el monótono invierno noruego, pero los dos amigos aprovecharon para leer, aprender el idioma e intentar recuperar su historia de amor.

Agatha no podía ni imaginar que Arthur y ella pudieran ser felices en esa situación, pero al menos en aquella parte del mundo estaban lejos de la guerra y sus terribles consecuencias.

No volvieron a ver a Klaus hasta el mismo día de su partida a Oslo.

La mañana de 2 de febrero de 1943, Klaus entró en la celda con dos soldados, que tras esposarlos les llevaron hasta el puerto. A unos quinientos metros la imponente figura de un acorazado alemán parecía dominar toda la bahía.

—¿Qué nos harán tus amigos, Klaus? —preguntó Agatha, que por primera vez en muchos meses parecía realmente angustiada.

—No tengáis miedo. Simplemente os interrogarán; si os portáis bien os enviarán a un campo de prisioneros militar y allí descansaréis el resto de la guerra —les contestó Klaus en inglés.

—He oído que los prisioneros de guerra no disfrutaban de muchas comodidades, sobre todo desde que se recrudeció la guerra. En la cárcel circulaba el rumor que el frente oriental está perdido. Alemania comienza a perder la guerra —dijo Arthur.

Klaus le miró desafiante. Él también había escuchado esos rumores, pero su suerte estaba unida ahora a la del Tercer Reich y prefería que los suyos ganaran la guerra. Ya habría tiempo para que comenzaran a moderarse. El nazismo, como cualquier otra ideología, terminaría por convertirse en un sistema político conservador, pero nada más.

—Será mejor que te reserves esos comentarios; con esa actitud no puedo garantizar tu seguridad. En el acorazado estarás bajo la custodia del capitán Karl Topp y seguro que esas opiniones no son bien recibidas. Los alemanes estamos luchando valientemente en Moscú y hemos logrado detener el avance ruso. Muchos jóvenes se están sacrificando por nosotros y eso no es un tema para trivializar —dijo Klaus.

—No podréis ganar la guerra y si te conviertes en cómplice de esos asesinos tendrás que pagar por ello —comentó Agatha.

Klaus se giró furioso y abofeteó la cara de la mujer. Arthur intentó pararle, pero uno de los soldados le sujetó con fuerza.

Agatha volvió a mirarle desafiante; de la comisura de los labios le brotaban unas pocas gotas de sangre.

El grupo se dirigió hasta el puerto sin más incidentes y subieron a una barcaza

que en cinco minutos les llevó hasta el acorazado. Subieron a cubierta y fueron conducidos hasta la sala de mandos, en la que el capitán Karl Topp les esperaba con su impoluto uniforme blanco.

—Bienvenidos a bordo. Este es el acorazado Tirpitz, una de las joyas de nuestra armada. En dos días estaremos en la ciudad de Oslo. Desde allí serán transportados a Berlín en avión —les informó el capitán.

—Muchas gracias, capitán —dijo Klaus.

—El Reichsführer le manda saludos. También nos ha hecho llegar este telegrama para usted —comentó el capitán entregándole un papel doblado por la mitad.

—Será un placer viajar a bordo de su barco —dijo Klaus.

—Ustedes dos serán tratados según las normas de los tratados de guerra internacionales. Durante el día estarán encerrados en unos camarotes separados, pero podrán comer con nosotros y el resto de oficiales a las horas indicadas —dijo el capitán.

Los marineros llevaron a Arthur y su amiga a sus camarotes mientras Klaus salía a cubierta para tomar el fresco. Observó la pequeña ciudad de Alta mientras el barco comenzaba a moverse por la bahía. El pequeño grupo de casas destacaba entre los bosques y los campos de cultivo completamente cubiertos por la nieve. Parecía una emotiva estampa navideña. Aquel lugar desprendía una paz que no había experimentado ni en su etapa de profesor universitario.

El barco se alejó de la costa y entró en las gélidas aguas del mar de Noruega. Klaus sintió que los dedos de su mano derecha comenzaban a congelarse y observó el papel amarillento que aún conservaba en la mano. Lo desdobló y esperó unos segundos antes de comenzar a leer:

Felicidades por el éxito de la Misión Verne. Stop. Estamos expectantes por sus descubrimientos. Stop. Le esperamos en Berlín a la mayor brevedad posible. Stop. Heil Hitler. Stop. Heinrich Himmler.

Klaus arrugó el telegrama con la mano y lo lanzó al mar. Después pensó que bajo aquella inmensa cantidad de agua se escondía el secreto que Julio Verne había descubierto mucho tiempo antes, la Tierra Hueca que ahora esperaba ser colonizada por el Tercer Reich. Entonces pensó que a veces era mejor ser invisibles ante los ojos de la humanidad. Siempre que el hombre había colonizado a otros pueblos había terminado exterminándolos.

51 UN VIAJE EN BARCO

Los días pasaban monótonos a bordo del acorazado Tirpitz. Arthur y Agatha se veían en muy pocas ocasiones y nunca solos. Para matar su tiempo, el profesor inglés se dedicó a leer algunos libros y a intentar plasmar en un diario todo lo que habían observado durante su increíble *viaje al centro de la Tierra*. Cuanto más tiempo pasaba más aumentaba su sensación de que todo lo vivido se trataba de un simple sueño. El descubrimiento de los papeles de Julio Verne, el viaje por los túneles, la llegada a la Tierra Hueca, la forma en la que habían atravesado el mar ultraterrenal y el descubrimiento de la civilización que habitaba en inframundo. Arthur no tenía otra manera de medir los días y las horas que por las comidas que realizaban con los oficiales en el comedor principal. Cuando observaba a Agatha desde el otro lado de la mesa le parecía ver en su mirada la angustia del que sabe que el final de su viaje será muy desagradable.

El único momento en el que podían hablar era en el pasillo y las escaleras que les llevaban hasta el comedor. Dos soldados les escoltaban, pero eso no les importaba. Cruzaban algunas frases en inglés o se daban por unos segundos la mano. A veces se pasaban notas escritas que leían ávidamente al llegar a sus respectivos camarotes.

Las comidas con los oficiales eran poco emocionantes. La mayoría de las veces hablaban de temas marinos y militares. En algunas ocasiones sus palabras parecían insinuar que el año 1943 no estaba siendo muy favorable para los alemanes, sobre todo en el frente oriental, pero nadie se atrevía a expresarlo abiertamente.

La penúltima cena antes de la llegada a Oslo comenzó con una conversación inusual que rompió con la pesada monotonía de los últimos días.

Klaus había bebido más cerveza de la cuenta y empezó a dar algunos detalles de la expedición al centro de la Tierra. Los oficiales le escuchaban sorprendidos y un par de ellos contaron experiencias curiosas que parecían confirmar la entrada a la Tierra Hueca por la Ártico.

—En uno de nuestro viajes de reconocimiento la Kriegsmarine^[7] nos pidió que fuéramos más al norte para estudiar una posible vía de comunicación con América que nos permitiera llegar con nuestro buques a las costas de Canadá sin ser localizados. El viaje era muy peligroso y nuestro barco era un rompehielos que avanzaba muy lentamente. Nuestro plan consistía en rodear Groenlandia por el norte y después descender por la bahía de Baffin. Cuando llegamos al este de la isla, curiosamente nuestra brújula comenzó a fallar. Observamos una especie de sima entre un arco de tierra. Intentamos acercarnos, pero fue imposible —comentó el capitán Karl Topp.

—Es increíble —dijo un joven oficial llamado Otho.

—Puede que haya algo en los polos que provoque el magnetismo de la Tierra, una especie de gran dinamo, que da luz en el interior y produce electricidad magnética en

el exterior —dijo Klaus.

Arthur miró reojo al alemán y después dijo:

—Me temo que nunca lo sabremos.

El inglés esperaba que Klaus se diera por aludido. Nadie debía conocer su secreto. Ya era suficientemente peligroso que lo supieran los servicios de espionaje de sus dos países, pero lo sería mucho más si se corría la voz por todo el mundo.

—¿Cómo que nunca lo sabremos? ¡Maldita sea! Tú sabes tan bien como yo que...

—Que has bebido demasiado y que deberías retirarte a tu camarote —intervino Agatha.

—Maldita fisgona. ¡Métete en tus asuntos! ¡Cuando llegemos a Berlín te bajarán los humos! —dijo Klaus completamente borracho.

Arthur se puso en pie y aferró al alemán de la pechera. Varios vasos y platos rodaron por la mesa hasta el suelo. Cuatro oficiales alemanes intentaron separarlos, pero el inglés ya había propinado el primer puñetazo a Klaus.

—¡Por favor, caballeros! —gritó el capitán Topp.

Los soldados lograron tirar a Arthur al suelo mientras otros dos se llevaban a Klaus sangrando por la nariz.

—Entiendo su reacción, Arthur, pero este barco exige una férrea disciplina. No saldrá de su camarote hasta que llegemos a Oslo —dijo el capitán Topp.

A Arthur se le hicieron eternas las últimas cuarenta y ocho horas. No pudo salir de su camarote ni recibir visitas, pero intentó matar su tiempo leyendo e intentado imaginar posibles planes de fuga.

Una de las pocas oportunidades que les quedaban era huir en Oslo. Una vez en el avión o en tierra alemana la fuga sería casi imposible. El profesor inglés sabía que les llevarían esposados en todo momento. También que siempre tendrían a dos o más guardas a su lado. Además, en ese momento no podía comunicarse con Agatha para intentar coordinar con ella algún tipo de fuga.

52 ENCUENTRO CON HIMMLER

La mañana del 7 de febrero de 1943 el barco llegó al puerto de Oslo. Dos soldados llevaron a Agatha y Arthur esposados hasta la cubierta del acorazado. Allí estaban el capitán Topp y Klaus junto a varios hombres vestidos de paisano, con gruesos abrigos negros y sombreros de ala corta. Uno de ellos, el que hablaba con Klaus, les miró de arriba abajo cuando se acercaron.

Agatha miró con temor al hombre. Tenía la mitad del rostro carcomido por algún tipo de ácido y su único ojo azul les miraba de una manera inquietante. Un parche cubría el otro ojo, pero dejaba al descubierto la mayor parte de piel rosada y rugosa.

—¿Estos son los prisioneros? Nosotros nos haremos cargo de ellos a partir de ahora. Los espías son cosa de la Gestapo —dijo el hombre de la cara quemada.

—Son mis prisioneros —se quejó Klaus, al que los hombres de negro le parecían aún más temibles que las SS.

—Cumplimos órdenes, camarada. Usted ha realizado un gran logro para el Reich, pero nosotros somos los expertos en interrogaciones —dijo el hombre de la cara quemada.

—Pero... —contestó Klaus, impotente.

El jefe de la Gestapo hizo un gesto para que los dos prisioneros se acercaran. Después aferró Agatha por el cuello y dijo sin dejar de apretarle dijo:

—El Reichsführer quiere verles en persona, pero antes tendremos que ablandarlos un poco. Tenemos métodos para que la gente se muestre más colaboradora.

Cuando el jefe de la Gestapo soltó a la mujer, esta comenzó a toser. Su rostro estaba amoratado y Arthur la miraba con los ojos húmedos. Se sentía impotente ante aquel grupo de monstruos.

Descendieron del barco en silencio. Tomaron dos coches Volkswagen negros y atravesaron la blanquecina ciudad de Oslo a gran velocidad. Parecían impacientes por llegar al aeropuerto. Apenas había tráfico, el combustible estaba racionado y la mayoría de los vehículos requisados.

En menos de media hora los coches entraron en el aparcamiento del aeropuerto y les llevaron hasta un Messerschmitt Me 323 Gigant.

Klaus miró sorprendido al jefe de la Gestapo.

—Es el primer avión que salía hacia Berlín —comentó el hombre de la cara quemada.

Entraron al avión por una puerta lateral y se acomodaron en los asientos. La parte trasera estaba repleta de material militar y médico. Los alemanes estaban desmantelando poco a poco Noruega. El gobierno títere nazi en el país se limitaba a apoyar las iniciativas alemanas.

Uno de los miembros de la Gestapo se sentó al lado de Arthur y otro junto a Agatha. Lo que les impidió comunicarse durante todo el trayecto.

El vuelo duró algo más de tres horas, cuando llegaron a Berlín los dos ingleses

tenían los músculos entumecidos, un hambre voraz y temor por lo que les esperaba en los oscuros sótanos de la Gestapo.

El avión aterrizó en una base militar próxima a la capital de Alemania. Los miembros de la Gestapo bajaron del avión antes que Klaus. Un gélido viento del norte les recibió a pie de pista. El profesor alemán tomó su pequeña maleta y corrió hasta el jefe de la Gestapo.

—¿Dónde les transportan? —preguntó Klaus muy serio.

—Eso no le interesa. Cuando estén preparados les llevaremos ante Himmler; seguramente les interrogará estando usted presente —dijo el hombre de la cara quemada.

Klaus se los quedó mirando unos instantes mientras sus viejos compañeros de expedición desaparecían en dos coches exactamente iguales a los que les habían llevado en Oslo.

El profesor alemán caminó hasta la sala de espera del aeródromo. Un sargento de las SS se acercó a él y después de hacer el saludo nazi le pidió que le siguiera. Un coche oficial les esperaba en marcha a la entrada de la sala. Era cerca de medio día y el cielo gris de Berlín parecía engullir todas sus esperanzas. Klaus volvía a experimentar la misma sensación de desasosiego de la primera vez que se encontró cara a cara con Himmler. En cierto sentido era estar tratando con el mismo diablo. No sabía qué le iba a contar cuando le preguntara por Hans.

Media hora más tarde el vehículo se detuvo frente a la fachada principal de la sede de las SS en Berlín, en el centro de la ciudad.

Klaus descendió del coche y se dirigió con paso lento hasta la recargada fachada principal. Dos miembros de las SS se pusieron firme a su paso. Entró y ascendió por las escaleras a pocos pasos del sargento de las SS que le había ido a recoger. Caminaron por un largo pasillo repleto de majestuosos bustos de los héroes nazis y banderolas con la esvástica hasta la puerta del despacho de Himmler. Dos soldados la custodiaban. Cuando Klaus entró en la estancia en penumbra, el vello de todo su cuerpo se erizo de repente. Al fondo una gran mesa repleta de papeles y todo tipo de objetos era la pieza principal del despacho. Sobre la madera de caoba destacaba un busto de Adolf Hitler.

—Comandante Klaus Berg —dijo una voz entre las sombras.

Con esa simple frase acababa de ascender en la escala militar de las SS. Klaus caminó indeciso hasta la mesa y esperó de pie después de realizar el saludo nazi.

—Todas las leyendas tenían razón, ¿verdad? —preguntó Himmler mirándole con sus pequeños ojos tras los lentes redondos.

—Sí, Reichsführer —contestó Klaus con voz temblorosa.

—Ahora comienza mi verdadero plan —dijo Himmler con la vista perdida, como si estuviera contemplando los lejanos mundos de la Tierra Hueca.

53 EL INFIERNO DE LA GESTAPO

El dolor hizo que se despertara de repente. Sentía como si el costado estuviera a punto de estallarle. Abrió los ojos, pero apenas pudo ver el reflejo de la luz debajo de la puerta de hierro. Por unos minutos, mientras los sueños se confundían con la realidad terrible de su prisión, había olvidado que se encontraba a miles de kilómetros de casa, en una de las temibles celdas secretas de la Gestapo.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido terribles. Varias veces había pensado que no resistiría más las torturas. Los nazis parecían disfrutar haciéndole daño a la gente. Ella se había mostrado colaboradora y desde el principio les había contado todo lo que sabía, al menos todo lo que no implicaba a terceras personas, como era el caso de la colaboración de Tolkien y C. S. Lewis.

Agatha intentó incorporarse en el camastro mal oliente. No había podido evitar orinarse encima, tampoco vomitar al lado de la cama, pero apenas podía olfatear el terrible hedor, como si el dolor le anestesiará los sentidos. Una vez sentada intentó recordar algunos datos básicos para saber que no estaba perdiendo la cabeza.

Unos minutos más tarde, o tal vez fueran horas, ya que la oscuridad le hacía difícil calcular el tiempo, llegaron dos mujeres vestidas con el uniforme gris de las carceleras. La llevaron en volandas hasta un baño y le ordenaron que se desnudase. Acto seguido le facilitaron una pastilla de jabón común y una toalla blanca, para que se duchase. Agatha caminó torpemente por el suelo frío y resbaladizo hasta las duchas y giró la rueda. El agua brotó congelada y con una gran presión, pero el cuerpo entumecido agradeció el efecto tonificante de la ducha y por primera vez en mucho tiempo se sintió bien. Mientras el agua le recorría el cuerpo magullado, la mujer comenzó a pensar con más claridad. Se acordó de Arthur y el infierno que debería estar pasando donde quisiera que estuviese. Si esos tipos eran capaces de torturar con sadismo a una mujer, qué no serían capaces de hacerle a un hombre, pensó mientras el jabón purificaba su piel suave y blanca. Notó como le escocían las heridas, pero la simple sensación de sentirse viva de nuevo le proporcionó una gran satisfacción.

Las carceleras le proporcionaron una muda de ropa limpia y elegante. Ella les miró sorprendida. Después le facilitaron algunos cosméticos y la dejaron sola por unos instantes. Agatha se miró al espejo. Sus ojos estaban rojos y tenía unas profundas ojeras grises, pero su aspecto en general era bueno, como si los agentes de la Gestapo no hubieran querido presentar a su prisionera ante Himmler con un semblante desagradable. El vestido azul con flores blancas les hacía parecer una joven francesa parisina. Se puso unos guantes blancos, un sombrero pequeño y unos zapatos azules de tacón bajo. Después abrió la puerta y las carceleras la llevaron hasta un despacho. Allí le esperaba el hombre de la cara quemada. No le había vuelto a ver desde su llegada a Berlín. El hombre le hizo un gesto y le pidió que se sentase.

—Su compañero, el profesor Arthur MacFarland, vendrá en unos instantes.

Primero quiero agradecerles su colaboración. Se nota que los británicos son incapaces de elegir agentes con un mínimo de agallas. Nos ha contado todo lo que queríamos saber, pero antes de nada quiero advertirle algo. El Reichsführer no es un hombre muy paciente; si ve que titubean no dudará en mandarlos matar en ese mismo momento. La guerra no marcha muy bien y Himmler no está para bobadas. Si colaboran, tal vez salven la vida. Naturalmente no la he mandado llamar antes que a su compañero para decirle lo que ya sabe —dijo el hombre de la cara quemada. Después se puso en pie y se acercó a ella. Tocó con la yema de sus dedos el vestido y continuó hablando—. Necesitamos que uno de ustedes regrese a Inglaterra. Los británicos estarán inquietos y son capaces de enviar otra expedición y fastidiar los planes de las SS. Usted regresará a su país después de entrevistarse con Himmler e informará a los servicios secretos de que no existe la Tierra Hueca y que el profesor Arthur MacFarland murió con el resto de la expedición. Si cumple su misión, su amigo no sufrirá daño alguno, pero de lo contrario, le asesinaremos de la manera más cruel que imagine.

Agatha temblaba mientras las palabras de aquel hombre se hincaban en su mente como estiletes. Aunque por otro lado suspiró aliviada. Podría regresar a casa, caminar por las viejas y hermosas calles de Oxford e imaginar que todo aquello había sido únicamente una pesadilla. Aunque tendría que abandonar a Arthur a manos de los nazis.

—Pero...

—Cuando ganemos la guerra puede que su amigo continúe con vida. Para nosotros es todavía valioso. Tiene un minuto para tomar una decisión. Justo el tiempo que queda para que llegue el profesor.

La mujer cerró los ojos e intentó pensar con claridad. Notaba sus heridas y un zumbido en el oído izquierdo le dificultaba concentrarse. Al final decidió que no le quedaba otra alternativa.

—Lo haré. No tengo otra opción —dijo Agatha con la voz entrecortada.

—Simularemos una huida; sus compañeros ingleses tienen que tragarse que escapó por sus propios medios. Tras la reunión con Himmler la llevaremos hasta Holanda. Allí se pondrá en contacto con la Resistencia. Ellos se encargaran de devolverla a Inglaterra —comentó el hombre de la cara quemada.

—Pero, ¿cómo contactaré con ellos? —preguntó Agatha.

—Un sacerdote de la resistencia trabaja para nosotros, él será su contacto.

Llamaron a la puerta y acto seguido un hombre cabizbajo, vestido con un traje gris entró escoltado por dos agentes. Arthur parecía mucho más viejo que unos días antes. Su pelo había encanecido de repente y nuevas arrugas surcaban sus ojos tristes.

Las miradas de los dos amigos se encontraron por unos segundos, produciendo un brillo de esperanza que no tardó en disiparse. El hombre de la cara quemada se puso en pie, tomó su sombrero de una percha y les pidió que salieran del despacho.

Cuatro agentes de la Gestapo, junto al hombre de la cara quemada, les escoltaron

hasta dos coches que esperaban en la entrada del edificio. Berlín parecía desierto aquella mañana de domingo. En el camino Arthur y su amiga pudieron contemplar varios edificios en ruinas y grupos de hombres y mujeres que intentaban buscarse la vida arrastrando carros o simplemente mendigando por las aceras. El Tercer Reich parecía desintegrarse lentamente en aquel invierno de 1943.

Los dos coches salieron a las afueras de Berlín y se acercaron a una hermosa zona residencial. Allí no se veían edificios derrumbados por las bombas ni ciudadanos vestidos con andrajos. Los vehículos se detuvieron enfrente de una mansión. La fachada plana, con ventanas cuadradas y una última planta aguardillada, parecía indicar que era la villa de algún empresario prospero alemán, pero realmente se dirigían a la residencia personal de Himmler en Berlín.

54 EL SUEÑO DE UN LOCO

Klaus apartó ligeramente los visillos de la ventana y observó a los dos coches deteniéndose frente a la fachada principal. Primero descendieron los agentes de la Gestapo y después Agatha y Arthur. Desde la primera planta eran visibles los rostros demacrados de sus antiguos compañeros de viaje, pero al menos estaban con vida, pensó mientras se giraba y contemplaba de nuevo el despacho de Himmler.

El Reichsführer había salido por unos momentos, pero la opresiva atmósfera de la estancia le había obligado a permanecer en el mismo sitio durante diez largos minutos. En los últimos días había pasado muchas horas con Himmler, pero eso no había disminuido el temor que sentía hacia él. Aquel hombre de rostro anodino y carente de carisma parecía poseer un halo de maldad que atemorizaba a todos los que le rodeaban.

—Comandante Berg, ya están aquí sus antiguos compañeros —dijo Himmler desde el umbral del despacho.

Klaus salió y ambos se dirigieron a la sala de trabajo, un amplio salón en el que había una maqueta de gran tamaño de la Tierra Hueca. El profesor alemán miró la réplica que había tenido que describir hasta el agotamiento durante los últimos días. La llegada de los ingleses hizo que desviara su atención.

Agatha estaba tan bella como siempre, pero con aspecto triste y cansado. Arthur parecía una sombra de sí mismo, con los hombros caídos y la mirada baja.

—Nuestros invitados ingleses —dijo Himmler como un niño que esperara la visita de unos amigos para jugar a su entretenimiento favorito.

—Reichsführer —dijo el hombre de la cara quemada.

—Que se retiren todos menos usted y los invitados —dijo Himmler sonriente.

Arthur levantó la vista y observó la magnífica maqueta. Representaba de una manera magistral la Tierra Hueca. Desde el pozo de San Patricio, todos los túneles, las selvas, el mar intraterrestre, la ciudad y la salida por el Ártico.

—Acérquense, por favor —les pidió Himmler amablemente—. ¿No les parece fabuloso? Todo un mundo por descubrir y conquistar. Siento la misma emoción que debió experimentar Colón al descubrir América.

Los dos ingleses se limitaron a dar un par de pasos y continuar en silencio. Klaus rompió el hielo. Primero con un leve carraspeo y después dirigiéndose directamente a Arthur.

—Hemos descubierto que hay dos entradas aéreas. Una ya la conocen, es la que se encuentra por el Ártico, pero hay otra en la Antártida. Ayer mismo comenzó una operación que tiene como misión preparar una base en el Polo Sur. En menos de un año estaremos listos para enviar un ejército allí abajo. Primero iremos nosotros con un pequeño número de soldados, traeremos algunas de sus potentes armas y después prepararemos el camino para la instalación de un nuevo Reich alemán —dijo Klaus.

—Vamos a atravesar la última frontera de la humanidad. La Tierra Huesca es el

origen de la raza aria. Nuestros ancestros nos ayudarán a ganar esta guerra, pero en el caso de que la perdamos tendremos un lugar en el que ocultarnos para resurgir de nuevo —dijo Himmler exaltado.

—¿Pretende colonizar la Tierra Hueca? Vimos animales prehistóricos y a una raza fuertemente armada. No será fácil dominarlos.

Himmler frunció el ceño. No le gustaba la osadía de aquel inglés. Arthur sentía como si poco a poco fuera recuperando su valor perdido. Klaus le miró a los ojos para intentar avisarle de que debía medir sus comentarios.

—Las SS estamos preparando un nuevo Reich, ya se lo he dicho. Alemania está comenzando a derrumbarse. Hitler no me escuchó cuando le comenté que debía depurar al ejército. Necesitamos una raza pura de arios para triunfar en esta guerra, pero él está usando hasta turcos para frenar a los soviéticos. Muchos en el partido toman mis ideas como cuentos folclóricos, pero esto demuestra que tenía razón. Nuestra raza viene de seres superiores. Negociaremos con los intraterrestres, intentaremos traer su tecnología para alargar la guerra y que nos dé tiempo para preparar la evacuación de los miembros más selectos de las SS y sus familias. La Operación Odessa ya ha comenzado —dijo Himmler.

—¿La Operación Odessa? —preguntó Arthur.

—Sí, la Organisation der SS-Angehörigen. Es una organización secreta que está preparando todo para reconstruir el Cuarto Reich en la Tierra Hueca y buscar refugio para las SS si Alemania termina por caer —dijo Himmler.

—¿Para qué nos necesitan a nosotros? —preguntó Arthur.

—Tendrán que preceder a las fuerzas de ocupación. Acompañaran al comandante Berg a la Tierra Hueca. Él me ha hablado de que trataron con un grupo que se oponía al sumo sacerdote y que confiaba en usted. Es la forma más fácil de ocupar el poder de una manera pacífica. Se pondrán en contacto con ellos antes de que mis ejércitos entren en acción —dijo Himmler.

Arthur parecía asombrado. Una cosa era que un pequeño grupo de expedicionarios entraran en el inframundo y otra muy distinta que las SS quisieran conquistarlo. Sin embargo, sabía que si se negaba a ayudarle Agatha y él morirían. No tenía más alternativa que obedecer.

—Intentaremos convencerles —dijo Arthur para contentar a Himmler.

—Excelente —comentó un Himmler exultante.

—Empezaremos mañana mismo a preparar la expedición —dijo Klaus, que respiraba aliviado al pensar que podría alejarse durante un tiempo de la absorbente personalidad de Himmler.

—Les facilitaremos los equipos más modernos. Esta vez descenderán con un pequeño ejército de apoyo. Ahora van en representación de la Nueva Alemania y del Cuarto Reich —dijo Himmler mientras sonreía al resto de los asistentes.

La mujer miró el perfil de su amigo. Sabía que lo hacía por ella, aunque lo que Arthur desconocía era que el verdadero precio a pagar era la separación de ambos.

Poco a poco la noche fue apoderándose de Berlín mientras los locos planes de Himmler comenzaban a tomar forma sobre aquella gigantesca maqueta de la Tierra Hueca. El perro más fiel de Adolf Hitler estaba a punto de traicionarle.

55 REGRESO A CASA

Los cielos de Holanda parecían más despejados que las negras nubes que se cernían sobre Berlín. Agatha descendió del avión en el aeropuerto de Ámsterdam y tomó un taxi hasta el centro de la ciudad. Llevaba la dirección del sacerdote Devoss escrita en una libreta pequeña. Le pidió al taxista que la dejara cuatro calles antes de llegar a la casa parroquial y caminó por las templadas calles cercanas al puerto. A los pocos minutos vio la pequeña iglesia católica junto a uno de los canales, justo a las espaldas de la catedral.

Agatha miró a su alrededor y le costó imaginar que los holandeses estuvieran en guerra. La gente paseaba entre los canales como si fuera domingo. Algunos campesinos vendían su fruta en las esquinas y la única señal visible de la ocupación nazi eran algunas parejas dispersas de soldados, que parecían tan relajados como los propios holandeses.

La mujer golpeó con el llamador a la puerta de la casa parroquial. Miró a sus espaldas para asegurarse de que nadie le prestaba atención y esperó impaciente la respuesta. Una mujer mayor, vestida de negro, abrió y le preguntó en holandés qué deseaba. Ella preguntó por el sacerdote y entre las pocas palabras que conocía en holandés dijo la contraseña que el hombre de la cara quemada le había entregado. La anciana le hizo entrar de inmediato y la llevó hasta una pequeña sala. Minutos más tarde, un sacerdote vestido con una larga sotana negra, de aspecto afable e hinchados carrillos rosados, le saludó fríamente:

—Buenos días, señorita. Ya me habían informado sobre su llegada. Esta misma tarde saldrá en un barco hasta Inglaterra. En unas horas estará en casa —dijo el sacerdote con una sonrisa.

—Gracias —musitó Agatha. Sabía que aquel hombre era un traidor, aunque desconocía las verdaderas causas de su vileza. Tal vez su familia estaba prisionera de la Gestapo, pensó mientras el hombre le ofrecía una taza de café.

Ella misma se había convertido en una espía doble y una traidora a su país. Tenía sus razones, pero sin duda eso no la eximía de sus culpas. Intentó pensar en otra cosa. Creía que cuando pisara tierra de Gran Bretaña se sentiría a salvo.

La anciana la llevó hasta una habitación en la planta superior. Allí pudo asearse y descansar unos instantes antes de bajar a comer. Tras un frugal almuerzo, el sacerdote la acompañó hasta el puerto. Ella había imaginado una salida a media noche, de forma clandestina, pero en cambio, subieron en un barco de carga a plena luz del día. Desde la cubierta pudo observar mejor la zona. Parte del puerto estaba destruido. Los aliados habían querido mermar la capacidad comercial de Alemania, aunque fuera acosta de sacrificar vidas holandesas; pero el puerto seguía activo, aunque a menor escala.

El capitán habló con el sacerdote y después pidió a uno de sus marineros que llevaran a la mujer hasta su camarote. El barco le llevaría a Folkestone en el sur de

Inglaterra. Allí la mujer tendría que ponerse en contacto con el servicio secreto por ella misma.

La travesía duró apenas dos horas. El mar estaba en calma y en cuanto escuchó el sonido de la sirena del barco subió a la carrera para contemplar la costa inglesa. Durante semanas había soñado con divisar las hermosas costas de su país. Miró hacia la playa y sintió la brisa húmeda que le refrescaba la cara. Intentó respirar hondo, pero no pudo evitar que las lágrimas comenzaran a recorrer sus rosadas mejillas mientras su mente volvía a Arthur. No podía fallarle. Él era todo lo que amaba en el mundo.

56 LA ANTÁRTIDA

El calendario colgaba de una de las paredes de la cabaña de madera instalada en la base. Arthur arrancó la hoja y miró a los primeros días de julio de 1943. Llevaban siete días en las recónditas tierras de la Antártida, pero a él se le hicieron semanas. Únicamente se comunicaba con el profesor alemán. Klaus únicamente le hablaba de temas técnicos, pero evitaba todo contacto personal, como si se sintiese culpable por el duro calvario que le había hecho pasar.

El profesor inglés miró por la ventana. La noche se extendía interminable por el continente blanco. En aquella latitud era invierno, pero las prisas de Himmler por asegurar su misión les habían obligado a trabajar en condiciones muy duras. Quedaba una semana para intentar el descenso. Habían planeado hacerlo con aviones; de esa manera sería fácil desplazar el material y al medio millar de soldados de las SS que les acompañaban.

La base crecía lentamente. Una veintena de cabañas y numerosas tiendas se alineaban en el complejo vallado. Cada día llegaban nuevos barcos con soldados y material. Himmler quería que para el verano de 1944 empezaran a llegar los primeros civiles. Su plan era trasladar a algo más de un millón de personas. Según les había dicho, «lo más puro de la raza aria alemana». A Arthur le parecía una verdadera locura. Toda aquella gente moriría en el frío de la Antártida o devorada por los dinosaurios de la Tierra Hueca. Sin contar con que él creía que los intraterrestres no se dejarían dominar fácilmente.

Klaus entró en la sala de reuniones. Parecía más alegre que de costumbre. Arthur le miró con indiferencia, pero eso no evitó que se dirigiera a él.

—En cuarenta y ocho horas estaremos en la Tierra Hueca. El avión que enviamos ayer para calibrar el terreno ha regresado sin ningún percance. ¿No te parece una fantástica noticia?

El profesor inglés se limitó a hacer un gesto con la cabeza, pero su mente se encontraba muy lejos de allí. Sabía que Agatha había logrado escapar y él mismo lo había intentado un par de ocasiones, pero en el último momento se había echado atrás. A veces pensaba que su amiga regresaría con el ejército británico para detener la Operación Odessa, pero ya había dejado de soñar. Estaba resignándose a la idea de que moriría en la entrañas de la tierra y que su cadáver sería devorado por algún animal prehistórico o se pudriría bajo el caluroso clima intraterrestre. Intentó recordar el rostro de Agatha. La amaba profundamente y sabía que no la volvería a ver nunca más, pero aún recordaba que durante algunos momentos de su extraño viaje habían sido felices a su manera. Ahora le tocaba morir de una manera absurda para alimentar las megalomanías de un jerarca nazi aún más loco que su líder.

Arthur respiró hondo. Se aproximó a la mesa en la que estaba la tetera y llenó su taza. Saboreó el té con avidez, como si fuera el último que iba a tomarse antes de descender al abismo. Después cerró los ojos y pensó en la dulce mirada de Agatha y

deseó con todas sus fuerzas volver a verla antes de desaparecer para siempre en las entrañas del abismo.

CUARTA PARTE

HOLOCAUSTO

PRÓLOGO 4

Mientras miraba el hielo que cubría el horizonte, pensó en que estaba arriesgando todo por el amor y por la libertad.

La base parecía tranquila, las casas cubiertas por lonas blancas eran casi imposibles de percibir desde el aire, pero ella había logrado averiguar las coordenadas y después de un viaje infernal sobrevolando la Antártida acompañada por medio centenar de comandos especiales del ejército británico, se encontraba cara a cara con aquella puerta sur a la Tierra Hueca.

En los últimos meses la vida no había sido sencilla. La guerra se había trasladado a Europa de nuevo, primero con la invasión por parte de los aliados de Sicilia y el sur de Italia, pero sobre todo gracias a la liberación de Francia tras el desembarco de Normandía.

El Tercer Reich se veía amenazado por la mordaza de la Unión Soviética al este y los Estados Unidos con sus aliados al oeste. Mientras el poderoso imperio alemán se descomponía, ella continuaba trabajando para Himmler por temor a que pudieran hacer algo a su amado profesor Arthur MacFarland; pero ahora se encontraba en medio de aquel continente polar para entrar de nuevo en la Tierra Hueca y desbaratar los planes del jefe de las SS.

A su lado el oficial encargado de la misión le señaló con la mano el campamento. Apenas se distinguían unos pocos guardas; el grueso del ejército alemán debía estar ya bajo tierra.

Agatha miró por los prismáticos. El pozo era enorme, pero estaba disimulado con lonas cubiertas por nieve. Únicamente una pequeña apertura, por la que los alemanes habían instalado unas escalas, estaba al descubierto.

El capitán levantó la mano indicando a los francotiradores que se prepararan. Tenían que eliminar a todos los guardas a la vez y evitar que pudieran enviar algún mensaje a Berlín.

Alemania parecía acabada e impotente, pero Himmler seguía dando prioridad máxima a la Operación Odessa y en los últimos meses había enviado algo más de un millar de hombres y material. Agatha sospechaba que el líder de las SS pretendía reorganizarse en la Tierra Hueca y utilizar las armas de los intraterrestres para dar un giro inesperado a la guerra.

El capitán levantó el brazo y media docena de proyectiles surcaron el aire helado de la Antártida. Los soldados alemanes se derrumbaron como fichas de dominó mientras Agatha temblaba al imaginar cómo sería introducirse de nuevo en las entrañas de la Tierra.

57 ESPIANDO

Las calles de Oxford parecían tan inalterables como los vetustos edificios de la Universidad. Los bombardeos alemanes por alguna misteriosa razón había respetado la ciudad y ahora eran los aliados los que bombardeaban constantemente las capitales de Alemania.

Agatha temía por la suerte de miles de niños y mujeres que estaban sufriendo el mismo dolor irreparable que los británicos había experimentado al comienzo de la guerra. El ser humano nunca aprendía de sus errores y, sin proponérselo, estaba aumentando el odio hasta cuotas que llevarían a una tercera guerra mundial.

Estos oscuros pensamientos invadían la mente de la joven cuando se paró delante de la casa del profesor C. S. Lewis. Él era el único que podía aconsejarle. Después de cinco meses en Inglaterra ya no soportaba por más tiempo el sentimiento de culpa al saber que estaba trabajando para el enemigo. No quería que le pasara nada malo a Arthur, pero tampoco que por su culpa soldados inocentes pudieran morir.

Se introdujo en el hermoso jardín de la casa, rodeado por frondosos setos, y se aproximó al edificio de ladrillo rojo cubierto por enredaderas con flores. Después se paró delante de una de las ventanas blancas de cristales pequeños para observar si había alguien en la casa. Todo parecía en calma, como si aquel lugar fuera un templo improvisado a la sabiduría de su dueño.

Llamó y esperó unos segundos hasta que el profesor, vestido con un desgatado batín azul, le abrió la puerta.

El profesor Lewis arqueó la ceja al contemplar en el umbral a su antigua alumna. No la veía desde hacía más de un año, cuando ella y el profesor Arthur MacFarland fueron a casa de Tolkien para que les ayudaran a descubrir la entrada a la Tierra Hueca.

El profesor Lewis había continuado todo aquel tiempo con sus programas radiados, sus clases de literatura y sus tertulias en el *pub*, sin acordarse de la misteriosa aventura de sus amigos. El tiempo parecía una larga sinfonía inmutable que no tardaría mucho en llegar a su fin, pensó el profesor mientras ella entraba.

—Mi querida Agatha, siempre es un placer verla de nuevo. Estoy preocupado por usted desde que recibí ese misterioso mensaje. Por favor, pase —dijo el profesor.

La joven sintió el calor que contrastaba con el principio del otoño inglés. Después se acercó a una de las butacas tapizadas de amarillo y rojo con el típico dibujo ajedrezado y respiró hondo. No le gustaba mostrar su alma, aunque fuera delante de una persona tan bondadosa como el profesor Lewis.

—No sé por dónde empezar —dijo la joven.

—Tranquila, no tenemos prisa. ¿Quiere un té? —le ofreció el profesor.

—Muchas gracias.

Agatha permaneció en silencio, absorta en sus pensamientos hasta que el profesor apareció con una pequeña bandeja. La tetera humeaba desprendiendo un aroma

agradable, como si la joven se hubiera acercado a casa del profesor únicamente para pasar una agradable tarde de domingo. Las pastas parecían recién hechas y cuando Agatha comió la primera se dio cuenta que llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado.

—Lo que tengo que comunicarles es muy grave. No sé cómo me he atrevido a venir. No merezco... —dijo la joven sin poder evitar que las lágrimas comenzaran a brotar de sus ojos.

El profesor Lewis intentó tranquilizarla. Sabía que algo pesaba en la conciencia de su antigua alumna y que necesitaba desprenderse de esa dura carga.

—¿Sabe, querida Agatha? Cuando aligeramos nuestra conciencia del peso que a veces soporta, vemos las cosas con más claridad. No tema, no voy a juzgarla, todos los seres humanos, en las circunstancias adecuadas, somos capaces de los actos más crueles o viles. Pero Dios nos mira de otra manera, no como nosotros nos vemos a nosotros mismos —dijo el profesor en un tono suave.

—He traicionado a mi país. Llevo meses pasando información al enemigo por temor a que hagan daño a Arthur. Ya no puedo soportarlo, pero sé que me vigilan y que si dejo de hacerlo, le matarán —dijo la joven con la voz entrecortada.

El hombre se quedó pensativo por unos momentos. No quería precipitarse en su respuesta. Ni siquiera entendía por qué le había elegido a él para compartir aquel secreto.

—¿Por qué me cuenta eso, Agatha? Yo soy únicamente un viejo profesor de literatura, no puedo ayudarla —dijo al fin Lewis.

—Profesor, usted es un buen hombre. Todos en Oxford hablan de sus sabios consejos y su amor a la verdad. ¿Qué puedo hacer? —preguntó la joven echándose a llorar de nuevo.

—Tiene que elegir, Agatha. Las elecciones siempre entrañan un riesgo. El profesor Arthur está en peligro, pero la guerra está casi terminada y los aliados invaden Francia. Nadie puede garantizar que sobreviva a los continuos bombardeos o a la perfidia de sus captores —dijo Lewis.

—Eso es cierto. Pero hay un espía que me sigue a todas partes y temo que si descubre que quiero hablar al MI6 de los planes de Himmler y de la Operación Odessa, acabarán con él —dijo la joven.

—Tengo una idea para deshacernos de ese hombre. Después tendrá que ponerse en contacto con los Servicios Secretos de su Majestad e intentar solucionar el problema —dijo Lewis.

—Muchas gracias, profesor. No sé cómo agradecerélo —dijo Agatha, que por primera vez en muchos meses comenzaba a recuperar la calma.

El profesor Lewis se puso en pie y miró a través de los visillos de la ventana hacia el exterior. Un hombre vestido con gabardina gris y un sombrero de alas ancha calado hasta los ojos fumaba un cigarrillo al otro lado de la calle. El profesor sintió un escalofrío al pensar en el problema en el que se estaba metiendo, pero después se giró

y, al ver a la muchacha, supo que tenía que cumplir con su deber, aunque en ello le fuese la vida.

58 LA ENTRADA SUR

Aquello parecía una excursión de niños si lo comparaba con su primer *viaje al Centro de la Tierra*. Arthur contaba con casi dos mil hombres, cuatro aviones, varios carros de combate, transportes militares y hasta tres pequeños buques.

Las wehrmacht SS habían tardado casi seis meses en bajar todo el material, pero ahora disponían de un pequeño ejército a su servicio. La intención de Klaus era someter a los intraterrestres rebeldes y aliarse a su rey. No sabía cómo iban a reaccionar, ya que unos meses antes Arthur y él habían huido de la ciudad; pero esperaba que los soldados alemanes fueran su carta de presentación.

El comandante von Manstein estaba a cargo de la operación y Klaus Berg era el encargado técnico y el portavoz autorizado por Himmler para negociar con los intraterrestres.

Arthur sabía que Klaus se sentía temeroso de que Hans no hubiera muerto. Le habían visto derrumbarse sobre su cabalgadura, pero eso no aseguraba nada.

La entrada sur era realmente bella. Después de descender de los fríos hielos de la Antártida por una gigantesca chimenea de más de tres mil metros llegaron a una inmensa caverna en forma de cúpula a cuyas orillas había un caudaloso océano. La temperatura ascendía a medida que ellos bajaban a la Tierra Hueca hasta llegar a unos muy agradables veintidós grados centígrados. Allí crecían todo tipo de plantas exóticas, las antiguas especies tropicales que habían ocupado el mundo antes de la gran glaciación. También podían verse muchas aves exóticas y lo que parecían los primeros tipos de mamíferos que habían habitado el planeta, por no hablar de los imponentes dinosaurios.

Berg y Arthur fueron los primeros en descender, por lo que tuvieron que esperar casi un mes para que los barcos estuvieran preparados y el material listo. Unas horas antes de entrar en el gran océano de la Tierra Hueca el comandante von Manstein les pidió que organizaran una expedición en avión.

El plan era dejar una cabeza de puente en la entrada para que a medida que llegaran los miembros de las SS que se unirían a ellos y el propio Himmler existiera algún tipo de manera organizada de transportar a las tropas y los civiles hasta el interior.

Arthur no podía olvidar las últimas palabras de Himmler y su descabellada idea de fundar un Cuarto Reich. Su plan era transportar y esconder a poco más de doscientas cincuenta mil personas. Una verdadera locura, ya que la entrada se encontraba en un lugar inhóspito y tardarían meses en llevar a esa masa de gente a la Tierra Hueca, por no hablar de la alta posibilidad de que los descubrieran los aliados.

El día antes de la gran marcha hacia la ciudad de los intraterrestres, Berg y él se subieron a uno de los Arado Ar196, los hidroaviones de reconocimiento que llevaban, para inspeccionar el terreno.

El avión despegó de las costas de la entrada sur y no tardó en tomar altura. A

medida que se adentraban en la Tierra Hueca pudieron ver de nuevo el cielo rosado de aquel increíble lugar. Durante algo más de cuatro horas lo único que rompía la monotonía del agua era algún que otro gigantesco monstruo marino.

Aquellos mastodontes podían hundir uno de los barcos con gran facilidad, por eso Berg apuntó a los avistados y las coordinadas aproximadas de posición, ya que en la medida de lo posible intentarían evitarlos, desviando la ruta.

Cuando divisaron lo que parecía una isla bastante grande, de un tamaño similar a la isla de Lanzarote en Canarias, Berg ordenó al piloto que descendiera.

Sobrevolaron la isla dos veces para examinarla bien. Estaba cubierta de una espesa vegetación, pero en el centro había un gigantesco cráter y en su interior algo parecido a una ciudad.

El alemán apuntó con el dedo la ciudad misteriosa y Arthur afirmó con la cabeza. Al parecer, los intraterrestres de la ciudad de los árboles milenarios no eran los únicos habitantes de la Tierra Hueca, pensó Arthur.

Berg ordenó al piloto que se aproximara al cráter. Los dos profesores pudieron ver una ciudad perfectamente ordenada, con grandes pirámides al final de una de las avenidas. Las construcciones eran muy similares a la de los mayas o los aztecas. No vieron habitantes, por lo que el alemán ordenó que descendieran y aterrizaran en la playa.

Arthur se quitó el casco forrado de cuero y lo puso debajo de su brazo.

—¿Por qué hemos descendido? Las órdenes eran que sobrevoláramos la zona, calculáramos los días de travesía y regresáramos a la base —comentó el profesor inglés algo molesto.

—¿No has visto lo mismo que yo? Estamos ante un nuevo descubrimiento. En esta isla habitó o habita otra civilización. Es increíble, tenemos que llegar hasta la ciudad e investigar —comentó Berg.

—Es una locura. No tenemos los equipos necesarios, tampoco el tiempo. En la base nos esperan antes de que anochezca —le indicó Arthur.

—Serán un par de horas de ascenso hasta el cráter, después regresaremos —dijo Berg

—Sí, luego otras dos horas de regreso caminando y cuatro en avión. Además todavía no hemos llegado a la otra orilla de este inmenso océano —contestó Arthur.

Berg frunció el ceño. No entendía cómo un prisionero que le debía la vida se atrevía a contradecirle. Estuvo a punto de sacar su arma y terminar allí mismo con él. Su paciencia tenía un límite. Su destino estaba ahora unido al de Himmler y lo único que esperaba era que Arthur colaborara, al menos hasta que fuera útil. Después ya vería que hacía con él.

—Ascenderemos. Teniente, ¿es posible que nos lancemos en paracaídas sobre la ciudad? —preguntó Berg al piloto.

—Sí, señor.

—Pues de esa manera nos ahorraremos dos horas. El descenso será rápido. Como

mucho una hora y media. Después continuaremos la misión —dijo el alemán.

Arthur no contestó. Era inútil razonar con aquel hombre. Desde que le conocía había mostrado la cara que más le convenía según las circunstancias. Primero se mostró como un nazi convencido, después como una víctima de Himmler, más tarde como un amigo y ahora era uno de los verdugos que le mantenían prisionero.

La avioneta ascendió de nuevo y unos minutos más tarde los dos hombres se estaban arrojando sobre la ciudad perdida. Arthur sintió un escalofrío al saltar. A medida que se aproximaban a sus suntuosas y gigantescas piedras, el profesor inglés pensó en Agatha. Estaba convencido de que no la volvería a ver. La guerra había terminado con las esperanzas y vidas de muchas personas, ellos no serían una excepción. Al menos se alegró de que estuviese lejos de allí. Segura en Inglaterra.

59 EL ESPÍA DE OXFORD

El viejo profesor C. S. Lewis nunca se había imaginado actuando de agente contra los nazis, pero si algo odiaba en este mundo era la maldad infinita que aquellos hombres representaban. Muchas veces sus terribles hazañas le recordaban la epopeya del *Cantar de los Nibelungos* y la destrucción del mundo por la ambición de poder.

El profesor siguió de cerca los pasos del hombre que vigilaba a Agatha cuando la joven salió de su casa y se dirigió hasta su apartamento en el centro de la ciudad. Lewis había servido en la Gran Guerra en el frente de Francia, aunque no había durado mucho en la primera línea de combate al caer enfermo poco después de incorporarse; pero al menos había aprendido algunas nociones básicas de defensa personal y conservaba una vieja pistola, el único trofeo que se había quedado de la guerra.

Lewis siguió al espía entre la tenue lluvia que empapaba su chubasquero y su gorra de tela. Después se detuvo a veinte metros del espía alemán y esperó a que este estuviera lo suficientemente distraído como para acercarse por detrás y apuntarle en el costado.

—No se mueva, no me gustaría tener que hacer uso de mi arma —dijo Lewis mientras apuntaba a la costillas del espía.

El hombre no contestó nada. Se limitó a aguantar la respiración. Por la calle no se veía a nadie y Lewis esperó impaciente a que se presentara Agatha para que le ayudara a entregar al espía a la policía.

—Profesor Lewis, lo último que imaginaba de usted era que intentara detenerme —dijo el hombre en un correcto inglés.

Cuando el espía se giró Lewis vio el pelirrojo y pecoso rostro de un joven, un aspecto que podía ser de cualquier parte del Reino Unido. Aquel hombre era británico o al menos lo aparentaba, pensó el profesor.

—Un hombre sabio como usted debería de estar del lado de los ganadores. El Führer está a punto de utilizar un arma fulminante sobre Inglaterra. Además, él es el único que puede mantener a anglosajones y arios libres de la terrible contaminación de las razas inferiores —dijo el espía.

Lewis miró de reojo a la ventana del apartamento de Agatha. Estaba apagada, por lo que la mujer no tardaría en llegar. Después, con una ligera sonrisa sarcástica, contestó al joven:

—Lo lamento, pero no lograré convencerme con su charlatanería racista. Hace muchos años que sigo como maestro a un judío, Jesús de Nazaret y creo en el Dios de los semitas. No quiero saber nada de su paganismo recalcitrante ni de sus programas de eugenesia e eutanasia. El hombre fue creado libre, todos somos iguales ante Dios y ustedes son la encarnación del mal.

El rostro del joven se ensombreció. Él lo había dejado todo por servir a Hitler. La seguridad de su vida y su amada Irlanda del Norte. Aquel viejo no era nadie para

hablar así de los ideales de millones de personas.

—Un día gobernaremos el mundo y la gente como usted desaparecerá para siempre. Sus libros fantásticos y su apología de algo tan decadente como el cristianismo tienen los días contados. Gran Bretaña será una de las aliadas de Alemania y el nuevo Reich durará mil años —dijo el joven enfurecido.

Lewis giró por unos segundos la cabeza, momento que aprovechó el espía para golpearle la mano y el arma se cayó al suelo. La pistola repiqueteó en la superficie empapada. El profesor intentó agacharse, pero el joven le golpeó en la espalda y le derrumbó. Después el espía se inclinó y tomó el arma.

Un disparó resonó en la calle vacía, aunque el ruido del aguacero lo amortiguó en parte. Nadie se asomó a las ventanas de las casa, como si aquel estruendo fuera un simple relámpago de aquel otoño tormentoso en la tranquila ciudad de Oxford.

60 LA CIUDAD DE LA ISLA

No era la primera vez que Arthur se lanzaba en paracaídas, pero aún no se había acostumbrado a estar tan lejos del suelo ni a la desagradable sensación de la ingravidez. Afortunadamente cayó justo en medio de la avenida principal, cuyo suelo de arena parecía más blando que las rocas de los edificios cercanos.

Klaus Berg, por su parte, se golpeó ligeramente con una de las fachadas, pero parecía totalmente ileso cuando comenzó a recoger su paracaídas.

—Es maravilloso —dijo el alemán observando lo que les rodeaba.

Pocas ciudades antiguas se habían conservado de aquel modo en la superficie. Aquel lugar era de una antigüedad milenaria, posiblemente mucho más antiguo que las pirámides de Egipto, pensó el profesor alemán.

Toda la ciudad parecía ordenada e intacta, pero sin habitantes, como si acabaran de abandonarla aquel mismo día.

Caminaron por la gran avenida hacia las pirámides gemelas. Apenas tenían poco más de una hora para investigar, por lo que Klaus Berg fue directamente al centro ceremonial que parecía el más espectacular de todos.

Dos gigantescas pirámides gemelas que se encontraban al final de la gran avenida tenían forma escalonada, coronadas con un pequeño templo en la cima que se asemejaba mucho a las pirámides de los mayas o las del sureste asiático.

El profesor alemán comenzó a hacer fotos y apuntó algo en su cuaderno. Después, ambos ascendieron hasta la cima de la torre derecha. Desde la altura contemplaron con mayor nitidez la bella ciudad abandonada.

—Creo que puede alojar a más de cincuenta mil personas— dijo Berg.

Hasta ese momento Arthur no había prestado mucha atención a la ciudad. Por su cabeza no dejaban de circular dos ideas. La primera, cómo descender hasta la playa por aquella selva repleta de animales peligrosos. Además, él estaba desarmado y Berg tenía únicamente una pequeña daga y una pistola. La segunda idea que le rondaba era si aquella era una buena oportunidad para escapar. Aunque no le atraía nada quedarse en una isla en medio del océano, dentro de la ruta que los nazis tendrían que tomar unos días más tarde. Al final pensó que lo mejor era colaborar con el profesor alemán.

Cuando el inglés levantó la vista no se fijó tanto en la perfecta arquitectura de la ciudad como en una masa de gente que se acercaba corriendo por una de las calles laterales. Eran centenares de hombres de aspecto moreno. Llevaban ropas de colores y empuñaban armas afiladas.

Berg tomó su pistola y apuntó a los primeros indígenas que comenzaban a subir por la escalinata. Disparó a la multitud y uno de los hombres cayó fulminado mientras el resto se pararon asustados.

Al detenerse Arthur pudo observarlos con más detenimiento. Eran algo más bajos que ellos, velludos y con melenas negras y rizadas. La mayoría llevaban barbas y su

cuerpo parecía más fuerte que el de un ser humano normal. Aquellos seres les miraron con sus ojos muy abiertos, escondidos debajo de una prominente frente. Después comenzaron a subir las escaleras despacio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Berg con el rostro desencajado. En unos minutos aquella horda habría terminado con los dos.

En ese momento el hidroavión apareció en el cielo. Su ruido espantó a los indígenas, que corrieron a refugiarse a sus casas.

Una larga cuerda colgaba del aparato. Berg hizo una indicación al piloto y este descendió hasta que la cuerda comenzó a arrastrarse por el suelo y después por la pirámide. El alemán pegó un salto y se aferró a ella. Después comenzó a ascender.

El hidroavión giró de nuevo. El alemán ya había logrado subir a la cabina y ahora se dirigían a rescatar a Arthur. El profesor inglés miró a la cuerda y la horda de indígenas que parecían envalentonarse de nuevo. El avión pasó justo a su lado. Miró la cuerda y por unos instantes no supo que hacer. Observó a los pies de la pirámide y contempló los rostros de los primeros indígenas que volvían a ascender hacia él, empuñando sus armas.

61 LOCALIZANDO LA ENTRADA SUR

Cuando el profesor Lewis se incorporó de nuevo, se estuvo examinando el empapado chubasquero durante unos segundos, pero no estaba herido. Después miró al suelo con los ojos empapados por la lluvia y observó la cara de dolor del joven. Sus ojos verdes parecían apagarse por momentos y el profesor se agachó instintivamente y le tapó la herida del pecho.

Agatha corrió hasta ellos y miró el cuerpo sobre el frío suelo de la calle. No era la primera vez que disparaba a alguien, pero el rostro de aquel muchacho le hizo sentirse confundida. No esperaba que fuera tan joven.

—Lo llevaremos a mi apartamento y llamaré a una ambulancia —dijo la joven.

Entre los dos movieron el cuerpo del joven. Tardaron unos minutos en llegar hasta el edificio, después ascendieron por la escalinata exterior para acceder al pequeño apartamento. Cuando dejaron al joven sobre el sofá del minúsculo salón cocina, el profesor se sentía exhausto.

—Dios mío, creo que el corazón se me va a salir del pecho —comentó Lewis, apretando el chubasquero con las manos.

La joven tomó el teléfono y llamó a una ambulancia. Después se puso en contacto con el MI6.

—No me atrevo a quitarle la ropa —dijo el profesor.

—Será mejor que esperemos a los sanitarios —afirmó Agatha.

El espía miró con desesperación al profesor y este le dio la mano. El joven se la apretó y le dijo algo en un susurro.

—Por favor, escriba a mi madre en Irlanda, para comunicarle que he muerto.

—No diga eso, joven. Se pondrá bien —comentó el profesor.

—Es mejor así, todo por lo que luchaba está desapareciendo. Realmente no creo que esas bombas secretas cambien el curso de la guerra. No podré unirme a todos los que se dirigirán a la puerta sur y unirme al futuro Reich.

—¿Dónde está la puerta sur? —preguntó Agatha.

El joven negó con la cabeza. No estaba dispuesto a traicionar a sus camaradas.

—Por favor, de esa manera evitará el derramamiento de más gente inocente —dijo Lewis.

—No puedo...

—¡Maldita sea! Si no nos dices las coordenadas, morirás como un perro en una tumba común y tu familia nunca lo sabrá —dijo Agatha furiosa.

El joven les miró con la cara desencajada. Después indicó su bolsillo inferior y el profesor metió la mano. Lewis extrajo un papel amarillento y lo leyó brevemente:

—Las coordenadas son -66° 36' 12.58", +99° 43' 12.72".

Los ojos del espía se quedaron fijos en un punto. Después exhaló su último aliento e inclinó la cabeza hacia un lado.

Cuando llegaron los servicios sanitarios y el MI6 ya era demasiado tarde para

salvar la vida del espía, pero les había dado una información imprescindible para encontrar la puerta sur de la Tierra Hueca.

62 LA HISTORIA DE MAHAR PHUTRA

Elegir entre continuar siendo un prisionero de los nazis o morir descuartizado por los habitantes de una ciudad en medio de la nada no fue fácil, pero al final Arthur optó por lo segundo. Simplemente dejó pasar la cuerda y se preparó para recibir a los habitantes de aquella misteriosa ciudad.

Mientras los indígenas seguían subiendo la escalinata intentó repasar todo lo que había leído sobre la Tierra Hueca. En los últimos años se había generado mucha literatura al respecto, aunque la mayoría eran historias fantásticas sin ninguna base científica. Pero en ese momento recordó la descripción de una isla en la Tierra Hueca y una ciudad de piedra.

Los indígenas estaban a unos pocos metros cuando vino a su cabeza la obra de Edgar Rice Burroughs, *En el corazón de la Tierra*. En esa serie de libros se hablaba de una ciudad similar llamada Mahar Phutra.

Arthur levantó las manos y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mahar Phutra! ¡Mahar Phutra!

Los indígenas se detuvieron en seco. Uno de ellos, que vestía más elegantemente que el resto y llevaba un sombrero de plumas, levantó los brazos. Después subió hasta llegar a Arthur y le miró detenidamente.

—Mahar Phutra —repitió el jefe de los indígenas.

—Sí, esta es vuestra ciudad. Mi nombre es Arthur MacFarland —dijo Arthur en islandés. Con el deseo de que aquellos seres también entendieran ese idioma.

Al escucharle hablar en ese idioma los indígenas se alborotaron. El profesor, sin saberlo, les había hablado en el idioma de sus más odiados enemigos.

Dos de los indígenas apuntaron las puntas de sus lanzas a su cuello. Todo parecía perdido, pero se armó de valor y dijo de nuevo:

—Estáis en peligro, el hombre pájaro volverá con muchos más.

—¿Hombre pájaro volverá? —preguntó el jefe.

—Sí, con grandes monstruos marinos y más pájaros. Ellos dominan el rayo y quieren conquistar todo vuestro mundo —les explicó Arthur.

—Llévadle ante el sumo sacerdote —dijo el jefe—. Los dioses deben haberle enviado para advertirnos.

Dos soldados llevaron al profesor hasta la base de la pirámide y después le condujeron a lo que parecía un hermoso palacio. Entraron por un pasillo iluminado y se dirigieron hasta la sala principal. El resto de los indígenas les seguía, pero al llegar al salón el jefe ordenó a sus hombres que cerraran las puertas. Después les pidió que le soltaran y ambos caminaron al gran altar de piedra que presidía el salón.

Allí, sobre una silla de madera adornada de piezas de oro, había un hombre muy viejo. Sus rasgos no eran como los del resto. Su cuerpo era más blanco, de dimensiones más parecidas a las humanas y su cabello era gris. El hombre levantó la vista. Sus ojos estaban enturbiados por cataratas que los emblanquecían, pero todavía

desprendían un fuego especial.

—¿Quién es el extranjero? —preguntó el sumo sacerdote.

—Un hombre que vino del cielo en un pájaro volador. Otro de los hombres escapó, pero este se quedó para advertirnos de una invasión —explicó el jefe.

El anciano levantó su cara arrugada y Arthur pudo ver sus pómulos hundidos y la nariz aguileña. El profesor inglés estaba seguro de que no podía verle, pero el sumo sacerdote se dirigió a él.

—¿De dónde vienes? —le preguntó en un inglés que sonaba antiguo.

Arthur se sorprendió al principio, pero al final le explicó brevemente su larga peripecia y al invasión inminente de los nazis.

—Hubo una época en la que yo fui un humano como tú, pero de eso ya hace mucho tiempo, casi mil años. La vida aquí dentro es distinta a la de fuera. No conocí esas armas de las que hablas, parecen demasiado fantásticas para ser ciertas —dijo el sumo sacerdote.

—Por desgracia son reales —contestó Arthur.

—Cuando yo nací, la Tierra vivía tiempos difíciles y la cristiandad estaba en peligro. Fui de los primeros en viajar a Tierra Santa y luchar contra los sarracenos, pero una noche descubrimos en Jerusalén una cueva justo debajo del Templo de Salomón. El maestro de nuestra orden nos pidió que investigáramos si aquella era la entrada al infierno. Le obedecimos y diez caballeros entramos por la gruta y llegamos hasta el inframundo. Sufrimos todo tipo de penalidades, pero al final llegamos hasta esta isla. El único que queda vivo soy yo. Este pueblo aprendió todo lo que sabe de nosotros. Cuando llegamos eran poco más que animales. Nuestra paz está turbada; desde hace cien años nos atacan los habitantes de los árboles con sus monstruos alados. Por eso, cuando escuchamos algo en los cielos nos escondemos. Es la única manera de escapar de esas bestias —le explicó el anciano sumo sacerdote.

Arthur miraba al hombre incrédulo. Aquel anciano había vivido hacía poco menos de mil años en Jerusalén. Estaba ante un caballero medieval en mitad de la Tierra Hueca.

63 LA CONFESIÓN

El MI6 llevó a Agatha y al profesor Lewis hasta su sede en la ciudad de Oxford. Allí los interrogaron durante varias horas, porque a los agentes secretos no les convencían los argumentos de la joven ni del profesor. Entendían que Agatha estuviera siendo vigilada por los alemanes, pero les parecía disparatada toda la descripción que la mujer había hecho de la Tierra Hueca y de los planes de Himmler para construir allí un nuevo Reich alemán.

Los servicios secretos llamaron al oficial Preston, el agente que había reclutado a Arthur y Agatha para su primera misión. Este tardó dos horas en llegar, pero al final se presentó en las oficinas del MI6. En cuanto estuvo informado, sacó de allí a Agatha y el profesor Lewis con la excusa de que su misión era altamente secreta y les acompañó hasta la casa del profesor cerca de la universidad. Cuando lograron relajarse un poco con un té caliente, el oficial Preston intentó ir directo al grano.

—Por lo que ha declarado, usted y el profesor Arthur MacFarland escaparon de la Tierra Hueca. Mintió al MI6 cuando nos dijo que no habían encontrado el centro de la Tierra y también con la supuesta muerte del profesor MacFarland. ¿Es eso correcto?

—Sí, señor —dijo Agatha.

—Después estuvo pasando información sobre nuestros códigos secretos al enemigo durante meses, lo que pudo suponer el riesgo y la muerte de miles de soldados —dijo Preston.

—Sí, señor, pero yo... —intentó explicarse Agatha con el rostro descompuesto por la preocupación.

—No me interrumpa —dijo Preston secamente—. ¿Se da cuenta de la gravedad de los hechos? Un tribunal de guerra la acusaría de alta traición y moriría en la horca o ante un pelotón de fusilamiento.

—Sé que merezco ese castigo —contestó la joven.

Preston se acarició el mentón, como si estuviera pensando algo. Entendía lo que había llevado a Agatha a sucumbir ante el chantaje de los nazis, pero no había excusas que valieran. El oficial sabía que apenas habían preparado al profesor MacFarland y a ella para la peligrosa misión a la que se enfrentaban, aunque eso no les eximía de sus responsabilidades.

—No informaré al MI6 de esta parte del informe. Para el servicio secreto usted no ha traicionado a Gran Bretaña. Tenemos que centrarnos en la misión. ¿Dónde se encuentra en la actualidad Arthur? —preguntó el oficial.

—Tiene que estar ya en la Tierra Hueca o a punto de entrar en ella. El plan de Himmler para ocupar el centro de la Tierra era inminente y aunque hayan tardado en transportar lo necesario, posiblemente ya estén camino a la ciudad de los árboles para ponerse en contacto con los intraterrestres —les explicó Agatha.

El oficial se puso en pie y echó un vistazo al salón. Después miró el estudio al final del pasillo y señalando en esa dirección comentó:

—Profesor Lewis, ¿tiene un mapa del mundo?

El hombre se puso en pie, dejó su taza sobre la mesita y desapareció dentro del despacho. Cinco minutos más tarde apareció con un globo terráqueo.

—¿Dónde está la entrada sur? —preguntó el oficial mientras giraba el globo.

—Todo indica que está aquí —comentó Lewis señalando la Antártida.

—Pero ellos salieron por el Ártico —dijo Preston.

—Sí, pero la abertura era más pequeña y casi inaccesible. Esta se encuentra en tierra firme —dijo el profesor.

—La Antártida es demasiado grande, tardaremos meses en dar con la entrada —dijo Preston desesperado.

—No, el espía tenía las coordenadas. Al parecer, los nazis más fanáticos y miembros de las SS tienen la orden de huir hacia allí antes de que termine la guerra —comentó Agatha.

El oficial hizo un cálculo rápido y después comentó:

—Está bien. En barco tardaríamos dos semanas, los océanos ya no son tan peligrosos y menos en esas latitudes, pero el viaje es largo.

—Pero si los alemanes logran contactar con los intraterrestres y llegan a un acuerdo con ellos, eso sería terrible. No tenemos tiempo —dijo Agatha.

—¿Qué sugiere? —preguntó el oficial.

—Mande un comando numeroso, la idea es sorprenderlos. Por lo que escuché a Himmler, al principio no había mucho más de un millar de soldados, pero si terminamos con Klaus Berg y salvamos a Arthur, los alemanes no encontrarán la ciudad de los árboles gigantes y eso nos dará el margen de tiempo que necesitamos para que envíen un cuerpo de ejército aliado hasta allí —dijo la joven.

Aquello parecía razonable, pensó Preston. Con algo más de cincuenta hombres podrían detener a los alemanes. Después la Armada mandaría a sus fuerzas para hacerse con el control.

—Está bien, creo que necesitamos que usted entre de nuevo en la Tierra Hueca —dijo el agente.

Agatha tomó aquella orden como un castigo y un premio al mismo tiempo. Penetrar de nuevo en la Tierra Hueca parecía temerario, pero al menos volvería a ver a Arthur y lo rescataría de las manos de sus enemigos.

64 LOS ALEMANES COMIENZAN LA INVASIÓN

Mientras el hidroavión regresaba a la base, Berg no paraba de gruñir. Al principio pensó que el inglés no había alcanzado la cuerda en el momento adecuado, pero luego fue consciente de que lo había hecho a propósito. Aquel maldito profesor inglés había preferido una horda enfurecida de salvajes a regresar con él a la base.

El profesor alemán bajó del hidroavión y caminó a grandes zancadas hasta la tienda del cuartel general. Allí estaban la mayoría de los oficiales reunidos con von Manstein. Al verle entrar la mayoría hizo el saludo nazi, pero el comandante no levantó la cara del mapa.

—Este mapa es inútil —dijo el comandante.

—Tengo que comunicarle... —comenzó a decir Berg.

—¡Maldito profesor de literatura! ¡Le estoy diciendo que no nos sirve el mapa que usted y el inglés dibujaron! —dijo el comandante furioso.

—Da igual el mapa, esta tierra está sin explorar. He descubierto una isla en mitad del camino, que además está habitada por una subespecie. Descendimos para inspeccionar el terreno y Arthur MacFarland fue capturado —comentó Berg.

—¿Ha perdido al inglés? Es usted más inútil de lo que pensaba. Ese hombre es un especialista en Verne y en su famoso libro Viaje al centro de la Tierra. Sin su ayuda estamos perdidos —dijo el comandante.

—Yo puedo sustituirle perfectamente —afirmó Berg.

—Usted es un incompetente. Todos sus cálculos son erróneos. Eso nos ha retrasado durante meses. Primero para encontrar la entrada, después el cálculo de la profundidad y ahora me temo que la distancia a la ciudad de los intraterrestres también es errónea —dijo el comandante.

El profesor alemán comenzó a enrojecer. Aquel maldito militar salvaje e inculto quería darle lecciones a él, el descubridor de la Tierra Hueca, pensó Berg.

—Por ahora estará bajo vigilancia. No dará ni un paso sin mi consentimiento. ¿Entendido? —dijo el comandante.

Klaus Berg se limitó a afirmar con la cabeza. No había sido consciente hasta ese momento que seguía siendo un prisionero y que su miserable vida no se diferenciaba en nada a la que tenían antes de embarcarse en aquella aventura. Había vendido su alma al diablo por un miserable plato de lentejas y ahora tendría que pagar las consecuencias.

65 VOLANDO SOBRE LA ANTÁRTIDA

La gran masa blanca parecía interminable, pero después de tres días en portaviones para aproximarse al perímetro y catorce horas de avión a Agatha lo único que le importaba era pisar el hielo firme de la Antártida.

Los acontecimientos se había precipitado tanto que una semana antes estaba en Inglaterra temerosa y agobiada por la culpa y ahora se encontraba a punto de regresar a la Tierra Hueca y buscar a su amado.

Aquello le recordaba la escena mitológica de Orfeo y la búsqueda de su amada Eurídice en el Hades. En cierto sentido, ella tampoco debía mirar atrás para no perder su amor de nuevo.

El rechazo de Arthur cuando sus colegas se enteraron de que mantenía relaciones con una antigua alumna, los miedos y los temores a ser despreciada de otra vez ya se habían disipado. Las experiencias de los últimos años en sus increíbles viajes y después la tristeza de la traición y el miedo a perderle para siempre le habían ayudado a recuperar sus sentimientos.

La joven era consciente de que la entrada a la Tierra Hueca era un camino sin retorno. Las posibilidades de que salieran de allí con vida una segunda vez eran tan remotas que apenas las consideraba.

Cuando el piloto les indicó que podían saltar, el monótono y ruidoso sonido del motor se confundió con el viento y el aire a presión que penetraban por la puerta. Los cincuenta soldados que había en el aparato se lanzaron al gélido cielo de la Antártida y cinco minutos más tarde estaban sobre una gran colina de nieve.

Tras guardar sus equipos caminaron despacio por las lomas heladas hasta situarse a poco más de dos kilómetros del campamento nazi. El sol resplandecía sobre la nieve, convirtiendo la luz en una intensa llama de fuego que golpeaba sus retinas.

—¡Están allí! —indicó el oficial, y Agatha miró por los prismáticos. Ya no había marcha atrás. Tenía que regresar al centro de la Tierra.

66 EL PUEBLO DE LA ISLA

La única idea que había en la mente de Arthur era qué iban a hacer cuando los nazis llegaran a la isla. Si sus cálculos no eran erróneos, en dos días los verían acercarse por el sur.

El profesor inglés miró el océano intraterrestre y disfrutó por unos segundos de su belleza. Después observó la arena rosada de la playa y el intenso color verde de los bosques que rodeaban la isla.

Escuchó unos pasos a su espalda, pero mantuvo la vista fija en el horizonte.

—¿Crees que regresarán? —preguntó el jefe.

—Sí, ellos han venido para quedarse. En cuanto divisen la isla estaremos todos muertos —comentó Arthur.

—Nosotros somos fuertes —dijo el jefe.

—Ellos tienen mejores armas. Además, están desesperados. Cuando hayan terminado con nosotros continuarán su viaje hacia la ciudad de los intraterrestres —comentó Arthur.

—Nuestras leyendas cuentan que nuestro pueblo bajó a la Tierra Hueca hace quince mil años. El mundo era muy distinto entonces; todo eran selvas como estas y había mucha caza y pesca, pero un peligro se cernía sobre nosotros. Las grandes aguas fueron desatadas, los mares cubrieron la tierra y nuestro padre logró ponerse a salvo en un gran barco. Cuando el agua se amansó de nuevo sus hijos ocuparon la tierra, pero uno de los hijos de aquel hombre que dio origen a nuestra raza pensó que era mejor encontrar un lugar bajo tierra —narró el jefe.

Arthur se quedó sorprendido. Aquella era la historia del arca de Noé. Muchos científicos dudaban de que aquello hubiera ocurrido realmente, pero en la mayoría de las culturas se hablaba de una gran inundación. Desde los indios de Norteamérica, pasando por los medios, los sirios y hasta los chinos, todos narraban una historia parecida.

—¿Cómo encontrasteis la entrada? —preguntó Arthur.

Nosotros pasamos a la Tierra Hueca por una gruta de otra isla. No sé explicarte cual, pero desde allí caminamos cuarenta años hasta el océano intraterrestre y desde allí a esta isla. Hace mil años llegaron los caballeros, de quienes no queda nadie más que el sumo sacerdote. Gracias a él construimos nuestra ciudad. Hasta los ataques de los intraterrestres éramos un pueblo feliz. Cada uno de nosotros posee una pequeña tierra que cultivo, pero también trabajamos en la tierra común. Tenemos animales de carga, otros animales para alimento que además nos dan leche. Fabricamos queso y salamos carne y pescado. Los intraterrestres querían someternos como esclavos, pero hasta ahora hemos logrado resistirles —dijo el jefe.

—¿Sus ataques han sido siempre aéreos? —preguntó Arthur.

—No, una vez intentaron invadir la isla por el norte, pero logramos rechazarles —comentó el jefe.

—¿Cómo lo hicisteis?

—Gracias a la cuevas. Esta isla está hueca por dentro. Son las viejas chimeneas del volcán. Mientras nuestros enemigos ocupaban la ciudad nosotros nos escondimos en las cuevas. Por las noches les atacábamos y volvíamos a escondernos. Ellos quisieron darnos caza y mandaron soldados a por nosotros, pero en los túneles eran más vulnerables y matamos a muchos de ellos. Al final dejaron la isla y no han vuelto —dijo el jefe.

El profesor inglés pensó que aquella era la única forma de resistir a los alemanes. Cuando llegaran las tropas se refugiarían en las cuevas y les atacarían. Al final, los alemanes se cansarían de luchar y continuarían su camino, pensando que sería mejor invadir esa minúscula isla más adelante.

67 LA ENTRADA AL INFIERNO

Con los guardias abatidos por los francotiradores, reducir a la cincuentena de soldados no fue muy difícil. Primero atacaron tienda por tienda y en las cabañas, después a los guardianes de la entrada a la Tierra Hueca, que eran los únicos que estaban vivos.

Agatha ordenó que llevaran al oficial que atraparon con vida al capitán que estaba al mando. Necesitaban información de primera mano sobre los planes de los nazis. ¿Cuándo habían bajado a la Tierra Hueca? ¿Cuántos eran? ¿Se esperaba la llegada de nuevos contingentes?

Lo llevaron desde su tienda hasta la cabaña. Aquel era uno de los pocos sitios en los que se podía estar relativamente cómodo. Al parecer, según descubrió la joven, aquel había sido el alojamiento del comandante y de los dos profesores.

—Capitán, hemos respetado su vida con una condición. Alemania se hunde, la guerra está perdida. Los miembros de las SS serán juzgados por sus crímenes de guerra, pero podemos prometerle un buen trato si nos informa de algunas cosas —dijo Agatha.

—Lo lamento, fräulein, pero he realizado un juramento al Führer y otro a Himmler, no puedo traicionarles —contestó el capitán.

—Los aliados están luchando en este momento en suelo alemán y los rusos no tardarán en ocupar Berlín. Su juramento no vale para nada. Lo único que importa es que usted regrese con su familia y no termine guillotinado o ahorcado —dijo Agatha.

El joven oficial se sonrojó ligeramente. Su rostro aniñado parecía indicar que era de la última hornada de oficiales recién licenciados de las SS.

—Lo único que sé es que bajaron hace cinco días. Deben ser casi dos millares con tres barcos, algo más de diez carros de combate, camiones y otros transportes. También cuatro hidroaviones —dijo el oficial con voz temblorosa. Parecía que en cualquier momento se iba a echar a llorar.

—Gracias por la información. Una última pregunta, ¿estaba con ustedes un profesor inglés y otro alemán? —preguntó Agatha.

—Sí, bajaron de los primeros —contestó el oficial.

—Gracias —dijo la joven.

Cuando el oficial inglés y la joven se quedaron a solas, examinaron algunos de los planos que había sobre la mesa. Agatha comprendía algo de alemán y pudo interpretarlos. Al parecer, en los próximos meses estaba prevista la llegada de miles de alemanes de las SS, incluyendo a mujeres y niños. El propio Himmler tenía previsto huir y reunirse con todos los «elegidos» para salvaguardar la raza aria.

—Tenemos que descender hoy mismo. Llevaremos todo el explosivo que podamos transportar. Abajo nos espera todo un ejército, pero ellos no saben que estamos tras su pista. Con un poco de suerte el grueso de las tropas ya habrá marchado hacia el norte, lo que permitirá robar algún transporte y eliminar a los

soldados que haya en la base —dijo Agatha.

—Dicho de esa manera parece sencillo, pero es fácil que en la base haya al menos dos centenas de soldados. En este caso tenemos que descender sin poder defendernos y a cuerpo descubierto —comentó el oficial inglés.

—Lo sé Mark. La misión es muy difícil —dijo Agatha llamando por primera vez por su nombre al oficial.

—Lo lograremos, al fin y al cabo somos comandos, hemos sido entrenados para eso. Que Dios nos ayude a llegar al centro de la Tierra antes de que esos alemanes descubran que estamos tras su pista —comentó el oficial.

La joven le sonrió y después dejó que sus pensamientos se marcharan muy lejos. A sus confusos recuerdos sobre la Tierra Hueca. Aquel mundo increíble tenía peligros aún más terribles que los propios nazis. Lo único que deseó es que Arthur aún siguiera con vida y pudieran verle al menos una vez más.

68 LA INVASIÓN DE LA ISLA

Dos de los barcos se aproximaban por horizonte cuando Arthur los observó desde la cima. Sobre ellos había dos hidroaviones y, si los cálculos no le fallaban, al menos unos mil ochocientos hombres.

Aquel ejercito era pequeño comparado con los casi veinte mil varones de la ciudad, pero estaba mejor pertrechado y adiestrado que el suyo. Él dirigía a un grupo de campesinos que sabía utilizar cuchillos, lanzas y hondas. Aquellos indígenas no eran rivales para los nazis.

Las mujeres y los niños ya estaban ocultos en las grutas más profundas cuando empezó el ataque.

El sumo sacerdote les había facilitado tres catapultas, que con sus proyectiles incendiarios podía hacer algo de daño a los alemanes cuando pisaran la playa, pero que no tardarían mucho en ser interceptadas.

Arthur organizó a los primeros indígenas. Las catapultas estaban preparadas y algunos lanzadores de honda se habían ocultado cerca de la playa para abatir a una centena de soldados antes de correr hacia el cráter.

Cuando los dos barcos se detuvieron a pocos metros de la orilla, los hidroaviones sobrevolaron el cráter y vieron las catapultas.

—¡Mierda! —gritó Arthur. El factor sorpresa estaba a punto de irse al diablo.

—¿Qué hacemos? —preguntó el jefe.

—Será mejor que disparemos mientras podamos —comentó Arthur.

Los primeros proyectiles incendiarios cruzaron el cielo rosáceo, pero cuando llegaron a la playa los soldados alemanes aún estaban en el agua.

Los hidroaviones sobrevolaron de nuevo las catapultas, pero esta vez no se limitaron a observar. Lanzaron granadas de mano y dispararon con sus ametralladoras.

Una de las catapultas quedó destrozada y una docena de indígenas yacían inertes en el suelo.

—¡Mantened el fuego! —gritó Arthur.

Cuando los alemanes llegaron a la playa recibieron los primeros impactos de las bolas de fuego. Una de ellas cayó sobre una decena de soldados, otra alcanzó a un carro de combate.

Los soldados continuaron su avance y algunos comenzaron a llegar a los árboles.

Los indígenas lanzaron sus piedras con las hondas, alcanzando a una treintena, pero los soldados respondieron con las ametralladoras y lanzando granadas. Al final los indígenas tuvieron que huir y refugiarse en las cuevas.

Desde el barco capitán el comandante y el profesor Klaus Berg observaban la batalla. Von Manstein parecía furioso.

—No pensé que nos resistieran antes de desembarcar. Estoy seguro de que el profesor inglés al que dejó escapar está detrás de esta táctica. Profesor Berg, pagará

por cada uno de mis hombres muertos —dijo amenazante el comandante.

—No resistirán mucho más —dijo Berg, intentando calmar los ánimos.

El comandante le dedicó una mirada de desprecio. Después ordenó que desembarcara el segundo contingente y que el tercer hidroavión entrara en combate.

Cuando Arthur vio a los tres aparatos sobre sus cabezas, supo que el ataque sorpresa había concluido y que era momento de refugiarse. Habían logrado abatir a algo más de una centena de soldados; no estaba mal, pero aquello no era suficiente para que los nazis pasaran de largo y les dejaran en paz.

—¡Al refugio! —gritó el profesor inglés.

Los indígenas corrieron hasta las casas. Desde allí se accedía a los túneles, pero antes de esconderse dos centenares de indígenas murieron ametrallados o por la explosión de alguna granada. Él mismo logró llegar con vida de milagro. Cuando estuvieron en los túneles se puso en marcha el segundo plan. Ahora tenían que esperar a los alemanes y llevarlos hasta sus túneles, para terminar allí con ellos.

69 COMANDOS EN ACCIÓN

Los alemanes habían colocado al principio escalas gigantescas para descender a la Tierra Hueca, pero después había instalado dos elevadores parecidos a los utilizados en las minas de carbón, de mayor envergadura. Los comandos sabían que si los alemanes escuchaban los elevadores descender sin previo aviso les pondría en guardia y los recibirían a tiros. Por eso era mejor, aunque supusiera un gran esfuerzo, bajar por las escalas.

Mark había calculado que necesitarían algo más de un día para llegar a la Tierra Hueca. Sus hombres habían sido escogidos de entre los mejores soldados del país, pero no era sencillo soportar tantas horas de descenso. Sobre todo temía por Agatha; ella no estaba acostumbrada a ese gran esfuerzo físico.

El segundo problema que se les planteaba era el de cómo se iban a enfrentar a un ejército muy superior. No tenían muchos recursos y su única ventaja se encontraba en el factor sorpresa. Pero pasados los primeros minutos, los alemanes reaccionarían y podrían masacrarlos con facilidad.

Mark había pensado un plan. Consistía en no enfrentar directamente a los alemanes. Tendrían que llegar sigilosamente hasta un transporte, robarlo y huir. Eso sí, inutilizando antes el resto de transportes y comunicaciones con el ejército avanzado. Para ello dividiría el grupo en tres equipos. El primero se encargaría de robar el transporte, el segundo de hacer explotar las comunicaciones y el tercero intentaría inutilizar el resto de transportes, en especial el hidroavión.

Todo tenía que estar cronometrado y hacerse al mismo tiempo. Los soldados de los otros dos grupos tendrían que alcanzar el transporte antes de tres minutos.

Agatha estaría en el primer grupo, pero él ayudaría al segundo. Cabía la posibilidad de que no lograra llegar al barco, lo que pondría toda la operación en manos de la mujer. Él confiaba en ella, pero era consciente de que no estaba preparada para dirigir a sus hombres.

El descenso fue más difícil y largo de lo que imaginaban. Las gruesas sogas y cuerdas estaban bien anudadas, pero a medida que descendían estaban más húmedas y escurridizas. Por otro lado, llevaban el peso de los explosivos y el temor a hacer algún ruido.

Tras más de treinta horas de descenso divisaron el campamento. Afortunadamente no estaba debajo de las escalas, pero si continuaban descendiendo de día los verían antes de llegar al suelo. Tendrían que esperar a la noche intraterrestre para llegar a la superficie.

Pasaron cuatro horas colgados, con los músculos entumecidos, hambrientos y sedientos, pero sin hacer el más mínimo ruido.

Por la noche, cuando el oficial dio la orden, comenzaron a descender lentamente; les quedaban algo menos de cuatro horas para llegar al suelo.

El primer grupo descendió y se ocultó entre los árboles, después llegaron el

segundo y tercero sin incidentes.

Agatha se dirigió con el primer grupo hacia la playa para capturar el barco, los otros dos se fueron a cumplir sus objetivos. Habían localizado algo más de cuarenta guardias y dos torres de control.

El primer comando llegó hasta el barco. Dos de los soldados subieron por la cubierta más alejada de la orilla y en unos segundos habían eliminado a los dos centinelas de la proa. Después hicieron lo mismo con los de popa.

Agatha entró en el barco con el resto de los hombres. En los camarotes encontraron a una veintena de marineros adormilados que encerraron en una celda de las bodegas.

El primer objetivo estaba cumplido, pero lo más difícil era eliminar el hidroavión y explotar las torres de comunicaciones.

Mark se acercó a la zona de comunicaciones. Estaba rodeada por una valla metálica. Dentro se encontraba una gran antena y dos más pequeñas ponían en contacto a la base con los otros dos barcos.

Los comandos colocaron las cargas explosivas. Tenían dos minutos para llegar hasta el barco, antes de que toda la base se diera cuenta del ataque.

Al mismo tiempo, el tercer comando atacó el hidroavión. Estaban poniendo las cargas cuando uno de los pilotos se acercó al aparato para recoger algo. Al verles sacó su arma y comenzó a disparar. La alarma se extendió rápidamente por todo el campamento.

Los dos comandos corrieron hacia el barco. Tenían que pasar la playa a cuerpo descubierto antes de introducirse en el mar y subir al barco. Los alemanes comenzaron a disparar y cuatro comandos cayeron muertos.

Mark corrió con todas sus fuerzas, pero cuando puso el primer pie en el agua notó un impacto en la espalda; después, otro en el muslo. No logró mantener el equilibrio y se derrumbó dentro del mar.

Otros cinco comandos más murieron mientras intentaban subir al barco. Lo único que salvó al resto fueron las explosiones que sorprendieron a los alemanes y les distrajeron por unos momentos.

El cielo se iluminó por una de las deflagraciones mientras el barco comenzaba a alejarse de la costa. Agatha estaba a salvo, pero apenas quedaban treinta soldados con vida y el oficial al mando era uno de los que habían caído en combate. Ahora ella tenía que asumir el mando de la misión y sabía que no estaba cualificada para ello.

70 EN LAS CUEVAS

La claustrofobia de Arthur no le ayudaba a pensar con claridad en las grutas de la isla. La situación era desesperada. Por un lado creía que era mejor permanecer allí dentro y esperar a que los alemanes se cansaran y terminaran siguiendo su camino, pero al mismo tiempo sabía que tenían la oportunidad de minar la fuerza de ocupación nazi hasta el punto de desbaratar la Operación Odessa. Aunque eso también le ocasionaba un problema moral. ¿Tenía que sacrificar a un pueblo para detener los planes criminales de Himmler? ¿No era eso parecido a lo que los propio nazis creían al perseguir al pueblo judío?

Las dudas asaltaban a Arthur y decidió pedir consejo al sumo sacerdote. Al fin y al cabo llevaba gobernando a aquellos seres durante casi mil años.

El refugio del sumo sacerdote no era muy grande. Carecía de todo lujo y lo único que le diferenciaba de los pequeños habitáculos del resto era una cama y una especie de escritorio rústico. Dos guardias custodiaban el lugar y tuvo que pedir permiso antes de ser recibido.

Lo primero que le sorprendió fue ver al anciano vestido con sus viejas ropas medievales de caballero. Estaba de rodillas frente a la cama, como si estuviera orando. Al escuchar los pasos de Arthur se puso en pie con dificultad. Su cuerpo apenas podía sostenerse con el peso de la armadura. Le miró con sus ojos vidriosos y el profesor tuvo la sensación de que el anciano sabía exactamente a lo que venía.

—La vida es más compleja de lo que la mayoría de la gente llega a imaginar. Nuestras decisiones, hasta las más simples, siempre afectan a los que nos rodean — dijo el anciano.

—Eso es lo que me atormenta —dijo Arthur.

—Explícame lo que te preocupa e intentaré ayudarte, aunque la decisión la tendrás que tomar tú solo.

El profesor se quedó sorprendido. Hasta hace unos días él era un extraño para toda esa gente. Ni siquiera pertenecía a su raza. ¿Cómo podía tomar decisiones por ellos?

—No creo que pueda hacerlo —dijo al final Arthur.

—¿El qué? ¿Cuáles son tus dudas? —preguntó de nuevo el anciano.

—Creo que si este pueblo se enfrenta a los nazis quedará masacrado. Morirá la mayor parte de ellos y se extinguirán como raza. No les puedo pedir ese sacrificio — dijo Arthur.

—¿Por qué? —preguntó el anciano. Después se sentó en la silla del escritorio.

El profesor meditó la respuesta por unos instantes. Después se inclinó hacia el anciano, como si este necesitara que le hablara más de cerca y le dijo:

—No puedo llevarles al altar del sacrificio. Me estaría comportando como los nazis, que están masacrando a pueblos enteros en nombre de un ideal totalmente perverso.

—Lo entiendo, ¿pero en qué se diferencia lo que quieres hacer de lo que los alemanes están haciendo?

—No estoy seguro de que haya una diferencia —contestó Arthur.

—Sí la hay. Los nazis creen que el sacrificio de los otros pueblos es merecido, porque ellos son superiores. Creen que su raza es mejor y que para que sobreviva y se extienda tiene que someter a otras o destruirlas, pero tú no piensas como ellos. Para ti el sacrificio de este pueblo al que no conoces es una pérdida irreparable. La gran diferencia entre lo que tú haces y lo que ellos hacen es que no deseas la extinción de este pueblo. Lo que quieres es parar el horror que producen los nazis. Realmente les estás dando la opción de luchar. Puede que su sacrificio sea en vano o que mueran en el intento, pero su dignidad se encuentra en esa lucha, no en su supervivencia, sometidos por otros. Además, tú estás dispuesto a sacrificarte juntamente con ellos —dijo el anciano.

Arthur entendió el mensaje. Un pueblo se desvirtúa más aceptando el horror y el mal que extinguiéndose en su lucha contra este. El sacrificio no es el mismo. Uno es por el bien y otro es para asentar el mal. En uno la dignidad de la persona se muestra en su lucha y en el otro el mal termina cosificando a las personas y los pueblos.

—Lucharemos —dijo Arthur al fin. Sabía que aquella podía ser su última decisión, pero al menos habría muerto por una buena causa.

71 SACANDO AL RATÓN DE SU MADRIGUERA

Klaus Berg se sentía totalmente confuso. El comandante le había excluido de la toma de decisiones, pero de una manera extraoficial. Mantenía las formas con él, pero no le convocaba a las reuniones de control ni compartía con él sus planes.

El profesor alemán se sentía doblemente exasperado. Él era el descubridor de la Tierra Hueca y la última esperanza para Alemania. Lo había sacrificado todo por su país y ahora era tratado con desprecio. Pero tenía un plan.

El comandante tenía dudas de si continuar la lucha en la isla o proseguir con su viaje de invasión. Unas semanas más tarde, pensaba, podría regresar con sus «nuevos aliados» y masacrar a esos salvajes. Aunque al comandante no les gustaba la idea de dejar a unos enemigos en su retaguardia.

Berg tenía que hacerle luchar. Cuando fracasara, su posición ante el resto de oficiales se debilitaría y después sería su turno. Ya pensaría cómo deshacerse de su enemigo, pero su objetivo en ese momento era el comandante.

Lo primero era ocultar al comandante la información que tenía sobre la ciudad. Además, entorpecería en todo lo posible las órdenes e intentaría crear confusión.

El ataque estaba previsto para la mañana siguiente. No conocía de primera mano los planes, pero un oficial con el que había hecho amistad le había informado de los detalles generales.

Los alemanes se dividirían en dos grupos que atacarían por el sur y el norte la isla, mientras los hidroaviones bombardearían la ciudad y la ruta de los dos grupos para despejar el camino y crear temor en los indígenas.

Lo que no sabía Klaus Berg era que antes de que comenzara la batalla dos acontecimientos iban a cambiarlo todo.

72 LA LLEGADA INESPERADA

Los soldados estaban desembarcando en la playa cuando los vigilantes detectaron que se aproximaba un barco. Los alemanes sabían que el único barco que había en la Tierra Hueca, además de los dos que ellos llevaban, era el que se había quedado en la base. Los nazis no sabían nada de la base desde hacía casi cuarenta y ocho horas. Por eso cuando avistaron el barco fueron conscientes que había algún problema.

El comandante von Manstein mandó un aviso por radio al buque para que no se aproximara a ellos a una distancia menor de la de tiro. Después pensaba mandar unas lanchas para examinarlo y comprobar que todo estaba bien, ya que desde el buque tampoco recibían respuesta a sus mensajes.

El barco se detuvo a la distancia ordenada y el comandante creyó que posiblemente todo aquello tenía una explicación. Mandó dos lanchas con una veintena de hombres y dos oficiales para que subieran a bordo.

Las lanchas se acercaron a toda velocidad hasta el buque, fueron hasta su popa y esperaron que los tripulantes les lanzaran las escalas. Unos segundos después ya estaban subiendo a bordo. Los dos oficiales se sorprendieron al no ver a nadie en cubierta. Desenfundaron sus armas y se dirigieron hasta el puesto de mando, pero apenas habían comenzado a moverse cuando las ametralladoras fijas de la popa comenzaron a disparar contra ellos. En unos segundos todos los soldados enviados por el comandante yacían muertos sobre la cubierta.

En ese momento Agatha ordenó desde el puesto de mando que el barco pusiera sus motores a toda máquina y se lanzara contra el buque que capitaneaba la expedición.

El comandante escuchó el eco de las balas de las ametralladoras y pidió a sus hombres que se pusieran en alerta máxima, pero tenía dos problemas. La mayor parte de los soldados estaban en las playas esperando sus órdenes. Además, los barcos estaban de popa, pero la mayor parte de sus cañones y armas ofensivas estaban en la proa. El comandante sabía que era imposible que sus barcos giraran antes de que les alcanzara el otro buque.

Von Manstein ordenó a la sala de calderas que pusiera los motores a toda máquina; después mandó que se armara a todos los cañones y envió a un gran número de soldados con ametralladoras de posición para contraatacar al buque, que se precipitaba a toda velocidad sobre ellos.

Cuando el suboficial comunicó a Agatha que los otros buques estaban a tiro ella ordenó fuego. Los cañones empezaron a disparar contra los buques, pero los primeros proyectiles cayeron a pocos metros de los navíos, sin dañarlos.

Unos segundos más tarde los proyectiles comenzaron a impactar en los navíos. El estruendo de los disparos se confundía con el humo y el fuego que empezaban a producir los primeros daños. Muchos soldados salían despedidos de la cubierta y otros caían abatidos por las ametralladoras.

Desde la cima del volcán Arthur observaba la escena. Estaba algo sorprendido al principio. Pensó que los alemanes se estaban peleando entre ellos, pero después imaginó que los británicos estaban realizando algún tipo de ataque sorpresa.

Arthur mandó a los indígenas que comenzaran un asalto contra uno de los grupos de soldados que estaban en la playa. Sabía que un segundo frente terminaría por desbaratar a las fuerzas enemigas.

Cuando los soldados vieron acercarse a los salvajes no supieron cómo reaccionar; la cadena de mando estaba rota y la mayoría dejó las armas pesadas y se dirigió corriendo hacia las barcas que les habían acercado a tierra.

El comandante estaba furioso. Sus buques no podían responder al fuego del otro barco, pero al estar girando tampoco podían apoyar a los soldados en tierra. Además el barco capitán en el que se encontraba comenzaba a estar seriamente dañado.

Berg actuó con astucia. Tomó una de las lanchas y se dirigió al otro barco, que parecía girar más rápidamente y se mantenía prácticamente intacto. Subió a la cubierta y asumió el mando de la nave. Primero ordenó que el barco se apartara del otro. Prefería que el barco capitán y el capturado por los enemigos se destruyeran mutuamente, ya se haría él con el control de la situación más tarde. Después comenzó a girar la nave para poder atacar la popa del barco enemigo más adelante.

Agatha se dio cuenta de la intención del buque que se alejaba, pero su plan era terminar primero con el navío capitán.

Los cañones del barco capitán comenzaron a disparar y dañaron la proa del buque enemigo. Estaban tan cerca que en unos minutos los dos barcos quedaron inutilizados, hasta que el barco capitán comenzó a hundirse lentamente.

Berg sonrió desde la cabina del piloto. Aunque lo que realmente le hizo sentirse feliz fue comprobar que la que dirigía la operación contra ellos era Agatha. El destino le había regalado un arma mortífera contra Arthur, una que le hacía tremendamente débil: el amor que sentía por aquella mujer.

73 BAJO EL MAL

Agatha vio el buque y observó con los prismáticos el rostro conocido de Klaus Berg. Aquel hombre podía ser tan escurridizo como una serpiente y mostrar muchas caras. La mujer ordenó que el barco virara; la nave capitana ya se estaba hundiendo y tenían que evitar que el otro barco alcanzara su popa.

En la playa continuaba el combate y un oficial del grupo que estaba en la parte norte de la isla había ordenado a sus hombres subir a las barcasas y apoyar al otro grupo, que confundido por el hundimiento de la nave capitana ahora intentaba resistir a los indígenas.

Arthur había logrado sorprender a sus enemigos, pero sus armas no eran suficientes para resistir por mucho tiempo; era mejor que se replegaran, sobre todo cuando observó que más soldados se aproximaban en barcasas. De todas maneras el resultado había sido muy positivo. Sin sufrir apenas bajas habían eliminado a casi trescientos soldados.

Berg logró envolver al otro barco y comenzó a disparar sobre él antes de alcanzar su popa. Agatha ordenó la evacuación por estribor. El profesor alemán ordenó que intensificaran el castigo al buque enemigo y este comenzó a escorarse hacia babor.

Los ingleses se montaron en una lancha y lograron que esta llegara al agua justo a tiempo; después se alejaron hacia la isla.

El profesor alemán vio cómo su presa se escapaba y ordenó a las barcasas que estaban cerca de la playa que capturaran con vida a los ingleses.

Antes de que la lancha en la que estaba Agatha consiguiera llegar a la playa, fue rodeada por los alemanes. Los comandos se prepararon para luchar, pero la mujer comprendió que era inútil y tiró su arma. El resto de soldados ingleses la imitó. Les habían hechos prisioneros.

Arthur observó la escena desde la playa mientras terminaba de replegar a sus hombres. No podía creerse lo que veían sus ojos. Al principio solo observó lo que parecía una mujer con un grupo de comandos, pero al fijarse con más detalle se dio cuenta de que era Agatha. Al descubrirlo le dio un vuelco el corazón, pero sabía que era inútil intentar salvarla.

Mientras los alemanes se llevaban a sus prisioneros al único buque que se mantenía a flote, algunos oficiales y marineros del buque capitán también se aproximaban por el otro costado. De pie en medio de los soldados se encontraba el comandante. Tenía el uniforme manchado de hollín y sangre que le manaba de la herida en el hombro derecho.

Klaus Berg salió del puesto de mando y se dirigió con cinco soldados hasta la cubierta. Miró desde allí a la lancha y se dirigió directamente al comandante:

—Por las órdenes de nuestro Führer Adolf Hitler de eliminar a todos los que dejan su puesto y huyen del combate. Le condeno a la muerte —dijo Berg. Después le apuntó con su pistola y disparó. El resto de soldados que le acompañaban hicieron

lo mismo, hasta que todos los tripulantes de la lancha estuvieron muertos.

Uno minutos más tarde llegaron los prisioneros británicos. Los alemanes les llevaron directamente a un calabozo en las bodegas del barco, pero Klaus Berg pidió que llevaran a la mujer a su camarote.

Cuando el profesor alemán vio el rostro magullado de la mujer no pudo evitar una sonrisa.

—Pensé que nunca más volveríamos a vernos, pero parece que el destino tenía preparada otra cosa. Eres justo lo que necesito para vencer a Arthur; seguro que vendrá a buscarte y entonces podré deshacerme de él para siempre.

74 LA DECISIÓN

Cuando llegó el mensajero alemán Arthur MacFarland sabía que únicamente era cuestión de tiempo que Klaus Berg se pusiera en contacto con él. El profesor inglés sabía que utilizaría a Agatha para atraparle, pero no podía hacer nada para impedirlo.

Las condiciones de Klaus Berg eran claras: dejaría en paz la isla y a sus habitantes, aunque Arthur sabía que volvería para exterminar a todos en cuanto pudiera; tampoco haría daño a Agatha, pero a cambio él tenía que entregarse.

Arthur visitó al sumo sacerdote antes de ir con el mensajero alemán hasta la playa. Sentía que aquel hombre podía darle un último consejo.

El anciano ya estaba informado de la situación, por lo que cuando apareció se puso en pie, se acercó hasta él y apoyó las manos sobre sus hombros.

—Sabes que ese hombre no cumplirá su palabra, pero no olvides que el bien siempre busca recovecos por los que salir victorioso. Cuando los cruzados entramos en Jerusalén se cometió una verdadera masacre sobre su población. Yo sabía que Dios no aprobaba eso, clamé por justicia, pero nadie me escuchó, y la justicia llegará más tarde o más temprano. No tardará mucho, antes de lo que esperas la verás —dijo el anciano y en ese momento comenzó a desvanecerse.

Arthur lo sostuvo en sus brazos y lo depositó con cuidado sobre su cama. El jefe de los salvajes ayudó a Arthur y después se apartó un paso. El anciano le pidió que se acercara. El profesor inglés se agachó para escuchar la debilitada voz del anciano:

—Yo estoy a punto de morir. Tú eres el elegido, yo llevo cientos de años esperando a que aparecieras. Todavía no lo sabes, pero descubrirás el propósito de tu vida muy pronto.

El anciano abrió la boca y suspiró por última vez antes de morir en brazos de Arthur. El jefe, a su lado, le miró con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué haremos ahora sin él y su sabiduría?

—Nada, no me ha dicho nada —dijo Arthur, que aún no comprendía las palabras del anciano.

75 UN REGALO PARA EL REY

El viaje en la lancha fue uno de los más largos y amargos de su vida. Tuvo varias veces la tentación de lanzarse por la borda, pero en aquel momento era consciente que él, Arthur MacFarland, había nacido con un propósito y una misión que cumplir en la vida.

Hasta ese momento creía que la existencia se debía a la casualidad. Que el tiempo que estábamos vivos era simplemente un cumulo de coincidencias sin sentido, pero ahora sabía que la vida del hombre siempre cumplía un propósito.

C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien se lo habían dicho en muchas ocasiones, pero él no quiso creerlo. La lucha entre el bien y el mal era real, pero además trascendía a lo meramente visible. Además era una lucha interior, que se producía en cada ser humano. Cuando la balanza se inclinaba a uno u otro lado, las consecuencias podían ser muy diferentes.

De alguna manera algo o alguien le habían elegido para salvar a aquel mundo. No entendía el porqué, pero sabía que ya no podía eludir esa responsabilidad. Aunque aquella certeza le obligaba a negarse a sí mismo y renunciar a todo lo que hasta ese momento había tenido valor para él.

Cuando subieron al barco, Arthur tenía una agridulce sensación de victoria y derrota. Se había vencido a él mismo y en esa victoria pírrica se había convertido en un hombre nuevo.

Klaus Berg le esperaba en el salón de oficiales. Él mismo había preparado la escena. Por un lado había obligado a Agatha a vestirse con un costoso traje de noche color burdeos y arreglarse el peinado. Quería exhibir su trofeo ante su enemigo. Él se había vestido con el elegante uniforme de gala de las SS y sus insignias plateadas brillaban a la luz de los faroles de la sala.

En la mesa había servida una cena, los cubiertos, platos y copas eran de plata. Todo estaba preparado para su banquete de la victoria.

—Querido y admirado profesor MacFarland, de nuevo juntos. Creo que ya sabe que nos acompaña Agatha. Al parecer nos echaba de menos y ha venido hasta el mismo infierno para estar con nosotros. ¿No es un detalle por su parte?

—Creo que tu aliento contamina esta estancia. El veneno de tu lengua terminará por matarte —dijo Arthur.

—Por favor, ódiame. Eso alimenta mi ego y me hace más fuerte. Durante mucho tiempo fui indiferente para todos. Primero como estudiante mediocre, hijo de una mediocre familia obrera. Después como profesor de francés en una universidad de segunda. El único acto de valentía que realicé en mi vida fue oponerme a los nazis, aunque en ese momento no sabía lo que hacía. Ellos me ofrecían algo que no entendí entonces. Yo amaba la literatura, a todos esos héroes que en el último momento rescatan a la chica, a los grandes personajes de Julio Verne, pero la literatura es mentira —dijo Berg totalmente exaltado.

Agatha estaba amordazada, pero movía la cabeza e intentaba quitarse el pañuelo de seda negro que tapaba sus bellos labios pintados de rojo.

—Un momento, querida, tendrás tu tiempo para hablar —dijo Klaus Berg, girándose hacia la mujer.

—Por eso viste una puerta abierta cuando encontraste a tu viejo alumno —comentó Arthur.

—Hans era un torpe aprendiz de verdugo, pero le faltaba algo que únicamente tienen unos pocos elegidos. Es cierto que era arrogante, vanidoso, violento y sin escrúpulos, pero el mal se alimenta de bocados más sofisticados. Las almas más puras son las más apetitosas. En el fondo no somos tan distintos, querido Arthur —dijo Berg.

—Aún estás a tiempo de rectificar. Ya nadie te observa ni te obliga para que te comportes de esa manera. La guerra está perdida allí arriba. Los nazis están acabados y tú colaboraste con nosotros. Nadie te condenará, recuperarás tu trabajo y serás feliz —dijo Arthur.

—Veo que no has entendido nada. Yo ya he elegido. No quiero ser un peón del bien si puedo ser un rey del mal. Ese tipo de vida no me ofrece nada. La honradez, la bondad, el bien común son limitaciones que nos ponemos para no cumplir nuestros deseos. La verdadera libertad consiste en hacer lo que anhela tu corazón sin límites morales o éticos. Nosotros somos dioses, querido Arthur, y elegimos lo que está bien y lo que está mal.

El profesor dio un paso al frente. Miró los cuchillos de plata y los tenedores. Pensó que con aquellas armas podría terminar fácilmente con Berg, pero como si el alemán le leyera el pensamiento, extrajo una pistola y le apuntó.

—La conciencia es la brújula del ser humano. Los nazis perdieron la suya y eso les ha llevado al desastre. ¿Por qué crees que tu vida será distinta? —le preguntó Arthur.

—El mal es una disposición del alma. Los nazis querían construir en parte algo que creían bueno, aunque sin atender a principios éticos o morales; pero mis planes son distintos. Me convertiré en el rey del inframundo y después conquistaré la superficie. Los hombres serán mis esclavos, sin distinguir raza ni nación. Esa es la diferencia. Ya no hay pueblo elegido, yo soy el elegido, Arthur —dijo Klaus Berg, que comenzaba a impacientarse con la conversación.

El alemán quitó la mordaza a Agatha y esta después de respirar hondo miró con desprecio al alemán.

—Ese arma y el poder que crees tener sobre nosotros no te hacen mejor. Sigues siendo un profesor mediocre, un hombre vulgar con ideas de grandeza. Los intraterrestres no se someterán a alguien tan vulgar como tú —dijo Agatha.

—Sí lo harán y tú serás mi reina —dijo Berg.

—Eso nunca, antes prefiero la muerte —dijo Agatha.

—Él vivirá si haces lo que yo te pido. Bueno, creo que ya hemos hablado

suficiente. Tú volverás a tu calabozo y yo disfrutaré de una cena con mi futura esposa —dijo Berg.

El profesor alemán llamó a sus hombres, que se llevaron al prisionero y se quedó a solas con la mujer.

—Será mejor que entres en razón, Agatha. En dos días llegaremos a la ciudad de los intraterrestres. Ellos terminarán por someterse a mí; llevan siglos esperando una especie de mesías que los salve. Nosotros seremos sus salvadores. Si te opones, Arthur morirá, pero antes sufrirá lo inimaginable —dijo Berg.

El alemán desató las manos de la mujer, después le pidió que se sentara a la mesa y le solicitó que sirviera la comida.

—Eres un miserable —le dijo Agatha.

—Esa es la última palabra grosera que te consentiré. A partir de este momento el único sentido de tu vida será complacerme. Si no lo haces él morirá.

76 LA ALIANZA

Cuando el barco se aproximó a la costa, los intraterrestres ya sabían que los hombres de la superficie habían vuelto.

Los alemanes tenían las fuerzas mermadas, pero conservaban tres hidroaviones, cuatro carros de combate y algún otro vehículo. Sus fuerzas se habían reducido a poco más de trescientos cincuenta hombres y una veintena de mujeres, pero estaban bien armados. El profesor Berg sabía que aquel ejército no impresionaría a los hombres intraterrestres, pero la advertencia de que eran la simple avanzadilla de un ejército mucho mayor podría amedrentar al sumo sacerdote Aðalbjörn. Por otro lado, los habitantes de la Tierra Hueca estaban sufriendo la rebelión de los jóvenes, lo que les convertía en un blanco fácil para una potencia extranjera.

Las tropas nazis desembarcaron en la playa y después se dirigieron selva adentro en dirección a la ciudad. Agatha y Arthur permanecían encadenados en la parte trasera de uno de los transportes, pero Klaus Berg se había asegurado de amordazarlos para que no pudieran hablar entre ellos.

A pesar de todo, los dos amigos y amantes se sentían felices por, al menos, estar juntos.

El comienzo del viaje fue difícil. Apenas llevaban cinco horas de trayecto cuando un grupo de *cryolophosaurus* atacó a la vanguardia del convoy. Los dinosaurios lograron capturar a media decena de soldados antes de que los tanques les hicieran huir. A partir de ese momento los nazis parecían amedrentados ante aquella selva rodeada de peligros.

Arthur y Agatha permanecían ajenos a todo aquello. Los únicos momentos que descendían del vehículo era para comer; el resto del tiempo lo pasaban encerrados y sufriendo los bamboleos y baches del camino.

La primera noche en mitad de la selva también supuso un gran esfuerzo. Los soldados tuvieron que aclarar algo más de un kilómetro cuadrado de selva, para asegurarse de que los animales no se aproximaran al campamento.

La noche transcurrió sin incidentes y a la mañana siguiente continuaron el camino. Después de cinco horas observaron a los lejos la increíble ciudad sobre los árboles milenarios.

Mientras tanto, los intraterrestres sabían desde su llegada a la playa que un ejército de terrícolas se dirigía a su ciudad. Conocían que eran de la superficie, ya que habían observado el mismo símbolo que en la expedición de alemanes. Aunque desconocían si venían en son de paz o pensaban conquístales.

Una veintena de *quetzalcoatlus* salió de la ciudad para encontrarse con los extranjeros en la zona de la llanura. Cuando los alemanes vieron a los monstruos voladores se prepararon para el ataque, pero el profesor Berg les pidió que no abrieran fuego al no ser que él se lo indicara.

Chandra, el chambelán, capitaneaba el grupo, por eso en cuanto reconoció a

Klaus Berg pidió a sus soldados que no atacaran. Descendieron con sus animales y Chandra se dirigió con dos de ellos hasta el convoy.

—Profesor Berg, nunca pensé que volveríamos a encontrarnos. La última vez que le vi volaba a lomos de un *quetzalcoatlus* —dijo Chandra.

—En ese momento temíamos por nuestra vida; el oficial Hans les había engañado, yo era el verdadero representante del Reichsführer Heinrich Himmler —le contestó Klaus Berg.

—¿Cuáles son sus intenciones? Esta vez viene con un pequeño ejército —dijo el chambelán.

—Venimos en son de paz y con el deseo de firmar una alianza con vuestro pueblo. Dentro de poco el Reichsführer Heinrich Himmler se reunirá con nosotros. Juntos podremos conquistar toda la Tierra Hueca y la superficie. Hablaré con el sumo sacerdote de los planes de Himmler —dijo Klaus Berg.

—El Sumo sacerdote ya no gobierna la ciudad. Los jóvenes se rebelaron y ante la inoperancia del sumo sacerdote yo tomé el poder. En la actualidad dominamos la ciudad, pero un grupo de jóvenes se refugió en la selva. No tardaremos mucho en exterminarles —comentó el chambelán.

El profesor Berg desconfiaba del chambelán. Sabía que en cuanto llegara a la ciudad tenía que hacerse con el poder y someter a sus habitantes, pero era consciente de que eso no iba a ser fácil.

Cuando el convoy se acercó a la ciudad instaló el campamento a los pies de los árboles milenarios. Unas horas más tarde Klaus Berg ya había trazado un plan de conquista que no podía fallar.

77 REVOLUCIÓN

Los habitantes de la hermosa ciudad recibieron a los alemanes como a un ejército de liberación. Posiblemente algunos temían el ataque de los jóvenes y por eso la llegada de soldados aliados parecía ser la solución a todos sus problemas.

Los oficiales nazis y su escolta personal se instalaron en uno de los palacios cercanos a la sede de gobierno. Berg encargó a dos hombres que evaluaran los lugares estratégicos de la ciudad para ocuparlos aquella misma noche.

El profesor alemán se sentía eufórico: ahora tenía su pequeño reino. Un lugar en el que cada uno de sus deseos sería satisfecho. Ahora demostraría a Arthur quién era el verdadero descubridor y conquistador de la Tierra Hueca. Además, le quitaría lo que más amaba, a la bella e inteligente Agatha.

El plan de Klaus Berg era sencillo. Aquella primera noche organizaría una cena con todos los jefes del ejército y los representantes de la ciudad para tenderles una trampa.

Antes de que comenzara la velada Berg acudió a la habitación de Agatha. La mujer estaba vigilada en todo momento por dos mujeres soldado, pero además sabía que si huía él mataría a Arthur.

—Querida Agatha, estás bellísima. Creo que este traje de noche es aún más bello que el otro —dijo el profesor alemán mientras observaba el bellissimo traje negro.

La mujer le miró con indiferencia mientras él la examinaba detenidamente, comiéndola con los ojos.

—Serás el centro de la fiesta esta noche. Seguro que estos seres no han visto algo tan bello jamás. Eres mi mejor trofeo —dijo Berg.

—Acabemos con esto cuanto antes —dijo Agatha con su mirada fija en la del alemán.

Él la aferró por la espalda y tiró de su cabella hasta que ella gritó de dolor. Después la besó. Ella se resistió al principio, pero después cedió por temor a que le pudiera hacer daño a Arthur. Ya encontraría la forma de escapar, pensó mientras intentaba desligarse de su cuerpo.

Unos minutos más tarde Agatha y el profesor Berg entraron en el amplio salón. Los comensales estaban de pie ante una inmensa mesa adornada y cubierta por ricos manjares. A un lado se encontraban los oficiales alemanes; al otro los jefes intraterrestres y en el fondo el chambelán. Todos esperaron a que se sentaran y después comenzó la cena.

En un rincón de la sala una pequeña orquesta amenizaba la velada. El sonido de las notas del compositor alemán Richar Wagner inundaba el salón, creando un ambiente mágico, casi irreal.

Agatha sonreía, pero su mirada parecía ausente mientras los dos grupos hablaban amigablemente.

Cuando llegó medianoche Berg se puso en pie y levantó la copa. Era la señal

convenida. Diez soldados entraron con sus armas y comenzaron a disparar a los intraterrestres, asesinando a todos menos al chambelán.

—¡Malditos extranjeros! ¡No escaparán vivos de esta! —gritó el chambelán, que aún no se creía lo que había sucedido.

—¡Apresadle! —ordenó Berg.

Al mismo tiempo los nazis ocuparon los principales lugares de la ciudad. El pequeño ejército de Klaus Berg se había hecho en pocas horas con la ciudad de sus aliados y ahora esperaba someterlos completamente a su voluntad.

Tras el final violento de la velada Berg se sentía tan satisfecho por cómo se había desarrollado su plan que quiso celebrarlo con Agatha a solas. Por eso la llevó hasta su gran habitación y dispuso que prepararan el champan que el comandante había traído desde Francia y que Berg había descubierto en el barco.

—Querida Agatha, ¿te das cuenta? Juntos podemos ser los reyes de este mundo. Crearemos una nueva raza de hombres superior y dominaremos el planeta —dijo Berg mientras le pasaba una copa a la mujer.

Ella había meditado largamente cómo podía deshacerse de él. Al principio creía que lo mejor era escapar, pero sabía que él no descansaría hasta encontrarlos. La única manera de vencer a un monstruo es combatiéndolo, pensó la mujer mientras el alemán volvía a estrecharla entre sus brazos.

78 SACRIFICIO

Arthur miraba por la ventana de su celda la clara noche de la Tierra Hueca. Cada vez que se acordaba de Agatha un escalofrío le recorría la espalda. No quería pensar lo que aquel cerdo podía estar haciendo con ella. Por eso deseaba la muerte y había planeado suicidarse aquella misma noche, para liberarla a ella de las garras de su enemigo.

El profesor inglés comprobó que las sábanas con las que había fabricado una soga eran suficientemente fuertes y después se subió a una de las sillas. Durante unos minutos recordó todo aquel viaje emocionante, pero también las dificultades y desvelos de los últimos meses mientras era un prisionero de los nazis. Le hubiera gustado ver a su amada por última vez, pero los hombres no pueden elegir su destino, pensó mientras se ponía la soga al cuello.

Mientras tanto Agatha, en la habitación de Berg, abrió con cuidado su anillo. Los servicios secretos le habían facilitado una pastilla de cianuro en el caso de que los alemanes la capturaran. Varias veces había estado tentada de suicidarse, pero ahora sabía que aquella pastilla tenía un destino mejor. Arrojó con disimulo la pastilla en la copa del alemán y cuando este intento tomarla Agatha, temerosa de que aún no se hubiera disuelto el veneno, rodeó con sus brazos al profesor Berg y le dijo:

—¿De verdad reinarás conmigo en este hermoso lugar?

Después le besó.

—Pero antes brindemos por nuestro futuro —dijo Agatha, parando al hombre y ofreciéndole su copa.

Ambos bebieron el champán; el hombre tiró la copa de plata al suelo y abrazó de nuevo a la mujer.

—Siempre he soñado con este momento —dijo Berg.

El profesor notó como su vista se nublaba y sentía una fuerte punzada en la cabeza; después miró el rostro de la mujer que se desdibujaba en su mirada.

—¿Qué me has dado? —preguntó mientras aferraba el cuello de la mujer.

Agatha intentó soltarse, pero él hombre le apretaba con fuerza. Comenzó a asfixiarse y notó que sus fuerzas se desvanecían hasta que, justo antes de desmayarse, él comenzó a aflojar las manos y cayó muerto al suelo.

79 HOLOCAUSTO

Cuando Agatha entró en la celda de Arthur el hombre estaba colgado zarandeándose de un lado para el otro. Ella le sujetó por las piernas y él logró respirar por unos segundos. Agatha apenas podía con su peso, pero tampoco alcanzaba a cortar la sábana con la daga que le había robado a Berg y que le había servido para matar al guarda de la puerta.

Al final consiguió subir a la silla y sin soltar el cuerpo del hombre cortar la sábana. Los dos cayeron al suelo en mitad de un fuerte estrépito.

Arthur intentó desanudarse la soga del cuello para poder respirar, pero apenas tenía fuerzas. Agatha le deshizo el nudo y al final él aspiró con todas sus fuerzas, hasta que sus pulmones se inflaron de nuevo.

—Arthur, amor mío —dijo Agatha entre sollozos.

Los dos se quedaron en el suelo abrazados durante unos segundos hasta que lograron recuperar fuerzas.

Escucharon disparos y después unas explosiones. Se pusieron en pie y corrieron hasta la planta superior para después salir a la plaza. Los alemanes intentaban frenar el ataque, pero los intraterrestres no parecían amedrentarse con las ametralladoras ni con los tanques. Se escucharon los motores de los hidroaviones a lo lejos y las primeras bombas lanzadas contra la ciudad.

Agatha y Arthur corrieron hacia los primeros *quetzalcoatlus* que vieron atados a uno de los lados de la plaza, pero antes de que pudieran llegar dos intraterrestres se interpusieron en su camino.

—No tenemos armas —dijo Arthur a la mujer.

Ella aún llevaba la daga en la mano, pero con eso no podía enfrentarse a dos seres mucho más altos y fuertes que ellos que además llevaban sus bastones lanzarrayos.

En ese momento aparecieron un grupo de soldados alemanes que intentaban huir en los *quetzalcoatlus*, pero que al ver a Arthur y Agatha se lanzaron sobre ellos.

Los intraterrestres, para su sorpresa, dispararon contra los alemanes y sus rayos no tardaron en reducirles. Después se acercaron a los dos ingleses y uno de ellos le dijo:

—Veo que no os acordáis de mí. Soy Wrator, el que os liberó de la celda cuando el sumo sacerdote os tomó como prisioneros. Uno de nuestros informadores nos contó que los alemanes habían capturado la ciudad y vinimos a luchar.

—Gracias por ayudarnos —dijo Arthur.

—Apenas queda resistencia; antes del amanecer tendremos el control de la ciudad. Gracias por luchar a nuestro favor —dijo Wrator.

—Lo único que intentamos fue que los nazis no destruyeran también vuestro mundo. En la superficie han muerto millones de personas por su locura —dijo Agatha.

—Podéis tomar los *quetzalcoatlus* para regresar a casa si es eso lo que deseáis.

Poco a poco el estruendo de explosiones y disparos fue cesando hasta parar por completo. Arthur miró a Agatha; siempre había pensado que el sueño de su vida era tener una familia y convertirse en uno de los profesores más brillantes de Oxford, pero ahora todo había cambiado.

—Regresaremos a la isla del volcán. Allí nos necesitan —dijo Arthur.

Agatha le miró sorprendida. No esperaba que su amado quisiera vivir en la Tierra Hueca.

—Los habitantes de la ciudad de piedra nos necesitan —explicó a la joven—. Ha muerto su guía, el hombre que les ha gobernado durante casi mil años. Él me habló de la profecía y de que era el elegido para sustituirle. Es mi destino.

Apenas había terminado las últimas palabras cuando escucharon unas fuertes explosiones en la base de los árboles. Ninguno de ellos podía ni imaginar que Klaus Berg había preparado la destrucción de la ciudad si no podía gobernar en ella. Los edificios comenzaron a desmoronarse y los gigantescos troncos de los árboles se troncharon unos sobre otros.

Mientras el suelo se movía a sus pies, Arthur y Agatha corrieron hacia los *quetzalcoatlus*. Lograron subir al lomo de uno de los animales, pero Wrator se escurrió en el suelo y no logró montar al otro animal. Arthur giró su cabalgadura para intentar ayudar al intraterrestre, pero fue inútil. El joven cayó en el abismo que se abría a sus pies.

El fabuloso animal logró pasar entre los árboles que parecían querer tragarlos. Arthur vio cómo aquel mundo se destruía por completo. La bella ciudad, los árboles milenarios y la cultura de los intraterrestres desaparecerían para siempre.

Cuando llegaron al océano aún quedaban algunos alemanes con vida en la playa, pero los animales que salían de la selva asustados por el estruendo no tardaron en pisotear o devorar a los últimos supervivientes.

Arthur y Agatha sobrevolaron el océano mientras a sus espaldas comenzaba a arder la selva y el gruñido de los dinosaurios se escuchaba por la inmensa bóveda.

Unas horas más tarde divisaron la isla. Todo parecía encontrarse en perfecto estado. Arthur ordenó al *quetzalcoatlus* que se posara en la gran plaza de la ciudad, justo delante de las pirámides gemelas. Los dos descabalaron y se quedaron de pie mirando la inmensa avenida vacía.

Por unos segundos Arthur pensó que el pueblo de la ciudad de piedra había desaparecido, pero poco a poco los indígenas salieron de sus casas y se dirigieron hasta ellos. Mientras se aproximaban Arthur sintió por primera vez algo que nunca había experimentado: un propósito para su vida. Agatha le abrazó mientras los dos comenzaron a caminar hacia el que sería su hogar para siempre.

EPÍLOGO

La fachada amarillenta del *pub* Eagle and Child estaba envuelta en la niebla de aquella noche despacible en Oxford. Dentro, en sesión privada, los miembros del círculo de los Inklings estaban a punto de comenzar su tertulia. Algo apartados, C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien estaban sentados en silencio. Lewis no dejaba de chupar su pipa mientras Tolkien miraba las estelas de humo que formaba su amigo.

—¿Crees que los volveremos a ver? —preguntó al final Tolkien.

—Me temo que no —contestó Lewis después de dar una larga calada a su pipa.

—¿Puedes imaginar la Tierra Hueca? Debe ser un lugar fascinante —dijo Tolkien.

—Sin duda. Uno de esos sitios que aparecen en las antiguas sagas y leyendas nórdicas —comentó Lewis.

—Nosotros creamos mundos imaginarios, pero Arthur y Agatha ahora viven en uno de ellos —afirmó Tolkien con cierta melancolía.

—Te aseguro, querido amigo, que vivimos en uno de los mundos más emocionantes que existen. Después de destruir al monstruo del nazismo ahora el mundo se enfrenta al estalinismo. Las batallas que tenemos que vencer son tan épicas como las de cualquier historia antigua —dijo Lewis.

—Aun así, daría lo que fuera por conocer qué hay debajo de nuestros pies —dijo Tolkien.

—Tierra, querido amigo. Lo que hay debajo de nuestros pies es la hermosa tierra de la Gran Bretaña —dijo Lewis con su media sonrisa. Los dos hombres se echaron a reír mientras la noche se cernía sobre Inglaterra.

Agradecimientos

Cuando este proyecto surgió en mi mente era el verano del 2012. El mundo seguía atravesando una grave crisis y en medio de eso yo intentaba pensar en una nueva historia que ayudara a la gente a olvidarse de su triste realidad. Entonces recordé la emocionante aventura de *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne, uno de mis autores favoritos. Aquella historia me ayudó a ser feliz una vez en las profundidades del mundo y pensé que a muchos lectores les gustaría sumergirse conmigo en la Tierra Hueca.

Ahora que el libro está completado y ya lo han leído miles de lectores, lo único que queda es agradecer a todos los entusiastas de esta saga su apoyo.

Un fuerte abrazo,
Mario Escobar.

www.marioescobar.es



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *La Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.

Notas

[1] Volkserzählung, Märchen und Sagenkunde. Instituto de la Ahnenerbe centrado en cuentos populares, cuentos de hadas y mitos. <<

[2] «En dos planetas». <<

[3] «Historia del Atomismo desde la Edad Media hasta Newton». <<

[4] «En la oscuridad púrpura». <<

[5] Apocalipsis 19: 19-21; 20:1-3. <<

[6] The Secret Doctrine, Vol. 2, p 421. <<

[7] Nombre de la Armada alemana. <<